



ALEXANDRA KOLLONTAI

1872 - 1952

INDICE

s/f	El primer subsidio	5
1907:	Los fundamentos sociales de la cuestión femenina (Extractos)	9
1911:	Las relaciones sexuales y la lucha de clases	27
1912:	El proletariado internacional y la guerra (1º de Mayo)	47
1913:	El Día de la Mujer	51
1916:	Madre y trabajadora	55
1918:	El comunismo y la familia	69
1918:	Los primeros pasos hacia la protección de la maternidad	89
1918:	Prólogo a <i>La lucha de las trabajadoras por sus derechos</i>	95
1919:	¿Por qué luchamos?	101
1919:	Sobre la historia del movimiento de mujeres trabajadoras en Rusia	105
1919:	Primer Congreso de la Internacional Comunista: Resolución sobre el papel de las mujeres trabajadoras	119
1920:	El Día Internacional de la Mujer	121
1920:	La emancipación de la mujer a través del trabajo	133
1921:	La última esclava	139
1921:	La prostitución y cómo combatirla	143
1921:	La Conferencia de las Organizaciones Comunistas de las Mujeres de Oriente	163
1921:	Tesis sobre la moral comunista en el ámbito de las relaciones conyugales	167
1923:	¡Abran paso al Eros alado! (Una carta a la juventud obrera)	177

Alexandra Kollontai

El primer subsidio

Escrito: 1921

Digitalización: Koba, <http://bolchetvo.blogspot.com>.

Fuente: *De la tempestad surgieron*. Moscú: Editorial Progreso, 1973.

Esta Edición: Marxists Internet Archive, año 2009

Aquel Octubre de 1917 era gris, ventoso. El viento agitaba las copas de los árboles en el jardín del Smolny, del edificio de interminables y tortuosos pasillos y grandes y luminosas salas, con ese vacío propio de las estancias oficiales, donde se llevaba a cabo un trabajo intenso, que el mundo no había conocido nunca.

Hacía dos días que el Poder había pasado a manos de los Soviets. Del Palacio de Invierno eran dueños los obreros y los soldados. El gobierno de Kerenski no existía ya. Pero cada uno de nosotros comprendía que aquello era solamente el primer peldaño de la dura escalera que conducía a la emancipación de los trabajadores y a la creación de una República nueva, laboriosa, sin precedente en la tierra.

El Comité Central del Partido de los bolcheviques se alojaba en una pequeña habitación lateral con una mesa sencilla en el centro, periódicos en las ventanas y en el suelo y unas cuantas sillas. No sé ya para qué había llegado yo allí entonces, pero sí recuerdo que Vladímir Ilich no me dejó siquiera plantear la cuestión. Al verme, decidió en el acto que yo debía hacer algo más necesario que aquello que me proponía.

- Vaya ahora mismo a encargarse del Ministerio de Asistencia Social del Estado. Hay que hacerlo inmediatamente.

Vladímir Ilich estaba tranquilo, casi alegre. Bromeé un poco y, en seguida, pasó a ocuparse de otro asunto.

No recuerdo por qué fui para allá sola, sólo se me quedó grabado en la memoria el húmedo día de octubre en que llegué a la puerta del Ministerio de Asistencia Social del Estado, que se encontraba en la calle de Kazán. El portero, de elevada estatura y buena presencia, con barba canosa y galoneado uniforme, entreabrió la puerta y me examinó de pies a cabeza.

- ¿Quién de sus jefes está aquí ahora? -traté de informarme.

- Las horas de visita para las peticiones han terminado -me respondió tajante el galoneado viejo de buena presencia.

- Pero yo no vengo a hacer ninguna petición. ¿Quién hay aquí de los altos funcionarios?

- Ya le han dicho a usted, en ruso, que se recibe a las solicitantes desde la una hasta las tres, y ahora, mire el reloj, son más de las cuatro.

Yo insistí, él se mantuvo en sus trece. De nada sirvieron razones. Las horas de visita habían terminado. Y tenía orden de no dejar pasar a nadie.

A pesar de la prohibición, intenté subir por la escalera.

Pero el testarudo viejo se alzó ante mí como un muro impenetrable, sin dejarme avanzar ni un paso.

Y me tuve que ir sin conseguir nada, porque tenía prisa para acudir a un mitin. Y los mítines en aquellos días eran lo más importante, lo fundamental. Allí, entre las masas de soldados y desposeídos de la ciudad, se decidía la cuestión de la existencia del Poder soviético, de si lo mantendrían los obreros y campesinos con capotes de soldado o vencería la burguesía.

A la mañana siguiente, muy tempranito, sonó el timbre de la vivienda donde me había instalado al salir de la cárcel en que me metiera Kerenski. El timbrazo era insistente. Abrimos. Apareció un mujik pequeñajo con zamarrilla, laptis y barba.

- ¿Vive aquí el Comisario popular Kollontáy? Tengo que verle. Traigo aquí este papelito para él, del bolchevique principal, de Lenin.

Miro y veo que efectivamente en el trozo de papel hay escrito, de puño y letra de Vladímir Ilich:

"Entréguele cuanto le corresponda por el caballo, de los fondos de Asistencia Social del Estado".

El mujik, cachazudo, iba contando todo. En tiempos del zar, en vísperas de Febrero le habían requisado ya el caballo para necesidades de la guerra. Le prometieron pagárselo a precio razonable. Pero pasó el tiempo, y no recibió aviso alguno de pago. Entonces, el mujik fue a Piter (Petrogrado), y estuvo dos meses llamando a las puertas de todas las instituciones del Gobierno Provisional, sin ningún resultado. Le mandaban, como a una pelota, de una oficina a otra. Derrochó paciencia hasta que se le acabó el dinero. Y en aquel momento se enteró, de pronto, de que había unos hombres, llamados bolcheviques, que devolvían a los obreros y a los campesinos todo

lo que les habían quitado los zares y los terratenientes, así como lo que le había sido arrebatado al pueblo durante la guerra. Para ello, sólo hacía falta recibir un papelito del bolchevique principal, de Lenin. Aquel mujik pequeñajo había encontrado a Vladímir Ilich, en el Smolny. Antes de que empezara a clarear, le había hecho levantarse y había conseguido el papelito que me mostraba, pero que no me entregaba.

- Cuando reciba el dinero, lo entregaré. Y mientras tanto, mejor será que lo tenga yo. Es lo más seguro.

¿Qué hacer con el mujik pequeñajo y su caballo? Pues el Ministerio continuaba en manos de los funcionarios del Gobierno Provisional. Eran tiempos raros: el Poder estaba ya en manos de los Soviets, el Consejo de Comisarios del Pueblo era bolchevique, pero las instituciones oficiales, como vagones lanzados, seguían por los raíles de la política del Gobierno Provisional.

¿Cómo hacerse cargo del Ministerio? ¿Por la fuerza? Todos huirían, y nos quedaríamos sin funcionarios.

Decidimos proceder de otra manera: celebrar una reunión de delegados del sindicato de empleados subalternos. Lo presidía el mecánico I. Egórov. El sindicato era muy particular -un verdadero surtido de profesiones- y lo integraban cuantos, con arreglo a la plantilla correspondiente, trabajaban en calidad de personal subalterno: carteros, hermanas de la caridad, encargados de las estufas, contables, escribientes, mecánicos, obreros y obreras de la fábrica de naipes, guardas y practicantes.

Examinamos la situación. Se actuó de un modo ejecutivo. Elegimos un Consejo, y a la mañana siguiente fuimos a hacernos cargo del Ministerio.

Entramos. El portero de los galones, que no simpatizaba con los bolcheviques, no había asistido a la reunión. Su gesto era desaprobatorio, pero nos dejó pasar. Empezamos a subir por la escalera; en dirección contraria a nosotros, descendía un río de funcionarios, mecanógrafas, tenedores de libros, jefes... Bajaban corriendo, precipitadamente, no querían ni mirarnos. Nosotros para arriba, ellos para abajo. El sabotaje de los funcionarios había comenzado. Quedaron solamente algunas personas. Manifestaron que estaban dispuestas a trabajar con nosotros, con los bolcheviques. Entramos en los despachos y en las oficinas del Ministerio. Todo estaba vacío. Las máquinas de escribir abandonadas, los papeles tirados por el suelo. Y los libros de entradas y de salidas habían sido recogidos. Estaban encerrados. Y no teníamos las llaves. Tampoco estaban allí las llaves de la Caja.

¿Quién las tendría? ¿Cómo íbamos a trabajar sin dinero? La asistencia social del Estado era una institución cuya labor no era posible detener, pues abarcaba los asilos, a los mutilados de guerra, los talleres de ortopedia, los hospitales, los sanatorios, las leproserías, los reformatorios, los colegios de señoritas y las casas de ciegos... ¡Enorme campo de acción! De todas partes presionaban, exigían... Y no teníamos las llaves. Pero el más tenaz de todos era el mujik pequeñajo que había venido con el papelito de Lenin. Cada mañana, apenas amanecía, ya estaba en la puerta.

- ¿Qué hay del pago del caballo? Era muy bueno. De no haber sido tan fuerte y tan sufrido, no pondría tanto empeño en que me lo pagaran.

Al cabo de dos días, aparecieron las llaves. La primera salida de la Caja de Asistencia Social fue el pago del caballo que el gobierno zarista arrebatara, con engaños y a la fuerza, al campesino aquel, al mujik pequeñajo, que con tanta tenacidad había sabido percibir íntegramente, con arreglo al papelito de V. I. Lenin, la cantidad que le correspondía.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/subsidio.htm>

Alexandra Kollontai

Extractos de “*Los fundamentos sociales de la cuestión femenina*”

Escrito: En o antes de 1907.

Historial de publicación: Publicado por vez primera en 1907.

Traducción al castellano: Traducida por María Teresa García Banús en 1931, y revisada por Tamara Ruiz en 2011, para [En Lucha](#).

Fuente de la presente versión: Tomado de la [edición digital](#) de *Alexandra Kollontai: Los fundamentos sociales de la cuestión femenina y otros escritos*, Tamara Ruiz (ed.). En Lucha: España, 2011.

<http://www.enlucha.org/site/?q=node/15895>

Esta edición: Marxists Internet Archive, mayo de 2011.

Dejando a los estudiosos burgueses absortos en el debate de la cuestión de la superioridad de un sexo sobre el otro, o en el peso de los cerebros y en la comparación de la estructura psicológica de hombres y mujeres, los seguidores del materialismo histórico aceptan plenamente las particularidades naturales de cada sexo y demandan sólo que cada persona, sea hombre o mujer, tenga una oportunidad real para su más completa y libre autodeterminación, y la mayor capacidad para el desarrollo y aplicación de todas sus aptitudes naturales. Los seguidores del materialismo histórico rechazan la existencia de una cuestión de la mujer específica separada de la cuestión social general de nuestros días. Tras la subordinación de la mujer se esconden factores económicos específicos, las características naturales han sido un factor secundario en este proceso. Sólo la desaparición completa de estos factores, sólo la evolución de aquellas fuerzas que en algún momento del pasado dieron lugar a la subordinación de la mujer, serán capaces de influir y de hacer que cambie la posición social que ocupa actualmente de forma fundamental. En otras palabras, las mujeres pueden llegar a ser verdaderamente libres e iguales sólo en un mundo organizado mediante nuevas líneas sociales y productivas.

Sin embargo, esto no significa que la mejora parcial de la vida de la mujer dentro del marco del sistema actual no sea posible. La solución radical de la cuestión de los trabajadores sólo es posible con la completa reconstrucción de las relaciones productivas modernas. Pero, ¿debe esto impedirnos trabajar por reformas que sirvan para satisfacer los intereses más urgentes del proletariado? Por el contrario, cada nuevo objetivo de la clase trabajadora representa un paso que conduce a la humanidad hacia el reino

de la libertad y la igualdad social: cada derecho que gana la mujer le acerca a la meta fijada de su emancipación total...

La socialdemocracia fue la primera en incluir en su programa la demanda de la igualdad de derechos de las mujeres con los de los hombres. El partido demanda siempre y en todas partes, en los discursos y en la prensa, la retirada de las limitaciones que afectan a las mujeres, es sólo la influencia del partido lo que ha forzado a otros partidos y gobiernos a llevar a cabo reformas en favor de las mujeres. Y, en Rusia, este partido no es sólo el defensor de las mujeres en relación a su posición teórica, sino que siempre y en todos lados se adhiere al principio de igualdad de la mujer.

¿Qué impide a nuestras defensoras de los “derechos de igualdad”, en este caso, aceptar el apoyo de este partido fuerte y experimentado? El hecho es que por “radicales” que pudieran ser las igualitaristas, siguen siendo fieles a su propia clase burguesa. Por el momento, la libertad política es un requisito previo esencial para el crecimiento y el poder de la burguesía rusa. Sin ella resultará que todo su bienestar económico se ha construido sobre arena. La demanda de igualdad política es una necesidad para las mujeres que surge de la vida en sí misma.

La consigna de “acceso a las profesiones” ha dejado de ser suficiente, y sólo la participación directa en el gobierno del país promete contribuir a mejorar la situación económica de la mujer. De ahí el deseo apasionado de las mujeres de la mediana burguesía por obtener el derecho al voto, y por lo tanto, su hostilidad hacia el sistema burocrático moderno.

Sin embargo, en sus demandas de igualdad política nuestras feministas son como sus hermanas extranjeras, los amplios horizontes abiertos por el aprendizaje socialdemócrata permanecen ajenos e incomprensibles para ellas. Las feministas buscan la igualdad en el marco de la sociedad de clases existente, de ninguna manera atacan la base de esta sociedad. Luchan por privilegios para ellas mismas, sin poner en entredicho las prerrogativas y privilegios existentes. No acusamos a las representantes del movimiento de mujeres burgués de no entender el asunto, su visión de las cosas mana inevitablemente de su posición de clase...

La lucha por la independencia económica

En primer lugar debemos preguntarnos si un movimiento unitario sólo de mujeres es posible en una sociedad basada en las contradicciones de clase. El hecho de que las mujeres que participan en el movimiento de liberación no representan a una masa homogénea es evidente para cualquier observador imparcial.

El mundo de las mujeres está dividido —al igual que lo está el de los hombres— en dos bandos. Los intereses y aspiraciones de un grupo de mujeres les acercan a la clase burguesa, mientras que el otro grupo tiene estrechas conexiones con el proletariado, y sus demandas de liberación abarcan una solución completa a la cuestión de la mujer. Así, aunque ambos bandos siguen el lema general de la “liberación de la mujer”, sus objetivos e intereses son diferentes. Cada uno de los grupos inconscientemente parte de los intereses de su propia clase, lo que da un colorido específico de clase a los objetivos y tareas que se fija para sí mismo...

A pesar de lo aparentemente radical de las demandas de las feministas, uno no debe perder de vista el hecho de que las feministas no pueden, en razón de su posición de clase, luchar por aquella transformación fundamental de la estructura económica y social contemporánea de la sociedad sin la cual la liberación de las mujeres no puede completarse.

Si en determinadas circunstancias las tareas a corto plazo de las mujeres de todas las clases coinciden los objetivos finales de los dos bandos, que a largo plazo determinan la dirección del movimiento y las estrategias a seguir, difieren mucho. Mientras que para las feministas la consecución de la igualdad de derechos con los hombres en el marco del mundo capitalista actual representa un fin lo suficientemente concreto en sí mismo, la igualdad de derechos en el momento actual para las mujeres proletarias, es sólo un medio para avanzar en la lucha contra la esclavitud económica de la clase trabajadora. Las feministas ven a los hombres como el principal enemigo, por los hombres que se han apropiado injustamente de todos los derechos y privilegios para sí mismos, dejando a las mujeres solamente cadenas y obligaciones. Para ellas, la victoria se gana cuando un privilegio que antes disfrutaba exclusivamente el sexo masculino se concede al “sexo débil”. Las mujeres trabajadoras tienen una postura diferente. Ellas no ven a los hombres como el enemigo y el opresor, por el contrario, piensan en los hombres como sus compañeros, que comparten con ellas la monotonía de la rutina diaria y luchan con ellas por un futuro mejor. La mujer y su compañero masculino son esclavizados por las mismas condiciones sociales, las mismas odiadas cadenas del capitalismo oprimen su voluntad y les privan de los placeres y encantos de la vida. Es cierto que varios aspectos específicos del sistema contemporáneo yacen con un doble peso sobre las mujeres, como también es cierto que las condiciones de trabajo asalariado, a veces, convierten a las mujeres trabajadoras en competidoras y rivales de los hombres. Pero en estas situaciones desfavorables, la clase trabajadora sabe quién es el culpable...

La mujer trabajadora, no menos que su hermano en la adversidad, odia a ese monstruo insaciable de fauces doradas que, preocupado solamente en extraer toda la savia de sus víctimas y de crecer a expensas de millones de vidas humanas, se abalanza con igual codicia sobre hombres, mujeres y niños. Miles de hilos la acercan al hombre de clase trabajadora. Las aspiraciones de la mujer burguesa, por otro lado, parecen extrañas e incomprensibles. No simpatizan con el corazón del proletariado, no prometen a la mujer proletaria ese futuro brillante hacia el que se tornan los ojos de toda la humanidad explotada...

El objetivo final de las mujeres proletarias no evita, por supuesto, el deseo que tienen de mejorar su situación incluso dentro del marco del sistema burgués actual. Pero la realización de estos deseos está constantemente dificultada por los obstáculos que derivan de la naturaleza misma del capitalismo. Una mujer puede tener igualdad de derechos y ser verdaderamente libre sólo en un mundo de trabajo socializado, de armonía y justicia. Las feministas no están dispuestas a comprender esto y son incapaces de hacerlo. Les parece que cuando la igualdad sea formalmente aceptada por la letra de la ley serán capaces de conseguir un lugar cómodo para ellas en el viejo mundo de la opresión, la esclavitud y la servidumbre, de las lágrimas y las dificultades. Y esto es verdad hasta cierto punto. Para la mayoría de las mujeres del proletariado, la igualdad de derechos con los hombres significaría sólo una parte igual de la desigualdad, pero para las "pocas elegidas", para las mujeres burguesas, de hecho, abriría las puertas a derechos y privilegios nuevos y sin precedentes que hasta ahora han sido sólo disfrutados por los hombres de clase burguesa. Pero, cada nueva concesión que consiga la mujer burguesa sería otra arma con la que explotar a su hermana menor y continuaría aumentando la división entre las mujeres de los dos campos sociales opuestos. Sus intereses se verían más claramente en conflicto, sus aspiraciones más evidentemente en contradicción.

¿Dónde, entonces, está la "cuestión femenina" general? ¿Dónde está la unidad de tareas y aspiraciones acerca de las cuales las feministas tienen tanto que decir? Una mirada fría a la realidad muestra que esa unidad no existe y no puede existir. En vano, las feministas tratan de convencerse a sí mismas de que la "cuestión femenina" no tiene nada que ver con aquella del partido político y que "su solución sólo es posible con la participación de todos los partidos y de todas las mujeres". Como ha dicho una de las feministas radicales de Alemania, la lógica de los hechos nos obliga a rechazar esta ilusión reconfortante de las feministas...

Las condiciones y las formas de producción han subyugado a las mujeres durante toda la historia de la humanidad, y las han relegado gradualmente a la posición de opresión y dependencia en la que la mayoría de ellas ha permanecido hasta ahora.

Sería necesario un cataclismo colosal de toda la estructura social y económica antes de que las mujeres pudieran comenzar a recuperar la importancia y la independencia que han perdido. Las inanimadas pero todopoderosas condiciones de producción han resuelto los problemas que en un tiempo parecieron demasiado difíciles para los pensadores más destacados. Las mismas fuerzas que durante miles de años esclavizaron a las mujeres ahora, en una etapa posterior de desarrollo, las está conduciendo por el camino hacia la libertad y la independencia...

La cuestión de la mujer adquirió importancia para las mujeres de las clases burguesas aproximadamente en la mitad del siglo XIX: un tiempo considerable después de que la mujer proletaria hubiera llegado al campo del trabajo. Bajo el impacto de los monstruosos éxitos del capitalismo, las clases medias de la población fueron golpeadas por olas de necesidad. Los cambios económicos hicieron que la situación financiera de la pequeña y mediana burguesía se volviera inestable, y que las mujeres burguesas se enfrentaran a un dilema de proporciones alarmantes, o bien aceptar la pobreza o conseguir el derecho al trabajo. Las esposas y las hijas de estos grupos sociales comenzaron a golpear a las puertas de las universidades, los salones de arte, las casas editoriales, las oficinas, inundando las profesiones que estaban abiertas para ellas. El deseo de las mujeres burguesas de conseguir el acceso a la ciencia y los mayores beneficios de la cultura no fue el resultado de una necesidad repentina, madura, sino que provino de esa misma cuestión del “pan de cada día”.

Las mujeres de la burguesía se encontraron, desde el primer momento, con una dura resistencia por parte de los hombres. Se libró una batalla tenaz entre los hombres profesionales, apegados a sus “pequeños y cómodos puestos de trabajo”, y las mujeres que eran novatas en el asunto de ganarse su pan diario. Esta lucha dio lugar al “feminismo”: el intento de las mujeres burguesas de permanecer unidas y medir su fuerza común contra el enemigo, contra los hombres. Cuando estas mujeres entraron en el mundo laboral se referían a sí mismas con orgullo como la “vanguardia del movimiento de las mujeres”. Se olvidaron de que en este asunto de la conquista de la independencia económica, como en otros ámbitos, fueron recorriendo los pasos de sus hermanas menores y recogiendo los frutos de los esfuerzos de sus manos llenas de ampollas.

Entonces, ¿es realmente posible hablar de las feministas como las pioneras en el camino hacia el trabajo de las mujeres, cuando en cada país cientos de miles de mujeres proletarias habían inundado las fábricas y los talleres, apoderándose de una rama de la industria tras otra, antes de que el movimiento de las mujeres burguesas ni siquiera hubiera nacido? Sólo gracias al reconocimiento del trabajo de las mujeres trabajadoras en el mercado mundial las mujeres burguesas han podido ocupar la posición independiente en la sociedad de la que las feministas se enorgullecen tanto...

Nos resulta difícil señalar un solo hecho en la historia de la lucha de las mujeres proletarias por mejorar sus condiciones materiales en el que el movimiento feminista, en general, haya contribuido significativamente. Cualquiera que sea lo que las mujeres proletarias hayan conseguido para mejorar sus niveles de vida es el resultado de los esfuerzos de la clase trabajadora en general, y de ellas mismas en particular. La historia de la lucha de las mujeres trabajadoras por mejorar sus condiciones laborales y por una vida más digna es la historia de la lucha del proletariado por su liberación.

¿Qué fuerza a los propietarios de las fábricas a aumentar el precio del trabajo, a reducir horas e introducir mejores condiciones de trabajo, si no el temor a una grave explosión de insatisfacción del proletariado? ¿Qué, si no el miedo a los “conflictos laborales”, persuade al gobierno de establecer una legislación para limitar la explotación del trabajo por el capital?...

No hay un solo partido en el mundo que haya asumido la defensa de las mujeres como lo ha hecho la socialdemocracia. La mujer trabajadora es ante todo un miembro de la clase trabajadora, y cuanto más satisfactoria sea la posición y el bienestar general de cada miembro de la familia proletaria, mayor será el beneficio a largo plazo para el conjunto de la clase trabajadora...

En vista a las crecientes dificultades sociales, la devota luchadora por la causa debe pararse en triste desconcierto. Ella no puede si no ver lo poco que el movimiento general de las mujeres ha hecho por las mujeres proletarias, lo incapaz que es de mejorar las condiciones laborales y de vida de la clase trabajadora. El futuro de la humanidad debe parecer gris, apagado e incierto a aquellas mujeres que están luchando por la igualdad pero que aun no han adoptado la perspectiva mundial del proletariado o no han desarrollado una fe firme en la llegada de un sistema social más perfecto. Mientras el mundo capitalista actual permanezca inalterado, la liberación debe parecerles incompleta e imparcial. Que desesperación

deben abrazar las más pensativas y sensibles de estas mujeres. Sólo la clase obrera es capaz de mantener la moral en el mundo moderno con sus relaciones sociales distorsionadas. Con paso firme y acompasado avanza firmemente hacia su objetivo. Atrae a las mujeres trabajadoras a sus filas. La mujer proletaria inicia valientemente el espinoso camino del trabajo asalariado. Sus piernas flaquean, su cuerpo se desgarran. Hay peligrosos precipicios a lo largo del camino, y los crueles predadores están acechando.

Pero sólo tomando este camino la mujer es capaz de lograr ese lejano pero atractivo objetivo: su verdadera liberación en un nuevo mundo del trabajo. Durante este difícil paso hacia el brillante futuro la mujer trabajadora, hasta hace poco una humillada, oprimida esclava sin derechos, aprende a desprenderse de la mentalidad de esclava a la que se ha aferrado, paso a paso se transforma a sí misma en una trabajadora independiente, una personalidad independiente, libre en el amor. Es ella, luchando en las filas del proletariado, quien consigue para las mujeres el derecho a trabajar, es ella, la "hermana menor", quien prepara el terreno para la mujer "libre" e "igual" del futuro.

¿Por qué razón, entonces, debe la mujer trabajadora buscar una unión con las feministas burguesas? ¿Quién, en realidad, se beneficiaría en el caso de tal alianza? Ciertamente no la mujer trabajadora. Ella es su propia salvadora, su futuro está en sus propias manos. La mujer trabajadora protege sus intereses de clase y no se deja engañar por los grandes discursos sobre el "mundo que comparten todas las mujeres". La mujer trabajadora no debe olvidar y no olvida que si bien el objetivo de las mujeres burguesas es asegurar su propio bienestar en el marco de una sociedad antagonica a nosotras, nuestro objetivo es construir, en el lugar del mundo viejo, obsoleto, un brillante templo de trabajo universal, solidaridad fraternal y alegre libertad...

El matrimonio y el problema de la familia

Dirijamos la atención a otro aspecto de la cuestión femenina, el problema de la familia. Es bien conocida la importancia que tiene para la auténtica emancipación de la mujer la solución de este problema ardiente y complejo. La aspiración de las mujeres a la igualdad de derechos no puede verse plenamente satisfecha mediante la lucha por la emancipación política, la obtención de un doctorado u otros títulos académicos, o un salario igual ante el mismo trabajo. Para llegar a ser verdaderamente libre, la mujer debe desprenderse de las cadenas que le arroja encima la forma actual, trasnochada y opresiva, de la familia. Para la mujer, la solución del

problema familiar no es menos importante que la conquista de la igualdad política y el establecimiento de su plena independencia económica.

Las formas actuales, establecidas por la ley y la costumbre, de la estructura familiar hacen que la mujer esté oprimida no sólo como persona sino también como esposa y como madre. En la mayor parte de los países civilizados, el código civil coloca a la mujer en una situación de mayor o menor dependencia del hombre, y concede al marido, además del derecho de disponer de los bienes de su mujer, el de reinar sobre ella moral y físicamente...

Y allí donde acaba la esclavitud familiar oficial, legalizada, empieza la llamada "opinión pública" a ejercer sus derechos sobre la mujer. Esta opinión pública es creada y mantenida por la burguesía con el fin de proteger la "institución sagrada de la propiedad". Sirve para reafirmar una hipócrita "doble moral". La sociedad burguesa encierra a la mujer en un intolerable cepo económico, pagándole un salario ridículo por su trabajo. La mujer se ve privada del derecho que posee todo ciudadano de alzar su voz para defender sus intereses pisoteados, y tiene la inmensa bondad de ofrecerle esta alternativa: o bien el yugo conyugal, o bien las asfixias de la prostitución, abiertamente menospreciada y condenada, pero secretamente apoyada y sostenida.

¿Será preciso insistir acerca de los sombríos aspectos de la vida conyugal de hoy, acerca de los sufrimientos de la mujer que se ligan estrechamente a las actuales estructuras familiares. Ya se ha escrito y se ha dicho mucho sobre este tema. La literatura está llena de negros cuadros que pintan nuestro desorden conyugal y familiar. En este campo, ¡cuántas tragedias psicológicas, cuántas vidas mutiladas, cuántas existencias envenenadas! Por ahora, sólo nos importa resaltar que la estructura actual de la familia oprime a las mujeres de todas las clases y condiciones sociales. Las costumbres y las tradiciones persiguen a la madre soltera de idéntico modo, cualquiera que sea el sector de la población a la que pertenezca, las leyes colocan bajo la tutela del marido tanto a la burguesa como a la proletaria y a la campesina.

¿No hemos descubierto por fin ese aspecto de la cuestión femenina sobre el cual las mujeres de todas las clases pueden unirse? ¿No pueden luchar conjuntamente contra las condiciones que las oprimen? ¿Acaso los sufrimientos comunes, el dolor común borran el abismo del antagonismo de clases y crean una comunidad de aspiraciones y de tareas para las mujeres de diferentes planos? ¿Acaso es realizable, en cuanto a los deseos y objetivos comunes, una colaboración de burguesas y proletarias? Después

de todo, las feministas luchan a la vez por conseguir formas más libres de matrimonio y por el “derecho a la maternidad”, levantan su voz en defensa de la prostituta a la que todo el mundo acosa. Observad cómo la literatura feminista es rica en búsquedas de nuevos estilos de unión del hombre y la mujer y de audaces esfuerzos encaminados a la “igualdad moral” entre los sexos. ¿No es cierto que, mientras en el terreno de la liberación económica las burguesas se sitúan en la cola del ejército de millones de proletarias que allanan la senda a la “mujer nueva”, en la lucha por resolver el problema de la familia los reconocimientos son para las feministas?

Aquí en Rusia, las mujeres de la mediana burguesía —es decir, este ejército de mujeres que, poseedoras de una situación independiente, se encontraron de golpe, en la década de 1860, arrojadas al mercado de trabajo— han resuelto en la práctica, a título individual, multitud de aspectos embarazosos de la cuestión matrimonial, saltando valientemente por encima del matrimonio religioso tradicional y reemplazando la forma consolidada de la familia por una unión fácil de romper, que se corresponde mejor con las necesidades de esa capa intelectual, móvil, de la población. Pero las soluciones individuales, subjetivas, de esta cuestión no cambian la situación y no mitigan el triste panorama general de la vida familiar. Si alguna fuerza está destruyendo la forma actual de familia, no es el titánico esfuerzo de los individuos más o menos fuertes por separado, sino las fuerzas inanimadas y poderosas de la producción, que están intransigentemente construyendo vida, sobre nuevos cimientos...

La heroica lucha de las jóvenes mujeres individuales del mundo burgués, que arrojan el guante y demandan de la sociedad el derecho a “atreverse a amar” sin órdenes ni cadenas, debe servir como ejemplo a todas las mujeres que languidecen bajo el peso de las cadenas familiares: esto es lo que predicán las feministas extranjeras más emancipadas y también nuestras modernas defensoras de la igualdad aquí. En otros términos, según el espíritu que anima a las feministas, la cuestión del matrimonio se resolverá independientemente de las condiciones ambientales, independientemente de un cambio en la estructura económica de la sociedad, sencillamente merced a los esfuerzos heroicos individuales y aislados. Basta con que la mujer “se atreva”, y el problema del matrimonio caerá por su propia inercia.

Pero las mujeres menos heroicas mueven la cabeza con aire dubitativo: “está todo muy bien para las heroínas de las novelas que un previsor autor ha dotado de una cómoda renta, así como de amigos desinteresados y de un extraordinario encanto. Pero, ¿qué pueden hacer quienes carecen de rentas, de salario suficiente, de amigos, de atractivo extraordinario?” Y, en

cuanto al problema de la maternidad, que se alza ante la ansiosa mirada de la mujer sedienta de libertad, ¿qué hay? El “amor libre”, ¿es posible, realizable no como hecho aislado y excepcional, sino como hecho normal en la estructura económica de la sociedad de hoy, es decir, como norma imperante y reconocida por todos? ¿Puede ser ignorado el elemento que determina la actual forma del matrimonio y de la familia, la propiedad privada? ¿Se puede, en este mundo individualista, abolir por entero la reglamentación del matrimonio sin que padezcan por ello los intereses de la mujer? ¿Puede abolirse la única garantía que posee de que no todo el peso de la maternidad caerá sobre ella? En caso de llevar a efecto tal abolición, ¿no ocurriría con la mujer lo que ha ocurrido con los obreros? La supresión de las trabas causadas por los reglamentos corporativos, sin que nuevas obligaciones hayan sido instituidas para los patronos, ha dejado a los obreros a merced del poder incontrolado capitalista, y la seductora consigna de “libre asociación del capital y del trabajo” se ha trocado en una forma desvergonzada de explotación del trabajo a manos del capital. El “amor libre”, introducido sistemáticamente en la sociedad de clases actual, en lugar de liberar a la mujer de las penurias de la vida familiar, ¿no la lastrará seguramente con una nueva carga: la tarea de cuidar, sola y sin ayuda, de sus hijos?

Únicamente una serie de reformas radicales en el ámbito de las relaciones sociales, reformas mediante las cuales las obligaciones de la familia recaerían sobre la sociedad y el Estado, crearía la situación favorable para que el principio del “amor libre” pudiera en cierta medida realizarse. Pero, ¿podemos contar seriamente con que el Estado clasista actual, por muy democrática que sea su forma, esté dispuesto a asumir todas las obligaciones referentes a la madre y, a la joven generación, es decir, aquellas obligaciones que atañen de momento a la familia en cuanto célula individualista? Tan sólo una transformación radical de las relaciones productivas puede crear las condiciones sociales indispensables para proteger a la mujer de los aspectos negativos derivados de la elástica fórmula del “amor libre”. ¿Realmente no vemos qué confusión y qué desórdenes de las costumbres sexuales se esconden, en las actuales circunstancias, a menudo en semejante fórmula? Observad a todos esos señores, empresarios y administradores de sociedades industriales: ¿no se aprovechan frecuentemente a su manera del “amor libre” al obligar a obreras, empleadas y criadas a someterse a sus caprichos sexuales, bajo la amenaza de despido? Esos patronos que envilecen a su doncella y después la ponen en la calle cuando ha quedado embarazada, ¿acaso no están aplicando ya la fórmula del “amor libre”?

“Pero no estamos hablando de ese tipo de “libertad”, objetan las defensoras de la unión libre. Por el contrario, exigimos la instauración de una “moral única”, igualmente obligatoria para el hombre y la mujer. Nos oponemos al desorden de las costumbres sexuales de hoy, proclamamos que sólo es pura una unión libre fundamentada sobre un amor verdadero”. Pero, ¿no pensáis, queridas amigas, que vuestro ideal de “unión libre”, llevado a la práctica en la situación económica y social actual, corre el riesgo de dar resultados que difieren muy poco de la forma distorsionada de la libertad sexual? El principio del “amor libre” no podrá entrar en vigor sin traer nuevos sufrimientos a la mujer más que cuando ella se haya librado de las cadenas materiales que hoy la hacen doblemente dependiente: del capital y de su marido. El acceso de las mujeres a un trabajo independiente y a la autonomía económica ha hecho aparecer una cierta posibilidad de “amor libre”, sobre todo para las intelectuales que ejercen las profesiones mejor retribuidas. Pero la dependencia de la mujer con respecto al capital sigue ahí, e incluso se agrava a medida que crece el número de mujeres de proletarios empujadas a vender su fuerza de trabajo. La consigna del “amor libre” ¿puede mejorar la triste suerte de estas mujeres que ganan justo lo mínimo para no morir de hambre? Y, además, el amor libre ¿no se practica ya ampliamente en la clase obrera, hasta tal punto que más de una vez la burguesía ha elevado la voz de alarma y ha denunciado la «depravación» y la «inmoralidad» del proletariado? Cabe señalar que cuando las feministas hablan con entusiasmo de nuevas formas de unión extramatrimoniales para las burguesas emancipadas, les dan el bonito nombre de “amor libre”. Pero cuando se trata de la clase obrera, esas mismas uniones extramatrimoniales son vituperadas con el término despectivo de “relaciones sexuales desordenadas”. Es bastante característico.

No obstante, para la proletaria, habida cuenta de las condiciones actuales, las consecuencias de la vida en común, ya sea ésta de origen libre o consagrada por la Iglesia, siguen siendo siempre igual de penosas. Para la esposa y la madre proletarias, la clave del problema conyugal y familiar no reside en sus formas exteriores, rituales o civiles, sino en las condiciones económicas y sociales que determinan esas complejas relaciones familiares a las que debe hacer frente la mujer de clase obrera. Por supuesto, también para ella es importante conocer si su marido puede disponer del salario que ella ha ganado, si como marido posee el derecho de obligarla a vivir con él aun en contra de su voluntad, si le puede quitar a los hijos por la fuerza, etc. Pero no son tales párrafos del código civil los que determinan la situación real de la mujer en la familia, y tampoco se resolverá en ellos el difícil problema familiar. Sea legalizada la unión ante notario, consagrada por la Iglesia o fundamentada en el principio de libre consentimiento, la cuestión

del matrimonio llegaría a perder su relevancia para la mayoría de las mujeres si —y únicamente si tal ocurre— la sociedad les descargara de las mezquinas preocupaciones caseras, inevitables hoy en este sistema de economías domésticas individuales y dispersas. Es decir, si la sociedad asumiera el cuidado de la generación más joven, si estuviese capacitada para proteger la maternidad y dar una madre a cada niño, al menos durante los primeros meses.

Las feministas luchan contra un fetiche: el matrimonio legalizado y consagrado por la Iglesia. Las mujeres proletarias, por el contrario, arriman el hombro contra las causas que han ocasionado la forma actual del matrimonio y de la familia, y cuando se esfuerzan en cambiar estas condiciones de vida, saben que también están ayudando, por ende, a reformar las relaciones entre los sexos. Ahí es donde estriba la principal diferencia entre el enfoque de la burguesía y el del proletariado al abordar el complejo problema familiar.

Al creer ingenuamente en la posibilidad de crear nuevas formas de relaciones conyugales y familiares sobre el sombrío telón de fondo de la sociedad de clases contemporánea, las feministas y los reformadores sociales pertenecientes a la burguesía buscan penosamente tales formas nuevas. Y, puesto que la vida misma aún no las ha suscitado, precisan inventarlas a toda costa. Deberían ser, a su juicio, formas modernas de relaciones sexuales que sean capaces de resolver el complejo problema de la familia bajo el sistema social actual. Y los ideólogos del mundo burgués —periodistas, escritores, y destacadas mujeres que luchan por la emancipación— proponen, cada cual por su lado, su “panacea familiar”, su nueva “fórmula de matrimonio”.

¡Qué utópicas suenan estas fórmulas de matrimonio! ¡Qué débiles estos paliativos, cuando se considera a la luz de la penosa realidad de nuestra estructura moderna de familia! ¡La “unión libre”, el “amor libre”! Para que tales fórmulas puedan nacer, es preciso proceder a una reforma radical de todas las relaciones sociales entre las personas. Aún más, es preciso que las normas de la moral sexual, y con ellas toda la psicología humana, sufran una profunda evolución, una evolución fundamental. ¿Acaso la psicología humana actual está realmente dispuesta a admitir el principio del “amor libre”? ¿Y los celos, que consumen incluso a las mejores almas humanas? ¿Y ese sentimiento, tan hondamente enraizado, del derecho de propiedad no sólo sobre el cuerpo, sino también sobre el alma del compañero? ¿Y la incapacidad de inclinarse con simpatía ante una manifestación de la individualidad de la otra persona, la costumbre bien de “dominar” al ser amado o bien de hacerse su “esclavo”? ¿Y ese sentimiento amargo,

mortalmente amargo, de abandono y de infinita soledad que se apodera de uno cuando el ser amado ya no nos quiere y nos deja? ¿Dónde puede encontrar consuelo la persona solitaria, individualista? La “colectividad”, en el mejor de los casos, es “un objetivo” hacia el cual dirigir las fuerzas morales e intelectuales. Pero, ¿es capaz la persona de hoy de comulgar con esa colectividad hasta el punto de sentir las influencias de interacción mutuamente? ¿La vida colectiva puede por sí sola sustituir las pequeñas alegrías personales del individuo? Sin un alma que esté cerca, una “única” alma gemela, incluso un socialista, incluso un colectivista está infinitamente solo en nuestro mundo hostil, y únicamente en la clase obrera podemos vislumbrar el pálido resplandor que anuncia nuevas relaciones, más armoniosas y de espíritu más social, entre las personas. El problema de la familia es tan complejo, embrollado y múltiple como la vida misma, y no será nuestro sistema social quien permita resolverlo.

Otras fórmulas de matrimonio se han propuesto. Varias mujeres progresistas y pensadores sociales consideran la unión matrimonial sólo como un método de producir descendencia. El matrimonio en sí mismo, sostienen, no tiene ningún valor especial para la mujer: la maternidad es su propósito, su objetivo sagrado, su misión en la vida. Gracias a tales inspiradas defensoras como Ruth Bray y Ellen Key, el ideal burgués que reconoce a la mujer como hembra antes que como persona ha adquirido una aureola especial de progresismo. La literatura extranjera ha aceptado con entusiasmo el lema propuesto por estas mujeres modernas. E incluso aquí, en Rusia, en el período anterior a la tormenta política (de 1905), antes de que los valores sociales fueron objeto de revisión, la cuestión de la maternidad había atraído la atención de la prensa diaria. El lema “el derecho a la maternidad” no puede evitar producir una viva respuesta en los círculos más amplios de la población femenina. Así, a pesar del hecho de que todas las propuestas de las feministas en este contexto fueran de índole utópico, el problema era demasiado importante y de actualidad como para no atraer a las mujeres.

El “derecho a la maternidad” es el tipo de cuestión que afecta no sólo a las mujeres de la clase burguesa, sino también, en mayor medida aún, a las mujeres proletarias. El derecho a ser madre -estas son bellas palabras que van directamente al “corazón de cualquier mujer” y que hacen que le lata más rápido. El derecho a alimentar al “propio” hijo con su leche, y asistir a las primeras señales del despertar de su conciencia, el derecho a cuidar su diminuto cuerpo y a proteger su delicada alma tierna de las espinas y los sufrimientos de los primeros pasos en la vida: ¿Qué madre no apoyaría estas demandas?

Parece que nos hemos topado de nuevo con un problema que podría servir como un momento de unidad entre mujeres de diferentes estratos sociales: podría parecer que hemos encontrado, por fin, el puente de unión entre las mujeres de los dos mundos hostiles. Echemos un vistazo más minucioso, para descubrir lo que las mujeres burguesas progresistas entienden como “el derecho a la maternidad”. Entonces podremos ver si las mujeres proletarias, de hecho, pueden estar de acuerdo con las soluciones al problema de la maternidad previstas por las igualitaristas burguesas. A los ojos de sus entusiastas apologistas, la maternidad tiene un carácter casi sagrado. Luchando por romper los falsos prejuicios que marcan a una mujer por dedicarse a una actividad natural —el dar a luz a un hijo— porque la actividad no ha sido santificada por la ley, las luchadoras por el derecho a la maternidad han doblado el palo en la otra dirección: para ellas, la maternidad se ha convertido en el objetivo de la vida de una mujer...

La devoción de Ellen Key por las obligaciones de la maternidad y la familia le obliga a ofrecer una garantía de que la unidad familiar aislada seguirá existiendo incluso en una sociedad transformada en términos socialistas. El único cambio, tal y como ella lo ve, será que todos los elementos accesorios que supongan una ventaja o un beneficio material serán excluidos de la unión matrimonial, que se celebrará conforme a las inclinaciones mutuas, sin ceremonias ni formalidades: el amor y el matrimonio serán verdaderamente equivalentes. Sin embargo, la célula familiar aislada es el resultado del mundo individualista moderno, con su lucha por la supervivencia, sus presiones, su soledad, la familia es un producto del monstruoso sistema capitalista. ¡Y Key espera legarle la familia a la sociedad socialista! La sangre y los lazos de parentesco en la actualidad sirven a menudo, es cierto, como el único sostén en la vida, como el único refugio en tiempos de penuria y desgracia. ¿Pero será moral o socialmente necesaria en el futuro? Key no responde a esta pregunta. Ella tiene demasiado en consideración a la “familia ideal”, esta unidad egoísta de la burguesía media a la que los devotos de la estructura burguesa de la sociedad miran con tal admiración.

Pero la talentosa aunque imprevisible Ellen Key no es la única que pierde el norte en las contradicciones sociales. Probablemente no haya otra cuestión como la del matrimonio y la familia sobre la que haya tan poco de acuerdo entre los socialistas. Si organizásemos una encuesta entre los socialistas, los resultados probablemente serían muy curiosos. ¿Se marchita la familia? ¿O hay motivos para creer que los problemas de la familia en la actualidad son sólo una crisis transitoria? ¿Se conservaría la forma actual de la familia en la

futura sociedad, o será enterrada junto con el sistema capitalista moderno? Estas son preguntas que bien podrían recibir respuestas muy diferentes...

El paso de la función educativa desde la familia a la sociedad hará desaparecer los últimos lazos que mantenían unida la célula familiar aislada. La vieja familia burguesa empezará a desintegrarse aún más rápidamente y, en la atmósfera de cambio, veremos dibujarse con una nitidez cada vez mayor las siluetas todavía indefinidas de las futuras relaciones conyugales. ¿Qué siluetas confusas son esas, aún sumergidas en las brumas de las influencias actuales?

¿Hace falta repetir que la forma opresiva actual del matrimonio dejará sitio a la unión libre de individuos que se aman? El ideal del amor libre, que se presenta a la hambrienta imaginación de las mujeres que luchan por su emancipación, se corresponde sin duda hasta cierto punto con la pauta de relaciones entre los sexos que instaurará la sociedad colectivista. Sin embargo, las influencias sociales son tan complejas y sus interacciones tan diversas, que ahora mismo es imposible imaginar con precisión cómo serán las relaciones del futuro, cuando se haya cambiado todo el sistema radicalmente. Pero la lenta evolución de las relaciones entre los sexos que tiene lugar ante nuestros ojos atestigua claramente que el ritual del matrimonio y la familia cerrada y constrictiva están abocados a la desaparición.

La lucha por los derechos políticos

Las feministas responden a nuestras críticas diciendo: incluso si os parecen equivocados los argumentos que están detrás de nuestra defensa de los derechos políticos de las mujeres, ¿puede rebajarse la importancia de la demanda en sí, que es igual de urgente para las feministas y para las representantes de la clase trabajadora? ¿No pueden las mujeres de ambos bandos sociales, por el bien de sus aspiraciones políticas comunes, superar las barreras del antagonismo de clase que las separan? ¿No serán capaces seguramente de librar una lucha común contra las fuerzas hostiles que los rodean? La división entre la burguesía y el proletariado es tan inevitable como otras cuestiones que nos atañen, pero en el caso de este asunto particular las feministas creen que las mujeres de las distintas clases sociales no tienen diferencias.

Las feministas continúan volviendo a estos argumentos con amargura y desconcierto, viendo nociones preconcebidas de lealtad partidista en la negativa de las representantes de la clase trabajadora a unir sus fuerzas con ellas en la lucha por los derechos políticos de las mujeres. ¿Es realmente

éste el caso? ¿Existe una identificación total de las aspiraciones políticas o, en este caso, al igual que en todos los demás, el antagonismo la creación de un ejército de mujeres indivisible, por encima de las clases? Tenemos que responder a esta cuestión antes de que podamos definir las tácticas que las mujeres proletarias utilizarán para obtener derechos políticos para su sexo.

Las feministas declaran estar del lado de la reforma social, y algunas de ellas incluso dicen estar a favor del socialismo —en un futuro lejano, por supuesto— pero no tienen la intención de luchar entre las filas de la clase obrera para conseguir estos objetivos. Las mejores de ellas creen, con ingenua sinceridad, que una vez que los asientos de los diputados estén a su alcance serán capaces de curar las llagas sociales que se han formado, en su opinión, debido a que los hombres, con su egoísmo inherente, han sido los dueños de la situación. A pesar de las buenas intenciones de grupos individuales de feministas hacia el proletariado, siempre que se ha planteado la cuestión de la lucha de clases han dejado el campo de batalla con temor. Reconocen que no quieren interferir en causas ajenas, y prefieren retirarse a su liberalismo burgués que les es tan cómodamente familiar.

Por mucho que las feministas burguesas traten de reprimir el verdadero objetivo de sus deseos políticos, por mucho que aseguren a sus hermanas menores que la participación en la vida política promete beneficios inconmensurables para las mujeres de clase trabajadora, el espíritu burgués que impregna todo el movimiento feminista da un colorido de clase incluso a la demanda de igualdad de derechos políticos con los hombres, que podría parecer una demanda general de las mujeres. Diferentes objetivos e interpretaciones de cómo deben usarse los derechos políticos crea un abismo insalvable entre las mujeres burguesas y las proletarias. Esto no contradice el hecho de que las tareas inmediatas de los dos grupos de mujeres coincidan en cierta medida, puesto que los representantes de todas las clases que han accedido al poder político se esfuerzan sobre todo en lograr una revisión del Código Civil, que en cada país, en mayor o menor medida, discrimina a las mujeres. Las mujeres presionan por conseguir cambios legales que creen condiciones laborales más favorables para ellas, se mantienen unidas contra las regulaciones que legalizan la prostitución, etc. Sin embargo, la coincidencia de estas tareas inmediatas es de carácter puramente formal. Así, el interés de clase determina que la actitud de los dos grupos hacia estas reformas sea profundamente contradictoria...

El instinto de clase —digan lo que digan las feministas— siempre demuestra ser más poderoso que el noble entusiasmo de las políticas “por encima de las clases”. En tanto que las mujeres burguesas y sus “hermanas menores”

son iguales en su desigualdad, las primeras pueden, con total sinceridad, hacer grandes esfuerzos en defender los intereses generales de las mujeres. Pero, una vez que se hayan superado estas barreras y las mujeres burguesas hayan accedido a la actividad política, las actuales defensoras de los “derechos de todas las mujeres” se convertirán en defensoras entusiastas de los privilegios de su clase, se contentarán con dejar a las hermanas menores sin ningún derecho. Así, cuando las feministas hablan con las mujeres trabajadoras acerca de la necesidad de una lucha común para conseguir algún principio “general de las mujeres”, las mujeres de la clase trabajadora están naturalmente recelosas.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1907/001.htm>

Alexandra Kollontai

Las relaciones sexuales y la lucha de clases

Escrito: En o antes de 1911.

Historial de publicación: Publicado por vez primera en 1911.

Traducción al castellano: Por Tamara Ruiz en 2011 a partir de la versión inglesa de Alix Holt de 1977, para [En Lucha](#).

Fuente de la presente versión: Tomado de la [edición digital](#) de *Alexandra Kollontai: Los fundamentos sociales de la cuestión femenina y otros escritos*, Tamara Ruiz (ed.). En Lucha: España, 2011.

<http://www.enlucha.org/site/?q=node/15895>

Esta edición: Marxists Internet Archive, mayo de 2011.

Entre los múltiples problemas que perturban la inteligencia y el corazón de la humanidad, el problema sexual ocupa indiscutiblemente uno de los primeros puestos. No hay una sola nación, un solo pueblo en el que la cuestión de las relaciones entre los sexos no adquiera de día en día un carácter más violento y doloroso. La humanidad contemporánea atraviesa por una crisis sexual aguda en la forma, una crisis que se prolonga y que, por tanto, es mucho más grave y más difícil de resolver.

En todo el curso de la historia de la humanidad no encontraremos seguramente otra época en la que los problemas sexuales hayan ocupado en la vida de la sociedad un lugar tan importante, otra época en la que las relaciones sexuales hayan acaparado, como por arte de magia, las miradas atormentadas de millones de personas. En nuestra época, más que en ninguna otra de la historia, los dramas sexuales constituyen fuente inagotable de inspiración para artistas de todos los géneros del arte.

Como la terrible crisis sexual se prolonga, su carácter crónico adquiere mayor gravedad y más insoluble nos parece la situación presente. Por esto la humanidad contemporánea se arroja anhelante sobre todos los medios que hacen entrever una posible solución del problema "maldito". Pero a cada nueva tentativa de solución se

complica más el enmarañado complejo de las relaciones entre los sexos, y parece como si fuera imposible descubrir el único hilo que nos ha de servir para desenredar el compacto nudo. La humanidad, atemorizada, se precipita desde un extremo al otro; pero el círculo mágico de la cuestión sexual permanece cerrado tan herméticamente como antes.

Los elementos conservadores de la sociedad llegan a la conclusión de que es imprescindible volver a los felices tiempos pasados, restablecer las viejas costumbres familiares, dar nuevo impulso a las normas tradicionales de la moral sexual. “Es preciso destruir todas las prohibiciones hipócritas prescritas por el código de la moral sexual corriente. Ha llegado el momento de arrojar a un lado ese vejestorio inútil e incómodo... La conciencia individual, la voluntad individual de cada ser es el único legislador en una cuestión de carácter tan íntimo”, se oye afirmar entre las filas del campo individualista burgués. “La solución de los problemas sexuales sólo podrá hallarse en el establecimiento de un orden social y económico nuevo, con una transformación fundamental de nuestra sociedad actual”, afirman los socialistas. Pero precisamente este esperar en el mañana, ¿no indica también que nosotros tampoco hemos logrado apoderarnos del “hilo conductor”? ¿No deberíamos encontrar o al menos localizar este “hilo conductor” que promete desenredar el nudo? ¿No deberíamos encontrarlo ahora, en este mismo momento? El camino que debemos seguir en esta investigación nos lo ofrece la historia misma de las sociedades humanas, nos lo ofrece la historia de la lucha ininterrumpida de las clases y de los diversos grupos sociales, opuestos por sus intereses y sus tendencias.

No es la primera vez que la humanidad atraviesa un período de crisis sexual aguda. No es la primera vez que las al parecer firmes y claras prescripciones de la moral al uso, en el campo de las relaciones sexuales, han sido destruidas por el aflujo de la corriente de nuevos valores e ideales sociales. La humanidad ha pasado por una época de “crisis sexual” verdaderamente aguda durante los períodos del Renacimiento y la Reforma, en el momento en que un formidable avance social relegaba a un segundo término a la aristocracia feudal, orgullosa de su nobleza, acostumbrada al dominio absoluto, y en su

lugar se asentaba una nueva fuerza social, la burguesía ascendente, que crecía y se desarrollaba cada vez con mayor impulso y poder.

La moralidad sexual del mundo feudal se había desarrollado a partir de las profundidades de la “forma de vida tribal”: la economía colectiva y el liderazgo autoritario tribal que reprimía la voluntad individual de cada miembro. El viejo código moral chocaba con el nuevo código moral de principios opuestos que imponía la clase burguesa en ascenso. La moral sexual de la nueva burguesía estaba basada en principios radicalmente opuestos a los principios morales más esenciales del código feudal. El estricto individualismo y la exclusividad y el aislamiento de la “familia nuclear” sustituyen al énfasis en el “trabajo colectivo” que fue característico de la estructura económica tanto local como regional de la vida ancestral. Los últimos vestigios de ideas comunales propias, hasta cierto punto, de todas las formas de vida tribal fueron barridos por el principio de “competencia” bajo el capitalismo, por los principios triunfantes del individualismo y de la propiedad privada individualizada, aislada.

La humanidad, perdida durante el proceso de transición, titubeó durante todo un siglo entre los dos códigos sexuales de espíritu tan diverso, ansiosa de adaptarse a la situación, hasta el momento en que el laboratorio de la vida transformó las viejas normas en un molde nuevo y logró, cuando menos, una armonía en la forma, una solución en cuanto a su aspecto externo.

Pero durante esta época de transición, tan viva y llena de colorido, la crisis sexual, a pesar de revestir un carácter de gravedad, no se presentó en una forma tan grave y amenazadora como en nuestros tiempos. La principal razón de esto estriba en que durante los gloriosos días del Renacimiento, en la “nueva era” en la que la brillante luz de una nueva cultura espiritual inundó el moribundo mundo con sus vivos colores, inundó la vacía y monótona vida de la Edad Media, la crisis sexual sólo la experimentó una parte relativamente reducida de la sociedad. La capa social más considerable de la época, desde el punto de vista cuantitativo, el campesinado, no sufrió las consecuencias de la crisis sexual más que de una manera indirecta, cuando, lentamente, con el transcurso de los siglos, se transformaban las bases económicas en que estaba

fundada esta clase social, es decir, únicamente en la medida en que evolucionaban las relaciones económicas del campo.

Las dos tendencias opuestas luchaban en las capas superiores de la sociedad. Allí era donde se enfrentaban los ideales y las normas de dos concepciones diferentes de la sociedad, y donde precisamente la crisis sexual, cada vez más grave y amenazadora, se apoderaba de sus víctimas. Los campesinos, reacios a toda innovación, clase apegada a sus principios, continuaban apoyándose en las viejas columnas de las tradiciones ancestrales, y no se transformaba, no dulcificaba ni adaptaba a las nuevas condiciones de su vida económica el código inmovible de la moral sexual tradicional más que bajo la presión de una gran necesidad. La crisis sexual durante la época de lucha aguda entre el mundo burgués naciente y el mundo feudal no afectó a la “clase tributaria”.

Es más, mientras los estratos superiores de la sociedad rompían los viejos hábitos, la clase campesina se aferraba con mayor fuerza a sus ancestrales tradiciones. A pesar de todas las tempestades que se desencadenaban sobre su cabeza, que conmovían hasta el suelo que pisaba, la clase campesina en general, y particularmente los campesinos rusos, lograron conservar durante siglos y siglos, en su forma primitiva, los principios esenciales de su código moral sexual.

El problema de nuestra época presenta un aspecto totalmente distinto. La crisis sexual de nuestra época no perdona siquiera a la clase campesina. Como una enfermedad infecciosa, no reconoce “ni grados ni rangos”. Se extiende desde los palacios y mansiones hasta los barrios obreros más concurridos, entra en los apacibles hogares de la pequeña burguesía, y se abre camino hasta la miserable y solitaria aldea rusa. Elige sus víctimas lo mismo entre los habitantes de las mansiones de la burguesía europea, que en los húmedos sótanos donde se hacina la familia obrera y en la choza ahumada del campesino. Para la crisis sexual no hay “obstáculos ni cerrojos”. Es un profundo error creer que la crisis sexual sólo alcanza a los representantes de las clases que tienen una posición económica materialmente asegurada. La indefinida inquietud de la crisis sexual franquea cada vez con mayor frecuencia el umbral de las habitaciones obreras, y causa allí tristes dramas que por su

intensidad dolorosa no tienen nada que envidiar a los conflictos psicológicos del “exquisito” mundo burgués.

Pero precisamente porque la crisis sexual no ataca sólo a los intereses de “quienes todo lo poseen”, precisamente porque estos problemas sexuales afectan también a una clase social tan extensa como el proletariado de nuestros tiempos, es incomprensible e imperdonable que esta cuestión vital, esencialmente violenta y trágica, sea considerada con tanta indiferencia. Entre las múltiples consignas fundamentales que la clase obrera debe tener en cuenta en su lucha para la conquista de la sociedad futura, tiene que incluirse necesariamente la de establecer relaciones sexuales más sanas y que, por tanto, hagan más feliz a la humanidad.

Es imperdonable nuestra actitud de indiferencia ante una de las tareas esenciales de la clase obrera. Es inexplicable e injustificable que el vital problema sexual se relegue hipócritamente al casillero de las cuestiones “puramente privadas”. ¿Por qué negamos a este problema el auxilio de la energía y de la atención de la colectividad? Las relaciones entre los sexos y la elaboración de un código sexual que rija estas relaciones aparecen en la historia de la humanidad, de una manera invariable, como uno de los factores esenciales de la lucha social. Nada más cierto que la influencia fundamental y decisiva de las relaciones sexuales de un grupo social determinado en el resultado de la lucha de esta clase con otra de intereses opuestos.

El drama de la sociedad actual es tan desesperado porque mientras ante nuestros ojos vemos cómo se desmoronan las formas corrientes de unión sexual y cómo son desechados los principios que las regían, desde las capas más bajas de la sociedad se alzan frescos aromas desconocidos que nos hacen concebir esperanzas risueñas sobre una nueva forma de vida, y llenan el alma humana con la nostalgia de ideales futuros, pero cuya realización no parece posible. Somos personas que vivimos en un mundo caracterizado por el dominio de la propiedad capitalista, un mundo de agudas contradicciones de clase e imbuidos de una moral individualista. Aún vivimos y pensamos bajo el funesto signo de un inevitable aislamiento espiritual. La terrible soledad que cada persona siente en

las inmensas ciudades populosas, en las ciudades modernas, tan bulliciosas y tentadoras; la soledad, que no disipa la compañía de amigos y compañeros, es la que empuja a las personas a buscar, con avidez malsana, a su ilusoria “alma gemela” en un ser del sexo contrario, puesto que sólo el amor posee el mágico poder de ahuyentar, aunque sólo sea momentáneamente, las tinieblas de la soledad.

En ninguna otra época de la historia ha sentido la gente con tanta intensidad como en la nuestra la soledad espiritual. No podría ser de otra manera. La noche es mucho más impenetrable cuando a lo lejos vemos brillar una luz.

Las personas individualistas de nuestra época, unidas por débiles lazos a la comunidad o a otras individualidades, ven ya brillar en la lejanía una nueva luz: la transformación de las relaciones sexuales mediante la sustitución del ciego factor fisiológico por el nuevo factor creador de la solidaridad, de la camaradería. La moral de la propiedad individualista de nuestros tiempos empieza a ahogar a las personas. El hombre contemporáneo no se contenta criticando la calidad de las relaciones entre los sexos, negando las formas exteriores prescritas por el código de la moral corriente. Su alma solitaria anhela la renovación de la esencia misma de las relaciones sexuales, desea ardientemente encontrar el “amor verdadero”, esa gran fuerza confortadora y creativa que es la única que puede ahuyentar el frío fantasma de la soledad que padecen los individualistas contemporáneos.

Si es cierto que la crisis sexual está condicionada en sus tres cuartas partes por relaciones externas de carácter socioeconómico, no es menos cierto que la otra cuarta parte de su intensidad es debida a nuestra refinada psicología individualista, que con tanto cuidado ha cultivado la ideología burguesa dominante. La humanidad contemporánea, como dice acertadamente la escritora alemana Meisel-Hess, es muy pobre en “potencial de amor”. Cada uno de los sexos busca al otro con la única esperanza de lograr la mayor satisfacción posible de placeres espirituales y físicos para sí, utilizando como medio al otro. El amante o el novio no piensan para

nada en los sentimientos, en la labor psicológica que se efectúa en el alma de la persona amada.

Quizá no haya ninguna otra relación humana como las relaciones entre los sexos en la que se manifieste con tanta intensidad el individualismo grosero que caracteriza nuestra época. Absurdamente se imagina la persona que para escapar de la soledad moral que le rodea le basta con amar, con exigir sus derechos sobre otra alma. Únicamente así espera obtener esa rara dicha: la armonía de la afinidad moral y la comprensión entre dos seres. Nosotros, los individualistas, hemos echado a perder nuestras emociones por el constante culto de nuestro “yo”. Creemos todavía que podemos conquistar sin ningún sacrificio la mayor de las dichas humanas, el “amor verdadero”, no sólo para nosotros, sino también para nuestros semejantes. Creemos lograr esto sin tener que dar, en cambio, los tesoros de nuestra propia alma.

Pretendemos conquistar la totalidad del alma del ser amado, pero, en cambio, somos incapaces de respetar la fórmula de amor más sencilla: acercarnos al alma de otro dispuestos a guardarle todo género de consideraciones. Esta sencilla fórmula nos será únicamente inculcada por las nuevas relaciones entre los sexos, relaciones que ya han comenzado a manifestarse y que están basadas en dos principios nuevos también: libertad absoluta, por un lado, e igualdad y verdadera solidaridad como entre compañeros, por otro. Sin embargo, por el momento, la humanidad tiene que sufrir todavía el frío de la soledad espiritual, y no le queda más remedio que soñar con una época mejor en la que todas las relaciones humanas se caractericen por sentimientos de solidaridad, que podrán ser posibles a causa de las nuevas condiciones de la existencia.

La crisis sexual no puede resolverse sin una transformación fundamental de la psicología humana, sólo puede ser vencida por la acumulación de “potencial de amor”. Pero esta transformación psíquica depende en absoluto de la reorganización fundamental de nuestras relaciones socioeconómicas sobre una base comunista. Si rechazamos esta “vieja verdad”, el problema sexual no tiene solución.

A pesar de todas las formas de unión sexual que ensaya la humanidad presente, la crisis sexual no se resuelve en ningún sitio.

No se han conocido en ninguna época de la historia tantas formas diversas de unión entre los sexos. Matrimonios indisolubles, con una familia firmemente constituida, y a su lado la unión libre pasajera; el adulterio conservado en el mayor secreto, al lado del matrimonio y de la vida en común de una muchacha soltera con su amante; el matrimonio “por la iglesia”, el matrimonio de dos y el matrimonio “de tres”, e incluso hasta la forma complicada del “matrimonio de cuatro”, sin contar las múltiples variantes de la prostitución. Al lado de estas formas de unión, entre los campesinos y la pequeña burguesía encontramos vestigios de las viejas costumbres tribales, mezclados con los principios en descomposición de la familia burguesa e individualista, la vergüenza del adulterio, la vida marital entre el suegro y la nuera y la libertad absoluta para la joven soltera. Siempre la misma “moral doble”.

Las formas actuales de unión entre los sexos son contradictorias y embrolladas, de tal modo que uno se ve obligado a interrogarse cómo es posible que el hombre que ha conservado en su alma la fe en la firmeza de los principios morales pueda continuar admitiendo estas contradicciones y salvar estos criterios morales irreconciliables, que necesariamente se destruyen el uno al otro. Tampoco resuelve la cuestión la justificación que se oye corrientemente: “Yo vivo conforme a los principios de una moral nueva”, puesto que esta “nueva moral” se encuentra todavía en proceso de formación. Precisamente la labor a realizar consiste en hacer que surja esta nueva moral, hay que extraer de entre el caos de las actuales normas sexuales contradictorias la forma, y aclarar los principios, de una moralidad que corresponda al espíritu de la clase revolucionaria ascendente.

Además del extremado individualismo, defecto fundamental de la psicología de la época actual, de un egocentrismo erigido en culto, la crisis sexual se agrava mucho más con otros dos factores de la psicología contemporánea: la idea del derecho de propiedad de un ser sobre el otro y el prejuicio secular de la desigualdad entre los sexos en todas las esferas de la vida, incluida la esfera sexual.

La moralidad burguesa, con su familia individualista encerrada en sí misma basada completamente en la propiedad privada, ha cultivado con esmero la idea de que un compañero debería “poseer” completamente al otro. La burguesía ha logrado a la perfección la inoculación de esta idea en la psicología humana. El concepto de propiedad dentro del matrimonio va hoy día mucho más allá que el concepto de la propiedad en las relaciones sexuales del código aristocrático. En el curso del largo período histórico que transcurrió bajo los auspicios de la “tribu”, la idea de la posesión de la mujer por el marido —la mujer carecía de derechos de propiedad sobre el marido— no se extendía más allá de la posesión física. La esposa estaba obligada a guardar al marido fidelidad física, pero su alma no le pertenecía en absoluto.

Los caballeros de la Edad Media llegaban incluso a reconocer a sus esposas el derecho de tener adoradores platónicos y a recibir el testimonio de esta adoración de caballeros y menestrales. El ideal de la posesión absoluta, de la posesión no sólo del “yo” físico, sino también del “yo” espiritual por parte del esposo, del ideal que admite una reivindicación de derechos de propiedad sobre el mundo espiritual y emocional del ser amado es un ideal que se ha formado totalmente, y que ha sido cultivado igualmente por la burguesía con el fin de reforzar los fundamentos de la familia, para asegurarse su estabilidad y su fuerza durante el período de lucha para la conquista de su predominio social. Este ideal no sólo lo hemos aceptado como herencia, sino que llegamos incluso a pretender que sea considerado “como un imperativo” moral indestructible.

La idea de propiedad se extiende mucho más allá del matrimonio legal. Es un factor inevitable que penetra hasta en la unión amorosa más “libre”. Los amantes de nuestra época, a pesar de su respeto “teórico” por la libertad, sólo se satisfacen con la conciencia de la fidelidad psicológica de la persona amada. Con el fin de ahuyentar de nosotros el fantasma amenazador de la soledad, penetramos de una manera violenta en el alma del ser “amado” con una crueldad y una falta de delicadeza que sería incomprensible a la humanidad futura. De la misma manera pretendemos hacer valer nuestros derechos sobre su “yo” espiritual más íntimo. El amante contemporáneo está dispuesto a perdonar más fácilmente al ser querido una infidelidad

física que una infidelidad moral, y pretende que le pertenece cada partícula del alma de la persona amada, que se extiende más allá de los límites de su unión libre. Considera cualquier sentimiento experimentado fuera de los límites de la relación libre como un despilfarro, como un robo imperdonable de tesoros que le pertenecían exclusivamente y, por tanto, como un espolio cometido a sus expensas.

El mismo origen tiene la absurda indelicadeza que cometen constantemente dos amantes con respecto a una tercera persona. Todos hemos tenido ocasión de observar un hecho curioso que se repite continuamente. Dos amantes que apenas han tenido tiempo de conocerse en sus relaciones mutuas se apresuran a establecer sus derechos sobre las relaciones personales anteriores del otro y a intervenir en lo más sagrado y más íntimo de su vida. Dos seres que ayer eran extraños el uno para el otro, hoy, únicamente porque les unen sensaciones eróticas comunes, se apresuran a poner la mano sobre el alma del otro, a disponer del alma desconocida y misteriosa sobre la cual ha grabado el pasado imágenes imborrables y a instalarse en su interior como si estuvieran en su propia casa.

Esta idea de la posesión recíproca de una pareja amorosa extiende su dominio de tal forma que casi no nos sorprende un hecho tan anormal como el siguiente: dos recién casados vivían hasta ayer cada uno su propia vida, al día siguiente de su unión cada uno de ellos abre sin el menor escrúpulo la correspondencia del otro, y, consecuentemente, el contenido de la carta procedente de una tercera persona que sólo tiene relación con uno de ellos se convierte en propiedad común. Una "intimidad" de este tipo no puede adquirirse más que como resultado de una verdadera unión entre las almas en el curso de una larga vida común de amistad puesta a prueba. Lo que ocurre en general es que a esta intimidad se le busca un sustitutivo legítimo, que tiene por base la idea, totalmente equivocada, de que la intimidad física entre dos seres es una razón suficiente para extender el derecho de propiedad sobre el ser emocional de la persona amada.

El segundo factor que deforma la mentalidad del hombre contemporáneo, y que es una razón para que la crisis sexual se

agudice, es la idea de desigualdad entre los sexos, desigualdad de derechos y desigualdad en la valoración de su experiencia física y emocional. La “doble moral”, inherente tanto a la sociedad burguesa como a la aristocrática, ha envenenado durante siglos la psicología de hombres y mujeres. Estas actitudes son tan parte de nosotros que es mucho más difícil librarse de su penetrante ponzoña que de las ideas tocantes a la propiedad de un esposo sobre el otro, heredadas de la ideología burguesa. La concepción de desigualdad entre los sexos, incluso en la esfera de la experiencia física y emocional, obliga a aplicar constantemente medidas diversas para actos idénticos, según el sexo que los haya realizado. Incluso la persona más “progresista” de la burguesía que haya sabido desde hace tiempo superar las prescripciones del código de la moral en uso, será incapaz de sustraerse a la influencia del medio ambiente y emitirá un juicio completamente distinto, según se trate de un hombre o de una mujer. Bastará un simple ejemplo: imaginemos que un intelectual burgués, un hombre de ciencia, un hombre que está involucrado en asuntos políticos y sociales, que es en definitiva “una personalidad”, e incluso, una figura pública, se enamora de su cocinera —hecho que, además, se da con bastante frecuencia— y llega, incluso, a casarse con ella. ¿Modificará la sociedad burguesa por este hecho su conducta con respecto a la “personalidad” de este hombre? ¿Pondrá acaso en cuestión su “personalidad”? ¿Dudará de sus cualidades morales?

Naturalmente, no. Ahora pongamos otro ejemplo: una mujer perteneciente a la sociedad burguesa, una mujer respetada, considerada, una profesora, médica o escritora. Una mujer, en suma, con “personalidad”, se enamora de un criado y colma el “escándalo” consolidando esta cuestión con un matrimonio legal. ¿Cuál será la actitud de la sociedad burguesa respecto a esta persona hasta ahora respetada? La sociedad, naturalmente, la mortificará con su “desprecio”. Pero todavía será mucho más terrible si su marido, el criado, posee una bella fisionomía u otros atractivos de carácter físico. Nuestra hipócrita sociedad burguesa juzgará su elección de la forma siguiente: “Es obvio de qué se ha enamorado”.

La sociedad burguesa no puede perdonar a la mujer que se atreve a dar a la elección del hombre amado un carácter demasiado

individual. Según la tradición heredada de costumbres tribales, nuestra sociedad pretende todavía que la mujer continúe teniendo en cuenta, en el momento de entregar su corazón, una serie de consideraciones de grados y rangos sociales, que tenga en consideración el medio familiar y los intereses de la familia. La sociedad burguesa no puede considerar a la mujer como una persona independiente, separada de la célula familiar, le es completamente imposible apreciarla como una personalidad fuera del círculo estrecho de las virtudes y deberes familiares.

La sociedad contemporánea va mucho más lejos que el orden de la antigua sociedad tribal en la tutela que ejerce sobre la mujer. No sólo le prescribe casarse únicamente con hombres “dignos” de ella, sino que le prohíbe incluso que llegue a amar a un ser que es su “inferior”.

Estamos acostumbrados a ver cómo hombres de un nivel moral e intelectual muy elevado eligen como compañera de vida a una mujer insignificante y vacua, que de ninguna manera se corresponde con el valor espiritual del marido. Apreciamos este hecho como completamente normal y, por tanto, no merece siquiera nuestra consideración. Todo lo más que puede suceder es que los amigos “se lamenten de que Iván Ivanovitch se haya casado con una mujer insoportable”. El caso varía si se trata de una mujer. Entonces nuestra indignación no tiene límites, y la expresamos con frases como la siguiente: “¡Cómo es posible que una mujer tan inteligente como María Petrovna pueda amar a una nulidad así!... Tendremos que poner en duda su inteligencia...”

¿A qué obedece esta manera diferente de juzgar las cosas? ¿Qué causa determina una apreciación tan contraria? Esta diversidad de criterio no tiene otro origen que la idea de la desigualdad entre los sexos, idea que ha sido inoculada a la humanidad durante siglos y siglos y que ha acabado por apoderarse de nuestra mentalidad de una manera orgánica. Estamos acostumbrados a valorar a la mujer, no como una personalidad, con cualidades y defectos individuales, independientes de sus experiencias físicas y emocionales. Para nosotros la mujer no tiene valor más que como accesorio del hombre. El hombre, marido o amante, proyecta sobre la mujer su luz

y, es a él, y no a ella misma, a quien tomamos en consideración como el verdadero elemento determinante de la estructura espiritual y moral de la mujer. En cambio, cuando valoramos la personalidad del hombre hacemos por anticipado una total abstracción de sus actos en relación a sus relaciones sexuales. La personalidad de la mujer, por el contrario, se valora casi exclusivamente en relación con su vida sexual. Este modo de apreciar el valor de una personalidad femenina se deriva del papel que ha representado la mujer durante tantos siglos y sólo ahora es cuando se está logrando poco a poco una reevaluación de estas actitudes, al menos en términos generales.

La atenuación de estas falsas e hipócritas concepciones sólo podrá realizarse con la transformación del papel económico de la mujer en la sociedad, y con su entrada independiente en la producción.

Los tres factores fundamentales que distorsionan nuestra mente, y que deben afrontarse si se pretende resolver el problema sexual, son: el egoísmo extremo, la idea del derecho de propiedad de los esposos entre sí y el concepto de desigualdad entre los sexos en el ámbito de sus experiencias físicas y emocionales. La humanidad no encontrará solución a este problema hasta que no haya acumulado en su psicología suficientes reservas de “sentimientos de consideración”, hasta que su capacidad de amar sea mayor, hasta que el concepto de libertad en el matrimonio y en la unión libre no sea un hecho consolidado. En suma, hasta que el principio de camaradería no haya triunfado sobre los conceptos tradicionales de desigualdad y de subordinación en las relaciones entre los sexos. Sin una reconstrucción total y fundamental de nuestra psicología el problema sexual es irresoluble.

¿Pero no será esta condición previa una utopía desprovista de base, utopía en la que basan sus consignas ingenuas los idealistas soñadores? Intentemos aumentar la “capacidad de amar” de la humanidad. ¿Acaso los sabios de todos los pueblos, desde Buda y Confucio hasta Cristo, no se han entregado desde tiempos remotos a esta tarea? Sin embargo, ¿hay alguien que crea que la “capacidad de amar” ha aumentado en la humanidad? Reducir la cuestión de la crisis sexual a utopías de este tipo, por muy bien intencionadas que

sean, ¿no significará prácticamente un reconocimiento de debilidad y una renuncia a buscar la solución anhelada?

Veamos si esto es cierto. ¿Es la reeducación radical de nuestra psicología y nuestro enfoque de las relaciones sexuales algo tan improbable, tan alejado de la realidad? ¿No podríamos decir que, por el contrario, mientras que grandes cambios sociales y económicos están en curso, las condiciones que se están creando demandan y dan lugar a un nuevo fundamento para la experiencia psicológica que está en consonancia con lo que hemos estado hablando? Ya en nuestra sociedad avanza un nuevo grupo social que intenta ocupar el primer puesto y dejar de lado a la burguesía, con su ideología de clase y su código de moral sexual individualista. Esta clase ascendente, de vanguardia, lleva necesariamente en su seno los gérmenes de nuevas orientaciones entre los sexos, relaciones que forzosamente han de estar estrechamente unidas a sus objetivos sociales de clase.

La compleja evolución de las relaciones socioeconómicas que tiene lugar ante nuestros ojos, que pone en conmoción todas nuestras concepciones sobre el papel de la mujer en la vida social y destruye los fundamentos de la moral sexual burguesa, trae consigo dos hechos que a primera vista parecen contradictorios.

Por un lado, observamos los esfuerzos infatigables de la humanidad por adaptarse a las nuevas condiciones socioeconómicas cambiantes. Esto se manifiesta ya sea en un intento de conservar las “viejas formas”, dándoles un nuevo contenido (mantenimiento de la forma exterior del matrimonio indisoluble y monógamo, pero al mismo tiempo el reconocimiento de hecho de la libertad de los esposos), o, por el contrario, en la aceptación de nuevas formas que lleven en su interior, sin embargo, todos los elementos del código moral del matrimonio burgués (la unión libre en la que el derecho de propiedad de los dos esposos unidos “libremente” sobrepase los límites del derecho de propiedad del matrimonio legal).

Por otra parte, no podemos dejar de señalar la aparición lenta, pero constante, de nuevas formas de relaciones entre los sexos, que difieren de las formas externas tanto en la forma exterior como por el espíritu que anima sus normas vivificadoras.

La humanidad sondea con inquietud los nuevos ideales. Pero basta examinarlos un poco detenidamente para reconocer en ellos, a pesar de que sus límites no están todavía lo suficientemente marcados, los rasgos característicos merced a los cuales están estrechamente vinculados con las tareas del proletariado, como aquella clase social a la que le incumbe apoderarse de la fortaleza asediada del futuro. Quien quiera encontrar en el laberinto de las normas sexuales contradictorias los gérmenes de relaciones más sanas entre los sexos —que prometan liberar a la humanidad de la crisis sexual que atraviesa—, tiene necesariamente que abandonar las cultas estancias de la burguesía, con su refinada psicología individualista, y echar una ojeada a las habitaciones hacinadas de los obreros. Allí, en medio del horror y de la miseria causada por el capitalismo, entre lágrimas y maldiciones, surgen a pesar de todo manantiales vivificadores que se abren paso por la nueva senda.

Entre la clase obrera, bajo la presión de duras condiciones económicas, bajo el yugo implacable de la explotación del capital, se observa el doble proceso al que acabamos de referirnos. La influencia destructiva del capitalismo, que aniquila todos los fundamentos de la familia obrera, y obliga al proletariado a adaptarse “instintivamente” a las condiciones del mundo que le rodea, y provoca, por tanto, una serie de hechos en lo referente a las relaciones entre los sexos, análogos a los que se producen también en otras capas de la sociedad. Debido a los bajos salarios el obrero retrasa de manera continua e inevitable la edad de contraer matrimonio. Si hace veinte años un obrero podía casarse de los veintidós a los veinticinco años, hoy día no puede crear un hogar hasta los treinta años aproximadamente. Además, cuanto más desarrolladas están en el obrero las necesidades culturales, tanto más valora la posibilidad de seguir el ritmo de la vida cultural, de ir al teatro, de asistir a conferencias, leer periódicos, consagrar el tiempo que el trabajo le deja libre a la lucha sindical, a la política, a una actividad por la que siente afición, al arte, a la lectura, etc., y más tarde tiende a casarse. Sin embargo, las necesidades físicas no tienen para nada en cuenta su situación financiera, son necesidades vitales de las que no se puede prescindir. El obrero “soltero”, lo mismo que el burgués “soltero”, resuelven su problema

acudiendo a la prostitución. Este es un ejemplo de la adaptación pasiva de la clase obrera a las condiciones desfavorables de su existencia.

Tomemos otro ejemplo. Al casarse un obrero, y a causa del nivel tan bajo de los salarios, la nueva familia obrera se ve obligada a resolver el problema del nacimiento de los hijos de igual forma que lo hace la familia burguesa. La frecuencia de infanticidios y el aumento de la prostitución son dos expresiones del mismo proceso. Ambos son ejemplos de adaptación pasiva del obrero a la espantosa realidad que le rodea. Pero lo que no hay que olvidar es que en estos procesos no hay nada que caracterice propiamente al proletariado. Esta adaptación pasiva es propia de todas las clases y sectores sociales que se ven envueltos en el proceso mundial de desarrollo del capitalismo.

La línea de diferenciación comienza precisamente cuando entran en juego los principios activos y creadores; la delimitación se marca allí donde no se trata ya de una adaptación, sino de una reacción frente a la realidad opresora. Comienza donde nacen y se expresan nuevos ideales, donde surgen tímidas tentativas de relaciones sexuales dotadas de un espíritu nuevo. Pero aún hay más: debemos señalar que este proceso de reacción se inicia únicamente entre la clase obrera.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que las otras clases y capas de la sociedad, principalmente la de los intelectuales burgueses, que es la clase que por las condiciones de su existencia social se encuentra más cerca de la clase obrera, no se apoderen de estos elementos nuevos que el proletariado crea y desenvuelve. La burguesía, impulsada por el deseo instintivo de inyectar vida nueva a las formas agonizantes de la suya, y ante la impotencia de sus diversas formas de relaciones sexuales, aprende a toda prisa las formas nuevas que la clase obrera lleva consigo. Pero, desgraciadamente, ni los ideales, ni el código de moral sexual elaborados de un modo gradual por el proletariado corresponden a la esencia moral de las exigencias burguesas de clase. Por tanto, mientras la moral sexual, nacida de las necesidades de la clase obrera, se convierte para esta clase en un instrumento nuevo de lucha social, los “modernismos” de segunda

mano que de esa moral deduce la burguesía, no hacen más que destruir de un modo definitivo las bases de su superioridad social.

El intento de los intelectuales burgueses de sustituir el matrimonio indisoluble por los lazos más libres, más fácilmente desligables del matrimonio civil, conmueve las bases de la estabilidad social de la burguesía, bases que no pueden ser otras que la familia monógama cimentada en el concepto de propiedad.

Todo lo contrario sucede en la clase obrera. Una mayor libertad en la unión entre los sexos, una menor consolidación de sus relaciones sexuales concuerda totalmente con las tareas fundamentales de esta clase social, y hasta podemos decir que se derivan directamente de estas tareas. Lo mismo sucede con la negación del concepto de subordinación en el matrimonio que rompe los últimos lazos artificiales de la familia burguesa. Todo lo contrario sucede en la clase proletaria. El factor de la subordinación de un miembro de esta clase social a otro al igual que el concepto de posesividad en las relaciones, tiene efectos nocivos sobre la mente del proletariado. A los intereses de la clase revolucionaria no les conviene en modo alguno “atar” a uno de sus miembros, puesto que a cada uno de sus representantes independientes le incumbe ante todo el deber de servir a los intereses de su clase y no los de una célula familiar aislada.

El deber del miembro de la sociedad proletaria es ante todo contribuir al triunfo de los intereses de su clase, por ejemplo, actuando en las huelgas, participando en todo momento en la lucha. La moral con que la clase trabajadora juzga todos estos actos caracteriza con perfecta claridad la base de la nueva moral proletaria.

Supongamos que un empresario, movido únicamente por intereses familiares, retira de los negocios su capital en un momento crítico para la empresa. Su acción, apreciada desde el punto de vista de la moral burguesa, no puede ser más clara, “porque los intereses de la familia deben figurar en primer lugar”. Comparemos ahora este juicio con la actitud de los obreros ante el rompeshuelgas, que acude al trabajo durante el conflicto para que su familia no pase hambre. Los intereses de clase figuran en este ejemplo en primer lugar.

Representemos ahora a un marido burgués que ha conseguido por su amor y devoción a la familia tener alejada a su mujer de todos sus intereses, a excepción de los deberes de ama de casa y de mujer consagrada por completo al cuidado de los hijos. El juicio de la sociedad burguesa será: “un marido ideal que ha sabido crear una familia ideal”.

Pero, ¿cuál sería la actitud de los obreros hacia un miembro consciente de su clase que intentase hacer que su mujer se apartase de la lucha social? La moral de la clase exige, a costa incluso de la felicidad individual, a costa de la familia, la participación de la mujer en la vida de lucha que transcurre fuera de los muros de su hogar. Atar a la mujer a la casa, colocar en primer plano los intereses familiares, propagar la idea de los derechos de la propiedad absoluta de un esposo sobre su mujer, son actos que violan el principio fundamental de la ideología de la clase obrera, que destruyen la solidaridad y el compañerismo y que rompen las cadenas que unen a todo el proletariado. El concepto de posesión de una personalidad por otra, la idea de la subordinación y de la desigualdad de los miembros de una sola y misma clase, son conceptos contrarios a la esencia del concepto de camaradería, que es el principio proletario más fundamental.

Este principio básico de la ideología de la clase ascendente es el que da colorido y determina el nuevo código en formación de la moral sexual del proletariado, merced al cual se transforma la psicología de la humanidad y llega a adquirir una acumulación de sentimientos de solidaridad y de libertad, en vez del concepto de la propiedad, una acumulación de compañerismo en vez de los conceptos de desigualdad y de subordinación.

Es una vieja verdad la que establece que toda nueva clase ascendente, nacida como consecuencia de una cultura material distinta de la del grado precedente de la evolución económica, enriquece a toda la humanidad con la ideología nueva característica de esta clase. El código de la moral sexual constituye una parte integrante de la nueva ideología. Por tanto, basta pronunciar los términos “ética proletaria” y “moral sexual proletaria” para escapar de la trivial argumentación: la moral sexual proletaria no es en el

fondo más que “superestructura”, mientras no se experimente la total transformación de la base económica de la sociedad, no puede haber lugar para ella. ¡Como si una ideología, sea del género que fuere, no se formase hasta que se hubiera producido la transformación de las relaciones socioeconómicas necesarias para asegurar el dominio de la clase de que se trate! La experiencia de la historia enseña que la elaboración de la ideología de un grupo social, y consecuentemente de la moral sexual también, se realiza durante el proceso mismo de la lucha de este grupo contra las fuerzas sociales adversas.

Esta clase de lucha sólo puede fortalecer su posición social con la ayuda de nuevos valores espirituales sacados de su propio seno, y que respondan totalmente a sus tareas como clase ascendente. Sólo mediante estas normas e ideales nuevos puede esta clase arrebatarse el poder a los grupos sociales contrarios.

La tarea que corresponde, por tanto, a los ideólogos de la clase obrera es buscar el criterio moral fundamental, producto de los intereses específicos de la clase obrera y armonizar con este criterio las nacientes normas sexuales.

Ya es hora de comprender que únicamente después de haber tanteado el proceso creador que se realiza allá abajo, en las profundas capas sociales, proceso que engendra necesidades nuevas, nuevos ideales y formas, será posible vislumbrar el camino en el caos contradictorio de las relaciones sexuales y desenmarañar la enredada madeja del problema sexual.

Debemos recordar que el código de la moral sexual, en armonía con las tareas fundamentales de la clase obrera, puede convertirse en poderoso instrumento que refuerce la posición de lucha de la clase ascendente. ¿Por qué no servirse de este instrumento, en interés de la clase obrera, en su lucha por el establecimiento de un sistema comunista y, a la vez también, por establecer nuevas relaciones entre los sexos, que sean más perfectas y felices?

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1911/001.htm>

Alexandra Kollontai

El proletariado internacional y la guerra

(Versión al castellano desde “Le prolétariat international et la guerre”, en Alexandra Kollontai, Les auteurs marxistes en langue française –MIA. Discurso pronunciado en Estocolmo en la celebración del 1 de Mayo de 1912, extractos reproducidos en Social-Demokraten, del 2 de mayo de 1912)

Hoy es nuestro gran día, el día en que la solidaridad del proletariado internacional se expresa en todo el mundo a través de manifestaciones masivas. ¿Y acaso no es un signo de creciente solidaridad que yo, una extranjera de la lejana Rusia, pueda estar aquí hoy, hablándoles en alemán, que no es ni mi lengua materna ni la suya. Reciban saludos del proletariado ruso.

El proletariado ruso, junto con el proletariado de todo el mundo, protesta contra todas las guerras. Es un hecho bien conocido que el proletariado no conoce fronteras nacionales. Reconoce sólo dos “naciones” en el mundo civilizado: los explotadores y los explotados.

Los capitalistas siempre dicen: “¡Debemos armarnos porque la guerra nos amenaza!” Y nos enseñan sus símbolos sagrados: el militarismo por tierra, mar y aire. Instrumentalizan el fantasma de la guerra para ponerlo entre ellos y el fantasma rojo. Llamam a la guerra para liberarse del fantasma de la revolución social.

Pero la Internacional les responde con un grito unánime: “¡Abajo la guerra!” Los trabajadores saben que detrás de la amenaza de guerra está el estado capitalista que quiere cargar al pueblo con nuevos impuestos, está la industria bélica que quiere aumentar sus beneficios. Todavía recordamos el escándalo que estalló hace unos años en Francia cuando los capitalistas franceses enredaron al ministro de guerra alemán con demandas de nuevas armas militares. Habían difundido el rumor de que el Ministerio de Guerra de Francia había ordenado nuevas armas: nuevos cañones, nuevas ametralladoras... Y el ministro de guerra alemán, que no quería ser

superado por su homólogo francés, inmediatamente hizo un pedido similar a los capitalistas franceses. ¡Sólo más tarde se descubrió que estos rumores no eran más que un puro engaño!

En Francia los capitalistas le dicen al proletariado: “Venid con nosotros al Sahara y ocupadlo. Allí, en el desierto, encontraréis lo que os falta en casa. Y aquí, en Suecia, los capitalistas suecos están repitiendo la vieja amenaza usada hasta la saciedad: “No olviden la amenaza rusa: ¡debemos armarnos!” [...]

Y aunque el zarismo, o los capitalistas rusos, hayan amenazado en efecto con atacar a Suecia, ¡aún estamos allí nosotros! ¡Nosotros, el proletariado! ¿Acaso no sobrevivimos a la crisis de Marruecos? Y, ¿quién detuvo entonces la inminente guerra? Sí, fue el proletariado internacional el que les lanzó el ultimátum a los gobiernos alemán y francés, a los capitalistas alemanes y franceses: “¡Ni un paso más! Estamos movilizados y si los capitalistas se atreven a hacer la guerra, el fantasma rojo la transformará en una revolución social y ustedes mismos serán responsables de ella.”

¡Sí, revolución social! El Día de Mayo es un día festivo internacional que se celebra en todos los países [...] El Primero de Mayo es la preparación para la revolución social, una prueba para las fuerzas proletarias. Los trabajadores del mundo están unidos diciendo: “¡Estamos listos para la batalla!”

La revolución social es inevitable. ¡Olvidaos de la burguesía, de los capitalistas, del parloteo de un socialismo arraigado en el sistema existente! Nada de eso tiene futuro. ¿Cómo podemos hablar de echar raíces cuando cada año mueren en Londres 200.000 personas en los barrios bajos y en los cuchitriles? ¿Cómo puede hablarse de arraigarse cuando en París 500.000 personas están permanentemente sin trabajo?

Es importante tener en cuenta también los acontecimientos reveladores que se han producido en los últimos años, las huelgas y los cierres patronales y, sobre todo, ¡la creciente combatividad del proletariado! Hace diez años apenas podíamos imaginar los acontecimientos de los últimos años.

Todo comenzó con la revolución rusa de 1905. Desafortunadamente, la reacción en Rusia fue demasiado fuerte y la revolución resultó aniquilada. Pero entonces el fantasma rojo vino a Suecia y se produjo una huelga general; huelga que, a pesar de todos los desastres provocados, a pesar de la pobreza, significó la victoria moral del proletariado sueco. Toda la Internacional pudo entonces por primera vez apreciar el verdadero significado de tal huelga masiva.

A esto le siguieron huelgas en Francia e Inglaterra. Nunca antes en la historia había habido una huelga de tal magnitud en Inglaterra, donde un millón de personas dejaron de trabajar en masa para defender las demandas de su clase. Así que podemos ver cómo la fuerza del proletariado crece año tras año. Y si la burguesía nos habla de la guerra, entonces respondemos con los millares de voces de los trabajadores que están organizados: “¡No queremos la guerra! ¡Exigimos la paz! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la revolución social!

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1912/1912-05-01-proletariadoguerra-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

El Día de la Mujer

Escrito: En 1913.

Esta edición: Marxists Internet Archive, mayo de 2002.

¿Qué es el día de la mujer? ¿Es realmente necesario? ¿No es una concesión a las mujeres de clase burguesa, a las feministas y sufraguistas? ¿No es dañino para la unidad del movimiento obrero? Esas cuestiones todavía se oyen en Rusia, aunque ya no en el extranjero. La vida misma le ha dado una respuesta clara y elocuente a estas preguntas.

El día de la mujer es un eslabón en la larga y sólida cadena de la mujer en el movimiento obrero. El ejército organizado de mujeres trabajadoras crece cada día. Hace veinte años las organizaciones obreras sólo tenían grupos dispersos de mujeres en las bases de los partidos obreros... Ahora los sindicatos ingleses tienen más de 292.000 mujeres sindicadas; en Alemania son alrededor de 200.000 sindicadas y 150.000 en el partido obrero, en Austria hay 47.000 en los sindicatos y 20.000 en el partido. En todas partes, en Italia, Hungría, Dinamarca, Suecia, Noruega y Suiza, las mujeres de la clase obrera se están organizando a sí mismas. El ejército de mujeres socialistas tiene casi un millón de miembros. ¡Una fuerza poderosa! Una fuerza con la que los poderes del mundo deben contar cuando se pone sobre la mesa el tema del coste de la vida, el seguro de maternidad, el trabajo infantil o la legislación para proteger a las trabajadoras.

Hubo un tiempo en el que los hombres trabajadores pensaron que deberían cargar ellos solos sobre sus hombros el peso de la lucha contra el capital, pensaron que ellos solos debían enfrentarse al «viejo mundo» sin el apoyo de sus compañeras. Sin embargo, como las mujeres de clase trabajadora entraron en las filas de aquellos que vendían su trabajo a cambio de un salario, forzadas a entrar en el mercado laboral por necesidad, porque su marido o padre estaba en el paro, los trabajadores empezaron a darse cuenta de que dejar

atrás a las mujeres entre las filas de «no-conscientes» era dañar su causa y evitar que avanzara. ¿Qué nivel de conciencia posee una mujer que se sienta en el fogón, que no tiene derechos en la sociedad, en el estado o en la familia? ¡Ella no tiene ideas propias! Todo se hace según ordena su padre o marido...

El retraso y falta de derechos sufridos por las mujeres, su dependencia e indiferencia no son beneficiosos para la clase trabajadora, y de hecho son un daño directo hacia la lucha obrera. ¿Pero cómo entrará la mujer en esa lucha, como se la despertará?

La socialdemocracia extranjera no encontró la solución correcta inmediatamente. Las organizaciones obreras estaban abiertas a las mujeres, pero sólo unas pocas entraban. ¿Por qué? Porque la clase trabajadora al principio no se percató de que la mujer trabajadora es el miembro más degradado, tanto legal como socialmente, de la clase obrera, de que ella ha sido golpeada, intimidada, acosada a lo largo de los siglos, y de que para estimular su mente y su corazón se necesita una aproximación especial, palabras que ella, como mujer, entienda. Los trabajadores no se dieron cuenta inmediatamente de que en este mundo de falta de derechos y de explotación, la mujer está oprimida no sólo como trabajadora, si no también como madre, mujer. Sin embargo, cuando los miembros del partido socialista obrero entendieron esto, hicieron suya la lucha por la defensa de las trabajadoras como asalariadas, como madres, como mujeres.

Los socialistas en cada país comienzan a demandar una protección especial para el trabajo de las mujeres, seguros para las madres y sus hijos, derechos políticos para las mujeres y la defensa de sus intereses.

Cuanto más claramente el partido obrero percibía esta dicotomía mujer/trabajadora, más ansiosamente las mujeres se unían al partido, más apreciaban el rol del partido como su verdadero defensor y más decididamente sentían que la clase trabajadora también luchaba por sus necesidades. Las mujeres trabajadoras, organizadas y conscientes, han hecho muchísimo para elucidar este objetivo. Ahora el peso del trabajo para atraer a las trabajadoras al movimiento socialista reside en las mismas trabajadoras. Los partidos en cada país tienen sus comités de mujeres, con sus

secretariados y burós para la mujer. Estos comités de mujeres trabajan en la todavía gran población de mujeres no conscientes, levantando la conciencia de las trabajadoras a su alrededor. También examinan las demandas y cuestiones que afectan más directamente a la mujer: protección y provisión para las madres embarazadas o con hijos, legislación del trabajo femenino, campaña contra la prostitución y el trabajo infantil, la demanda de derechos políticos para las mujeres, la campaña contra la subida del coste de la vida...

Así, como miembros del partido, las mujeres trabajadoras luchan por la causa común de la clase, mientras al mismo tiempo delimitan y ponen en cuestión aquellas necesidades y sus demandas que les afectan más directamente como mujeres, amas de casa y madres. El partido apoya esas demandas y lucha por ellas... Estas necesidades de las mujeres trabajadoras son parte de la causa de los trabajadores como clase.

En el día de la mujer las mujeres organizadas se manifiestan contra su falta de derechos. Pero algunos dicen ¿por qué está separación de las luchas de las mujeres? ¿Por qué hay un día de la Mujer, panfletos especiales para trabajadoras, conferencias y mítines? ¿No es, en fin, una concesión a las feministas y sufragistas burguesas? Sólo aquellos que no comprendan la diferencia radical entre el movimiento de mujeres socialistas y las sufragistas burguesas pueden pensar de esa manera.

¿Cuál es el objetivo de las feministas burguesas? Conseguir las mismas ventajas, el mismo poder, los mismos derechos en la sociedad capitalista que poseen ahora sus maridos, padres y hermanos. ¿Cuál es el objetivo de las obreras socialistas? Abolir todo tipo de privilegios que deriven del nacimiento o de la riqueza. A la mujer obrera le es indiferente si su patrón es hombre o mujer.

Las feministas burguesas demandan la igualdad de derechos siempre y en cualquier lugar. Las mujeres trabajadoras responden: demandamos derechos para todos los ciudadanos, hombres y mujeres, pero nosotras no sólo somos mujeres y trabajadoras, también somos madres. Y como madres, como mujeres que tendremos hijos en el futuro, demandamos un cuidado especial del gobierno, protección especial del estado y de la sociedad.

Las feministas burguesas están luchando para conseguir derechos políticos: también aquí nuestros caminos se separan: para las mujeres burguesas, los derechos políticos son simplemente un medio para conseguir sus objetivos más cómodamente y más seguramente en este mundo basado en la explotación de los trabajadores. Para las mujeres obreras, los derechos políticos son un paso en el camino empedrado y difícil que lleva al deseado reino del trabajo.

Los caminos seguidos por las mujeres trabajadoras y las sufragistas burguesas se han separado hace tiempo. Hay una gran diferencia entre sus objetivos. Hay también una gran contradicción entre los intereses de una mujer obrera y las damas propietarias, entre la sirvienta y su señora... Así pues, los trabajadores no deberían temer que haya un día separado y señalado como el Día de la Mujer, ni que haya conferencias especiales y panfletos o prensa especial para las mujeres.

Cada distinción especial hacia las mujeres en el trabajo de una organización obrera es una forma de elevar la conciencia de las trabajadoras y acercarlas a las filas de aquellos que están luchando por un futuro mejor. El Día de la Mujer y el lento, metódico trabajo llevado para elevar la auto-conciencia de la mujer trabajadora están sirviendo a la causa, no de la división, sino de la unión de la clase trabajadora.

Dejad que un sentimiento alegre de servir a la causa común de la clase trabajadora y de luchar simultáneamente por la emancipación femenina inspire a las trabajadoras a unirse a la celebración del Día de la Mujer.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1913mujer.htm>

Alexandra Kollontai

Madre y trabajadora

Escrito: En 1916.

Historial de publicación: Publicado por vez primera, como folleto, en 1916.

Traducción al castellano: Por Camila Perez, 2019.

Esta edición: Marxists Internet Archive, abril 2019.

Mashenka, la esposa del director de la fábrica

Mashenka es la esposa del director de la fábrica. Mashenka está esperando un bebé. Aunque todos en la casa del director de la fábrica se encuentran un poco ansiosos, hay una atmósfera festiva. No es sorpresa, porque Mashenka va a presentar a su esposo con su heredero. Habrá alguien a quien él podrá dejarle toda su riqueza - riqueza creada por las manos de trabajadores y trabajadoras. El doctor les ordenó que cuiden mucho de Mashenka. No dejen que se canse, no dejen que cargue nada pesado. Dejen que coma lo que ella quiera. ¿Quiere fruta? Denle fruta. ¿Quiere caviar? Denle caviar. Lo importante es que Mashenka no se sienta afligida ni preocupada en ningún sentido. De esa manera, el bebé nacerá fuerte y saludable; el nacimiento será fácil y Mashenka se mantendrá radiante. Así es como hablan en la familia del director de la fábrica. Esa es la manera aceptada de manejar a una futura madre, en las familias en las que las carteras están llenas de oro y de notas de crédito. Ellos cuidan bien de la señorita Mashenka. “No te canses, Mashenka, no intentes cambiar ese sillón de lugar”. Eso es lo que le dicen a la señorita Mashenka. La farsa y la hipocresía de la burguesía sostiene que las futuras madres son algo sagrado. ¿Pero es este realmente el caso?

Mashenka, la lavandera

En la misma casa de la esposa del director de la fábrica pero en la parte trasera, en una esquina detrás de una cortina de cálico, se acurruca la otra Mashenka. Ella hace la lavandería y las tareas de la casa. Mashenka lleva ocho meses de embarazo. Pero ella habr

ojos sorprendida si ellos le dijeran "Mashenka, no debes cargar cosas pesadas, debes cuidarte a vos misma, por tu propio bien, por el bien del niño y por el bien de la humanidad. Estás esperando un bebé y eso significa que tu condición se encuentra dentro de lo que para la sociedad es sagrado". Masha se lo tomaría bien como una intromisión inadecuada o bien como una broma cruel. ¿En dónde han visto una mujer de la clase obrera a la que se la trate de forma especial por estar embarazada? Masha y los cientos de miles de otras mujeres de las clases despojadas que son forzadas a vender sus manos trabajadoras saben que los propietarios no tienen piedad cuando ven mujeres necesitadas; y ellas no tienen otra alternativa, no importa que tan exhaustas estén porque ellas deben ir a trabajar. "Una mujer embarazada debe tener, por encima de todo, un buen descanso, buena comida y no mucha tensión mental". Eso es lo que dice el médico. Masha, la lavandera, y las cientos de mujeres trabajadoras, las esclavas del capital, se le reirían en la cara. ¿Un mínimo estrés mental? ¿Aire fresco? ¿Buena y suficiente comida? ¿Buen descanso? ¿Qué sabe una mujer trabajadora de estas bendiciones? Estas solo rigen para la señorita Mashenka y para las esposas de los dueños de las fábricas. Temprano en la mañana antes de que la oscuridad se desvanezca y mientras la señorita Mashenka duerme y sueña dulcemente, Mashenka la lavandera se levanta de su estrecha cama y se dirige al lavadero, oscuro y húmedo. La recibe el aire viciado de la ropa sucia; se resbala con el piso mojado, los charcos de ayer todavía no se han secado. No es por su propia voluntad que Masha se esclaviza en la lavandería sino por la necesidad de su capataz. El esposo de Masha es un trabajador y su paga es demasiado baja como para que dos personas vivan de ella. Y en silencio, apretando sus dientes, ella se queda hasta el último día posible, hasta el día del parto. No se equivoquen en pensar que Masha, la lavandera, tiene una "salud de hierro" como a las señoritas les gusta decir al hablar de las mujeres trabajadoras. Las piernas de Masha están pesadas por sus venas hinchadas al permanecer de pie por períodos tan prolongados, ella solo puede caminar despacio y con dificultad. Hay bolsas debajo de sus ojos, sus brazos también están hinchados y no puede dormir bien. Los baldes de ropa mojada son tan pesados que Masha debe inclinarse contra la pared para no

caerse. Su cabeza nada y todo se vuelve oscuro delante de sus ojos. A menudo se siente como si un gran diente podrido se alojara en la parte inferior de su columna y como si sus piernas estuvieran hechas de plomo. Si tan solo pudiera mentir por una hora... tomar un descanso... pero las mujeres obreras no tienen permitido hacer ese tipo de cosas. Tamaño consentimiento no es para ellas. Después de todo, ellas no son señoritas. Masha aguanta todo en silencio. Las únicas mujeres sagradas son aquellas futuras madres que no están bajo la orden del capataz.

Masha, la criada

La señorita Mashenka necesita otra sirvienta. El señor y la señora aceptaron a una muchacha del pueblo. A la señorita Mashenka le gusta su risa y su trenza, que le llega hasta la rodilla, y la forma en que la chica va por la casa como un pajarito intentando complacer a todos. Una gema. Ellos le pagan tres rublos por mes y ella hace el trabajo que corresponde a tres personas. Luego el director de la fábrica comienza a echar un vistazo a la chica. Su atención crece. Ella no ve el peligro; ella es muy poco experimentada, muy poco sofisticada. El señor se vuelve muy amable y amoroso. El doctor le advirtió que no debe hacer ninguna demanda a su esposa. Quieta, dijo el médico, es la mejor medicina. El director de la fábrica está dispuesto a dejar que su bebé nazca en paz, siempre y cuando él no tenga que sufrir. La criada también se llama Masha. Las cosas pueden arreglarse muy fácilmente, la chica es una ignorante, una estúpida. No será difícil asustarla, puede asustarte con cualquier cosa. Y Masha queda embarazada. Deja de reirse y empieza a lucir demacrada. La ansiedad corroe por su corazón día y noche. La señorita Masha la descubre. Hace una escena. A la muchacha le dan veinticuatro horas para empacar sus cosas. Masha deambula por las calles. No tiene amigos, no tiene a dónde ir. ¿Quién va a darle trabajo a "ese tipo de chica" en algún hogar "honesto"? Masha deambula sin trabajo, sin comida, sin ayuda. Atraviesa el río. Mira la oscuridad de las olas y se aleja temblando. El frío y lúgubre río la aterroriza pero al mismo tiempo parece llamarla.

Masha, la obrera de la fábrica de tintura

Hay una confusión en el departamento de la fábrica de tintura, una trabajadora está siendo llevada como si estuviera muerta. ¿Qué le pasó? ¿Se envenenó con el vapor? ¿No habrá podido soportar el humo? No es una recién llegada. Ya es hora de que se acostumbre al veneno de la fábrica. "No es nada", dice el médico. "¿No lo ven? Está embarazada. Las mujeres embarazadas suelen comportarse de manera extraña. No hay necesidad de caer en esto". Entonces mandaron a la mujer otra vez a trabajar. Ella se tropieza como un borracho por el taller hasta que llega a su lugar. Sus piernas se adormecen y se niegan a obedecerla. No hay nada gracioso en trabajar diez horas por día, todos los días, en medio de un hedor tóxico, el vapor y ese humo dañino. Y no hay descanso para las madres trabajadoras, ni siquiera cuando las diez horas terminaron. En su casa, está su vieja y ciega madre esperando la cena y su esposo vuelve de la fábrica cansado y hambriento. Debe alimentarlos y cuidarlos. Es la primera que se levanta en la mañana, se apoya sobre sus piernas desde el amanecer y es la última en irse a dormir. Luego, para colmo, han introducido horas extras. Las cosas van bien en la fábrica; el dueño gana cada vez más. Solo da unos kopeks de más por las horas extra, pero si alguna se queja, ya sabe por donde se encuentra la salida. Después de todo hay, gracias al cielo, suficientes desempleados en el mundo. Masha intenta irse, pidiendo al director en persona. "Voy a tener un bebé pronto. Debo tener todo listo. Mis niños son pequeños y debo hacer las tareas de la casa; también tengo que cuidar a mi madre". Pero él no escucha. Es agresivo con ella y la humilla en frente del resto de las trabajadoras. "Si empiezo dando a cada mujer embarazada tiempo de descanso, será fácil cerrar la fábrica. Si no duermes con hombres, no quedarás embarazada". Así que Masha debe trabajar hasta el último minuto. Así es como la sociedad burguesa cuida la maternidad.

El parto

Para toda la familia de Masha, la señorita, el nacimiento es un gran evento. Es casi una fiesta. La casa está repleta de doctores, parteras y enfermeras. La madre se recuesta en una cama limpia y acolchonada. Hay flores en la mesa. Su esposo está a su lado; llegan

telegramas y cartas. Un sacerdote da su oración de agradecimiento. El bebé nace sano y fuerte. Esto no sorprende. Hubo un gran cuidado y un gran escándalo por Masha. Masha, la lavandera, también está en trabajo de parto. Detrás de la cortina de cálico, en la esquina de una habitación llena de gente, Masha sufre. Intenta ahogar sus quejas enterrando su cabeza en la almohada. Sus vecinos son todos trabajadores y no quiere privarlos de dormir. Hacia la mañana llega la partera. Lava y acomoda al bebé y después corre hacia otro parto. Mashenka ahora está sola en la habitación. Mira al bebé. Que pequeño y delgado, flaco y arrugado. Sus ojos parecen reprochar a su madre haberlo dado a luz. Mashenka lo mira y llora en silencio para no molestar a los demás. Masha la criada da a luz a su bebé bajo una cerca en una calle suburbana. Preguntó por una casa de maternidad pero estaba colapsada, golpeó la puerta en otra pero no la aceptaron diciendo que necesitaba varios papeles con firmas. Da a luz; sigue caminando. Camina y se tambalea. Envuelve a su bebé en una bufanda. ¿A dónde puede ir? No hay a donde ir. Recuerda el río oscuro, aterrador y todavía fascinante. En la mañana la policía arrastra un cuerpo hacia afuera del río. Así es como la burguesía respeta la maternidad. El bebé de Masha, la trabajadora de la fábrica de tintura, nació muerto. No logró sobrevivir los nueve meses. El vapor que inhalaba su madre en la fábrica envenenó al bebé cuando todavía estaba en el útero. El parto fue difícil. Masha tuvo suerte de salir viva. Pero a la mañana siguiente ya estaba de pie lavando y cocinando. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Quién más cuidaría de la casa de Masha y de quienes viven con ella? ¿Quién se aseguraría de que sus otros hijos se alimentaran?. Masha, la señorita, puede estar recostada en su cama por nueve días según las órdenes del doctor, ella tiene todo un cuerpo de sirvientes danzando a su alrededor. Si Masha, la obrera de la fábrica de tintura, recae en una enfermedad por ir a trabajar tan pronto que la deja lisiada como resultado, eso ya es suficientemente malo. No hay nadie que cuide de las madres trabajadoras. Nadie que levante la pesada carga que recae sobre los hombros de estas mujeres. La maternidad, ellos dicen, es sagrada. Pero esto es verdad solo en el caso de Marsha, la señorita.

La maternidad como una cruzada

Para Masha, la señorita, la maternidad es un acontecimiento alegre. En la luminosa y ordenada guardería, el heredero del dueño de la fábrica crece bajo el cuidado de varias niñeras, supervisado por un médico. Si Masha, la señorita, tiene poca leche para alimentar a su bebé o no quiere arruinar su figura, se puede encontrar una niñera que haga ese trabajo. Masha, la señorita, se divierte con su bebé y luego va a pasear, de shopping, al teatro o al ballet. Hay alguien más que puede cuidar de su bebé. La maternidad es diversión, es entretenimiento para Masha, la señorita. Para las otras Mashas, las de la clase obrera - las de la fábrica de tintura, las lavanderas y las otras cientos de miles de mujeres de la clase trabajadora - la maternidad es una cruzada. La sirena de la fábrica llama a las mujeres a trabajar pero su hijo está inquieto y llora. ¿Cómo puede dejarlo así? Ella pone la leche en una botella y le da su bebé a una mujer vieja en la puerta de al lado o lo deja a cargo de su joven hija. Va a trabajar pero no deja de pensar en su bebé. La pequeña niña, bien intencionada pero ignorante, quizás trate de alimentar al bebé con pedacitos de pan. El bebé de Masha, la señorita, se ve mejor cada día. Fuerte y sano. Los niños de las trabajadoras de la fábrica, las lavanderas y las campesinas crecen cada vez más flacos. Todas las noches el bebé se acurruca y llora. El doctor va y regaña a la madre por no alimentar a su bebé apropiadamente. "Y te llamas a vos misma como una madre. Ahora debes culparte a vos misma por la muerte de este bebé". Los cientos de miles de mujeres trabajadoras siquiera intentan defenderse. Inclinan la cabeza secando sus lágrimas. ¿Pueden decirle al doctor las dificultades que las atraviesan? ¿Les creería? ¿Las entendería?

Mueren como moscas

Los niños están muriendo. Los hijos de los trabajadores y las trabajadoras están muriendo como moscas. Un millón de tumba, un millón de madres estremecidas. ¿Pero los hijos de quién mueren? Cuando la muerte asecha la cosecha de primavera, ¿los niños de quiénes caen en la guadaña? Como podemos imaginar, la muerte recoge a los más pobres y no a los niños de familias adineradas, amamantados y cuidados por sus niñeras. En las familias de la

realidad, de cada cien niños nacidos solo entre seis y siete mueren. En las familias trabajadoras, de cada cuarenta y cinco niños mueren treinta. En todos los países en los que el capitalismo controla la economía y los obreros venden su fuerza de trabajo y viven en la pobreza, el porcentaje de bebés que mueren en la niñez temprana es realmente alto. En Rusia, son más altos que en cualquier otro lugar.

Aquí están los números comparativos del número de niños que sobreviven a la niñez temprana: Noruega 93%, Suiza 89%, Inglaterra 88%, Finlandia 88%, Francia 86%, Austria 80%, Alemania 80% y Rusia 72%. Pero hay una enorme cantidad de provincias en Rusia, especialmente en las que abundan las fábricas, en las que el 54% de los niños mueren al nacer. En las áreas de las grandes ciudades en las que viven los ricos, la mortalidad infantil está entre el 8% y el 9%; en el área de la clase obrera el porcentaje oscila entre el 30% y el 31%. ¿Por qué la cifra de mortalidad de los hijos de los proletarios es tan alta? Para crecer sano y fuerte los niños necesitan aire fresco, calidez, sol, limpieza, atención y cuidado. Necesitan ser amamantados; la leche de sus madres es comida natural y los ayuda a crecer y crecer fuertes. ¿Cuántos niños provenientes de familias de la clase obrera tienen todo esto? La muerte pisa fuerte en los hogares de las familias obreras porque esas familias son pobres, sus casas están abarrotadas y húmedas y el sol no llega al sótano; por la gran cantidad de personas que las habitan, suelen estar sucias. Este es el motivo por el que las madres trabajadoras no pueden cuidar a sus hijos apropiadamente. La ciencia ha establecido que la alimentación artificial es el peor enemigo de los niños: hay cinco veces más posibilidades de que los niños alimentados con leche de vaca mueran y quince veces más si son alimentados con otra comida, en comparación con quienes son amamantados. ¿Pero cómo la mujer que trabaja fuera de su casa, en la fábrica o en el taller, puede amamantar a su niño? Ella tiene suerte si el dinero le alcanza para comprar leche de vaca, porque eso no pasa todo el tiempo. ¿Y qué tipo de leche venden en los comercios a las mujeres trabajadoras? Tiza mezclada con agua. En consecuencia, el 60% de los bebés que mueren lo hacen por enfermedades estomacales. Muchos otros mueren por lo que los médicos llaman "la inaptitud para vivir": la

madre agotada por su trabajo físico da a luz prematuramente o bien el niño sufre envenenamiento por los vapores de las fábricas cuando está en el útero. ¿Cómo las mujeres de la clase trabajadora pueden cumplir con sus obligaciones maternas?

¿Hay una solución para este problema?

Si los niños nacen muertos, nacen enfermos o nacen para morir como moscas ¿hay algún punto en embarazarse? ¿Qué sentido tienen todas las pruebas de embarazo si la mujer tiene que abandonar a sus hijos cuando son tan pequeños? A pesar de lo mucho que desean criar a sus hijos apropiadamente, ellas no tienen el tiempo necesario para cuidarlos. Desde que este es el caso, ¿no es mejor y más simple abolir la maternidad? Muchas mujeres comienzan a pensarlo dos veces antes de tener hijos. No tienen la fuerza para poder soportar esa situación. ¿Hay alguna solución al problema? ¿Deben las mujeres trabajadoras privarse de la última alegría que les queda? La vida la lastima, la pobreza no le da ninguna chance y la fábrica consume toda su energía ¿quiere decir esto que las mujeres obreras deben abandonar su derecho de tener hijos? ¿Abandonar sin dar la batalla? ¿Sin intentar ganar el derecho natural que tiene cada criatura y cada animal? ¿Hay una alternativa? Por supuesto que la hay pero no todas las trabajadoras son conscientes aun.

¿Cuál es la alternativa?

Imaginemos una sociedad, personas, una comunidad en la que no hay más señoritas Mashenka ni lavanderas Mashenka. Una sociedad en la que no hay parásitos ni trabajadores contratados. Una sociedad en la que todos hagamos en mismo trabajo y la sociedad los cuida y los ayuda en sus vidas. Así como hoy las señoritas Mashenka son cuidadas por sus propios parientes, esos que necesitan mayor atención - las mujeres y sus niños - sean cuidados por la sociedad, una sociedad que es una enorme y contenedora familia. Cuando Mashenka, quien ya no es ni una señorita ni una sirvienta sino que es una simple ciudadana se embaraza, ella no debe preocuparse por lo

que le va a pasar a su niño. La sociedad, esa gran y jovial familia, va a cuidarlo. Una casa especial con un jardín y flores estará preparado para recibirla. Estará diseñado para que todas las mujeres embarazadas que acaban de dar a luz puedan vivir saludable y confortablemente. Los doctores en dicha sociedad no solo se ocuparan de preservar la salud de la madre y de su niño sino de aliviar el dolor de la madre que acaba de atravesar el parto. La ciencia está progresando en este sentido y esto podrá ayudar al médico. Cuando el niño sea lo suficientemente fuerte, la madre puede volver a su vida normal y tomar otra vez el trabajo que realiza para ayudar a esta gran comunidad. Ella no necesita preocuparse por el niño. La sociedad está ahí para ayudarla. Los niños crecen en el jardín, en la colonia, en la guardería y en la escuela bajo el cuidado de las niñeras experimentadas. Cuando una madre quiere estar con sus hijos, ella solo debe decirlo; y cuando no tiene tiempo, ella sabe que estará en buenas manos. La maternidad es una gran cruzada, hoy solo las señoritas Mashenka disfrutan de la alegría de ser madre. Pero una sociedad como tal, ¿solo puede encontrarse en los cuentos de hadas? ¿Puede una sociedad así existir? La economía y la historia de la sociedad y el Estado muestra que esa sociedad puede y debe ser el porvenir. A pesar de los capitalistas ricos, los dueños de las fábricas y los terratenientes, el cuento de hadas puede hacerse realidad. La clase trabajadora en todo e mundo está luchando para volver este sueño realidad. Y a pesar de que esta sociedad está lejos de ser esa gran familia, a pesar de que hay muchas batallas y sacrificios por delante, es al mismo tiempo una verdad que la clase obrera en otros países ha tenido grandes triunfos. Trabajadores y trabajadoras intentan atravesar la maternidad luchando por aprobar leyes en su favor, tomando otras medidas.

¿Cómo puede la ley ayudar?

Lo primero por hacer y lo primero que los obreros y las obreras están haciendo en todos los países es lograr que la ley defienda a las madres trabajadoras. Desde que la pobreza y la inseguridad fuerzan a las mujeres a trabajar y desde que el número de mujeres desempleadas aumenta todos los años, lo primero que se debe lograr es que el trabajo no se convierta en una tumba de la

maternidad. La ley debe intervenir para ayudar a las mujeres a combinar el trabajo con ser madres. Trabajadores y trabajadoras demandan en cada lugar la prohibición del trabajo vespertino para las mujeres y los jóvenes, jornada de ocho horas y la prohibición del empleo de niños menores de dieciséis años. Exigen que las mujeres jóvenes y los chicos de dieciséis años solo deban trabajar medio día. Esto es importante, especialmente desde el punto de vista de las futuras madres, porque entre los dieciséis y dieciocho años las niñas comienzan a crecer y a transformarse en mujeres. Si se les exige por demás desde esa edad, su posibilidad de ser madres sanas está totalmente anulada. La ley debe declarar categóricamente que las condiciones laborales no pueden afectar a la salud de las mujeres, los métodos nocivos de producción deben ser reemplazados por métodos seguros o eliminados; el trabajo pesado o las máquinas propulsadas a pie, etc. debe ser mecanizado; los lugares de trabajo deben mantenerse limpios y no estar bajo temperaturas extremas; los baños, lavaderos y comedores deben estar proporcionados, etc. Estas demandas pueden lograrse - ya se han conquistado en otras fábricas - pero a los propietarios no les agrada gastar dinero. Todas estas exigencias son costosas, y la vida humana no lo es. Debe haber una ley que implique que las mujeres deben sentarse cada vez que sea posible. Es muy importante también que haya multas contra los dueños de fábricas que incumplan estas leyes. El trabajo de chequear esto debe ser encomendado no solo a los inspectores de fábricas sino que también a los representantes electos por los trabajadores.

Protección de la maternidad

La ley debe proteger a las madres. Hasta ahora, la ley en Rusia (artículo 126: "las condiciones en las fábricas") da a las mujeres trabajadoras el derecho de una licencia de cuatro semanas al dar a luz. Esto, por supuesto, no es suficiente. El partido de las trabajadoras demanda para las mujeres una licencia de dieciséis semanas: ocho antes y ocho después del nacimiento. La ley debe tomar en cuenta que las madres tienen derecho de retirarse temprano de sus trabajos para alimentar a su bebé. Esta demanda ya es ley en Italia y en España. La ley también exige la construcción de

guarderías debe proveerse en las fábricas y talleres, en los que los bebés pueden ser amamantados.

Seguro de maternidad

Sin embargo, no es suficiente una ley que solo provea a las mujeres el derecho de no trabajar durante el período de nacimiento del niño. Es esencial que la sociedad garantice las necesidades materiales de las mujeres durante el embarazo. No sería realmente un "descanso" para la mujer si, sin más, se la privara de ganarse el pan de todos los días por dieciséis semanas. Eso conduciría a las mujeres a una muerte segura. Por lo tanto, la ley no solo debe proteger a la mujer en su lugar de trabajo sino que también, a expensas del Estado, otorgar un seguro de maternidad. Dicho seguro ha sido recientemente introducido en catorce países: Alemania, Austria, Hungría, Luxemburgo, Inglaterra, Australia, Italia, Francia, Noruega, Serbia, Rumania, Bosnia, Herzegovina y Rusia. En once países, incluyendo a Rusia, las mujeres trabajadoras se aseguran a sí mismas una oficina de seguro pagando contribuciones semanales. A cambio, la oficina les otorga un seguro de maternidad (el monto varía según el país pero en ninguno supera el salario) y provee la asistencia de un médico y una partera. En Italia, las mujeres trabajadoras pagan su cuota y reciben ayuda de una oficina especial de maternidad. Las contribuciones adicionales son pagadas por el propietario de la fábrica y por el Estado. Incluso en este caso, las mujeres trabajadoras deben hacerse cargo de la mayor parte del financiamiento. En Francia y en Australia las trabajadoras no deben contratar ningún seguro. Cualquier mujer, casada o no casada, puede recibir ayuda del Estado si lo requiere. En Francia el beneficio por un período de ocho semanas (entre veinte y cincuenta kopeks por día, a veces más), además de la asistencia de un doctor y una partera. En Australia, se les da una suma global de cincuenta rublos. En Francia el sistema de "amas de llaves sustitutas" está bien organizado. Hasta la finalización del embarazo, una amiga o una vecina que haya asistido al curso gratuito sobre el cuidado de mujeres embarazadas y niños recién nacidos puede ayudar. Ella hace visitas diarias hasta que la madre se recompone: ordena la casa, cocina la cena, cuida al bebé y el departamento de maternidad le paga por este trabajo. En Francia,

Suiza, Alemania y Rumania las madres también reciben beneficios por el departamento de maternidad durante el período de lactancia. Los primeros pasos para proveer seguridad a las madres se están dando.

¿Cuáles son las demandas de los trabajadores?

Sin embargo, lo hecho hasta el momento es, por supuesto, muy poco. La clase obrera ve que se hace cargo a si misma de las dificultades de la maternidad. La clase obrera quiere asegurarse de que la ley y el Estado se hagan cargo de las necesidades más apremiantes de la mujer trabajadora (sus necesidades materiales y económicas). A pesar de que la clase obrera solo realizará esto en una nueva sociedad, en esa enorme y contenedora familia que mencionamos antes, hacerse cargo por si misma de las necesidades de las mujeres y de los niños ahora es aun así un alivio para las mujeres trabajadoras. Mucho se ganó hasta ahora. Pero la lucha continúa. Si trabajamos juntos ganaremos mucho más. El partido de trabajadores en cada país demanda que debe existir un seguro de maternidad que rija sobre todas las mujeres independientemente de su trabajo, no importa si la mujer es una sirvienta, una trabajadora fabril, una artesana o una pobre campesina. Los beneficios deben incluir el período anterior y posterior al parto, por un período de dieciséis semanas. Cada mujer debe continuar recibiendo esta cobertura si el doctor nota que no se ha recuperado lo suficiente o si el bebé no es suficientemente fuerte. Cada mujer debe recibir este beneficio aun si su hijo nace sin vida o si es prematuro. El seguro por maternidad debe ser un 150% más alto que el salario normal; cuando una mujer es desempleada debe recibir un 150% más que el salario promedio. La ley también debe decir que - y esto es muy importante - que el seguro por maternidad no puede ser menor que un rublo por día en las grandes ciudades ni menos que setenta y cinco kopeks por día en las pequeñas ciudades. Aparte de esto, si el salario de una mujer es de treinta kopeks, debería recibir solo cuarenta y cinco kopeks ¿y puede una madre vivir apropiadamente con un recién nacido con cuarenta y cinco kopeks por día? ¿puede una madre adquirir todo lo que necesita para vivir y estar sana con cuarenta y cinco kopeks? Esa madre debe obtener beneficios del

departamento de maternidad por todo el período de lactancia y durante no menos de nueve meses; el ingreso debe ser, aproximadamente, la mitad del salario promedio. Este seguro, por lo tanto, debe ser pagado antes y después del parto y debe ser pagado directamente a la madre o a quien ella autorice. El derecho a recibir este seguro debe explicitarse sin ningún tipo de condición como las que rigen actualmente. Según la ley de Rusia, por ejemplo, una mujer debe ser miembro de un departamento de maternidad durante tres meses para tener acceso. Una mujer debe tener garantizado el servicio gratuito de un doctor y una partera y la colaboración de una "ama de llaves sustituta" como se organiza en Francia, Alemania e Inglaterra. La responsabilidad de asegurar que esta ley se cumpla debe estar relegada a las delegadas electas por las mujeres trabajadoras. Las mujeres embarazadas y las madres sustitutas deben tener el derecho legal de recibir leche de forma gratuita y, de ser necesario, ropa para el bebé. El partido de trabajadores también exige que la ciudad, el zemstvo o el departamento de seguros construya guarderías para los niños en cada lugar de trabajo. El dinero para esto debe provenir del propietario de la fábrica, de la ciudad o del zemstvo. Dichas guarderías deben estar organizadas para que cada madre pueda visitar y alimentar a su bebé en el receso laboral que la ley le permite. La guardería debe ser dirigida por las mismas madres trabajadoras. La ciudad, el zemstvo o el departamento de seguros debe, a expensas propias, construir un número suficiente de: (I) casas de maternidad, (II) casas para embarazadas y para mujeres que están solas y desempleadas (esto existe ya en Francia, Alemania y Hungría), (III) consultas médicas gratuitas para las madres y para sus niños, para que el doctor pueda observar el curso del embarazo, dar las indicaciones necesarias e instruir a la madre en el cuidado del niño, (IV) clínicas para niños enfermos como las que se construyeron por la liga de las mujeres laboristas en Inglaterra, (V) jardines maternos en los que las madres puedan dejar a sus niños - de dos a cinco años de edad - mientras que cumplen su jornada laboral - hasta el momento, las madres regresan de sus trabajos cansadas y exhaustas, con la necesidad de paz y quietud e inmediatamente deben comenzar a trabajar nuevamente haciéndose cargo sus niños

hambrientos, sucios y desalineados; sería una enorme diferencia para esas madres recoger a sus hijos comidos y aseados y tener a sus hijos mayores ayudando con las tareas de la casa - (VI) cursos gratuitos de cuidado de niños para las mujeres jóvenes y las madres, (VII) desayuno y cena gratuitos para mujeres embarazadas y niñeras, un servicio que ya se está brindando en Francia. Estas medidas no deben ser vistas como “filántropas”. Todos los miembros de la sociedad - y eso quiere decir cada mujer trabajadora y cada ciudadano hombre y mujer - tiene el derecho de exigir al Estado y a la comunidad que se preocupen por el bienestar de todos. ¿Por qué las personas forman un Estado, si no es este el propósito? Actualmente, no hay ningún gobierno en el mundo que cuide a los niños. Los trabajadores y trabajadoras en todos los países luchan por una sociedad y un gobierno que se convierta en una gran familia en la que todos los niños sean iguales y todos cuiden de todos de igual manera. Entonces la maternidad será distinta y la muerte dejará de cosechar tanto entre los recién nacidos.

¿Qué es lo que todas las mujeres trabajadoras debemos hacer?

¿Cómo triunfaran todas estas demandas? ¿Qué acción debemos llevar adelante? Toda mujer trabajadora, toda mujer que lea este folleto, debe dejar de lado su indiferencia y comenzar por apoyar el movimiento de la clase obrera, que está luchando por esto y está transformando el viejo mundo en un futuro mejor en el que las madres no llorarán más lágrimas amargas y en el que la maternidad será una gran alegría y un enorme orgullo. Cuantas más mujeres se unan al movimiento de la clase obrera, más grande será nuestro poder y más rápido vamos a conseguir lo que queremos. Es nuestra felicidad y la vida y futuro de nuestros niños lo que está en juego.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1916/0001.htm>

Alexandra Kollontai

El comunismo y la familia

Escrito: En o antes de 1918.

Historial de publicación: Publicado por vez primera en 1918. Versión en castellano publicada por primera vez por Editorial Marxista, Barcelona, en 1937.

Traducción al castellano: Por Editorial Marxista, Barcelona, 1937.

Fuente de la presente versión: Tomado de la edición de Editorial Marxista, Barcelona, 1937.

Esta edición: Marxists Internet Archive, 2002. Digitalizado por Aritz.

La mujer no depende ya del hombre

¿Se mantendrá la familia en un Estado comunista? ¿Persistirá en la misma forma actual? Son estas cuestiones que atormentan, en los momentos presentes, a la mujer de la clase trabajadora y preocupa igualmente a sus compañeros, los hombres.

No debe extrañarnos que en estos últimos tiempos este problema perturbe las mentes de las mujeres trabajadoras. La vida cambia continuamente ante nuestros ojos; antiguos hábitos y costumbres desaparecen poco a poco. Toda la existencia de la familia proletaria se modifica y organiza en forma tan nueva, tan fuera de lo corriente, tan extraña, como nunca pudimos imaginar.

Y una de las cosas que mayor perplejidad produce en la mujer en estos momentos es la manera como se ha facilitado el divorcio en Rusia.

De hecho, en virtud del decreto del Comisario del Pueblo del 18 de diciembre de 1917, el divorcio ha dejado de ser un lijo accesible sólo a los ricos; desde ahora en adelante, la mujer trabajadora no tendrá que esperar y meses, e incluso hasta años, para que sea fallada su petición de separación matrimonial que le dé derecho a independizarse de un marido borracho o brutal, acostumbrado a golpearla. Desde ahora en adelante el divorcio se podrá obtener

amigablemente dentro del periodo de una o dos semanas todo lo más.

Pero es precisamente esta facilidad para obtener el divorcio, manantial de tantas esperanzas para las mujeres que son desgraciadas en su matrimonio, lo que asusta a otras mujeres, particularmente a aquellas que consideran todavía al marido como el "proveedor" de la familia, como el único sostén de la vida, a esas mujeres que no comprenden todavía que *deben acostumbrarse a buscar y a encontrar ese sostén en otro sitio, no en la persona del hombre, sino en la persona de la sociedad, en el Estado.*

Desde la familia genésica a nuestros días

No hay ninguna razón para pretender engañarnos a nosotros mismos: la familia normal de los tiempos pasados en la cual el hombre lo era todo y la mujer nada -puesto que no tenía voluntad propia, ni dinero propio, ni tiempo del que disponer libremente-, este tipo de familia sufre modificaciones día por día, y actualmente es casi una cosa del pasado, lo cual no debe asustarnos.

Bien sea por error o ignorancia, estamos dispuestos a creer que todo lo que nos rodea debe permanecer inmutable, mientras todo lo demás cambia. *Siempre ha sido así y siempre lo será.* Esta afirmación es un error profundo.

Para darnos cuenta de su falsedad, no tenemos más que leer cómo vivían las gentes del pasado, e inmediatamente vemos cómo todo está sujeto a cambio y cómo no hay costumbres, ni organizaciones políticas, ni moral que permanezcan fijas e inviolables.

Así, pues, la familia ha cambiado frecuentemente de forma en las diversas épocas de la vida de la humanidad.

Hubo épocas en que la familia fue completamente distinta a como estamos acostumbrados a admitirla. Hubo un tiempo en que la única forma de familia que se consideraba normal era la llamada familia *genésica*, es decir, aquella en que el cabeza de familia era la *anciana madre*, en torno a la cual se agrupaban, en la vida y en el trabajo común, los hijos, nietos y biznietos.

La familia *patriarcal* fue en otros tiempos considerada también como la única forma posible de familia, presidida por un *padre-amo*, cuya voluntad era ley para todos los demás miembros de la familia. Aún en nuestros tiempos se pueden encontrar en las aldeas rusas familias campesinas de este tipo. En realidad podemos afirmar que en esas localidades la moral y las leyes que rigen la vida familiar son completamente distintas de las que reglamentan la vida de la familia del obrero de la ciudad. En el campo existen todavía gran número de costumbres que ya no es posible encontrar en la familia de la ciudad proletaria.

El tipo de familia, sus costumbres, etc., varían según las razas. Hay pueblos, como por ejemplo los turcos, árabes y persas, entre los cuales la ley autoriza al marido el tener varias mujeres. Han existido y todavía se encuentran tribus que toleran la costumbre contraria, es decir, que la mujer tenga varios maridos.

La moralidad al uso del hombre de nuestro tiempo le autoriza para exigir de las jóvenes la virginidad hasta su matrimonio legítimo. Pero, sin embargo, hay tribus en las que ocurre todo lo contrario: la mujer tiene por orgullo haber tenido muchos amantes, y se engalana brazos y piernas con brazaletes que indican el número...

Diversas costumbres, que a nosotros nos sorprenden, hábitos que podemos incluso calificar de inmorales, los practican otros pueblos, con la sanción *divina*, mientras que, por su parte, califican de "pecaminosas" muchas de nuestras costumbres y leyes.

Por tanto, no hay ninguna razón para que nos aterricemos ante el hecho de que la familia sufra un cambio, porque gradualmente se descarten vestigios del pasado vividos hasta ahora, ni porque se implanten nuevas relaciones entre el hombre y la mujer. No tenemos más que preguntarnos: ¿qué es lo que ha muerto en nuestro viejo sistema familiar y qué relaciones hay entre el hombre trabajador y la mujer trabajadora, entre el campesino y la campesina?

¿Cuáles de sus respectivos derechos y deberes armonizan mejor con las condiciones de vida de la nueva Rusia? Todo lo que sea compatible con el nuevo estado de cosas se mantendrá; lo demás, toda esa anticuada morralla que hemos heredado de la maldita

época de servidumbre y dominación, que era la característica de los terratenientes y capitalistas, todo eso tendrá que ser barrido juntamente con la misma clase explotadora, con esos enemigos del proletariado y de los pobres.

El capitalismo ha destruido la vieja vida familiar

La familia, en su forma actual, no es más que una de tantas herencias del pasado. Sólidamente unida, compacta en sí misma en sus comienzos, e indisoluble -tal era el carácter del matrimonio santificado por el cura-, la familia era igualmente necesaria para cada uno de sus miembros. Porque ¿quién se hubiera ocupado de criar, vestir y educar a los hijos de no ser la familia? ¿Quién se hubiera ocupado de guiarlos en la vida? Triste suerte la de los huérfanos en aquellos tiempos; era el peor destino que pudiera tocarle a uno en suerte.

En el tipo de familia a que estamos acostumbrados, es el marido el que gana el sustento, el que mantiene a la mujer y a los hijos. La mujer, por su parte, se ocupa de los quehaceres domésticos y de criar a los hijos como le parece.

Pero, desde hace un siglo, esta forma corriente de familia ha experimentado una destrucción progresiva en todos los países del mundo, en los que domina el capitalismo, en aquellos países en que el número de fábricas crece rápidamente, juntamente con otras empresas capitalistas que emplean trabajadores.

Las costumbres y la moral familiar se forman simultáneamente como consecuencia de las condiciones generales de la vida que rodea a la familia. Lo que más ha contribuido a que se modificasen las costumbres familiares de una manera radical ha sido, indiscutiblemente, la enorme expansión que ha adquirido por todas partes el trabajo asalariado de la mujer. Anteriormente, era el hombre el único sostén posible de la familia. Pero desde los últimos cincuenta o sesenta años, hemos experimentado en Rusia (con anterioridad en otros países) que el régimen capitalista obliga a las mujeres a buscar trabajo remunerador fuera de la familia, fuera de su casa.

Treinta millones de mujeres soportan una doble carga

Como el salario del hombre, *sostén de la familia*, resultaba insuficiente para cubrir las necesidades de la misma, la mujer se vio obligada a su vez a buscar trabajo remunerado; la madre tuvo que llamar también a la puerta de la fábrica. Año por año, día tras día, fue creciendo el número de mujeres pertenecientes a la clase trabajadora que abandonaban sus casas para ir a nutrir las filas de las fábricas, para trabajar como obreras, dependientas, oficinistas, lavanderas o criadas.

Según cálculos de antes de la Gran Guerra, en los países de Europa y América ascendían a sesenta millones las mujeres que se ganaban la vida con su trabajo. Durante la guerra ese número aumentó considerablemente.

La inmensa mayoría de estas mujeres estaban casadas; fácil es imaginarnos la vida familiar que podrían disfrutar. ¡Qué vida familiar puede existir donde la esposa y madre se va de casa durante ocho horas diarias, diez mejor dicho (contando el viaje de ida y vuelta)! La casa queda necesariamente descuidada; los hijos crecen sin ningún cuidado maternal, abandonados a sí mismos en medio de los peligros de la calle, en la cual pasan la mayor parte del tiempo.

La mujer casada, la madre que es obrera, suda sangre para cumplir con tres tareas que pesan al mismo tiempo sobre ella: disponer de las horas necesarias para el trabajo, lo mismo que hace su marido, en alguna industria o establecimiento comercial; consagrarse después, lo mejor posible, a los quehaceres domésticos, y, por último, cuidar de sus hijos.

El capitalismo ha cargado sobre los hombros de la mujer trabajadora un peso que la aplasta; la ha convertido en obrera, sin aliviarla de sus cuidados de ama de casa y madre.

Por tanto, nos encontramos con que la mujer se agota como consecuencia de esta triple e insoportable carga, que con frecuencia expresa con gritos de dolor y hace asomar lágrimas a sus ojos.

Los cuidados y las preocupaciones han sido en todo tiempo destino de la mujer; pero nunca ha sido su vida más desgraciada, más

desesperada que en estos tiempos bajo el régimen capitalista, precisamente cuando la industria atraviesa por periodo de máxima expansión.

Los trabajadores aprenden a existir sin vida familiar

Cuanto más se extiende el trabajo asalariado de la mujer, más progresa la descomposición de la familia. ¡Qué vida familiar puede haber donde el hombre y la mujer trabajan en la fábrica, en secciones diferentes, si la mujer no dispone siquiera del tiempo necesario para guisar una comida medianamente buena para sus hijos! ¡Qué vida familiar puede ser la de una familia en la que el padre y la madre pasan fuera de casa la mayor parte de las veinticuatro horas del día, entregados a un duro trabajo, que les impide dedicar unos cuantos minutos a sus hijos!

En épocas anteriores, era completamente diferente. La madre, el ama de casa, permanecía en el hogar, se ocupaba de las tareas domésticas y de sus hijos, a los cuales no dejaba de observar, siempre vigilante.

Hoy día, desde las primeras horas de la mañana hasta que suena la sirena de la fábrica, la mujer trabajadora corre apresurada para llegar a su trabajo; por la noche, de nuevo, al sonar la sirena, vuelve precipitadamente a casa para preparar la sopa y hacer los quehaceres domésticos indispensables. A la mañana siguiente, después de breves horas de sueño, comienza otra vez para la mujer su pesada carga. No puede, pues, sorprendernos, por tanto, el hecho de que, debido a estas condiciones de vida, se deshagan los lazos familiares y la familia se disuelva cada día más. Poco a poco va desapareciendo todo aquello que convertía a la familia en un todo sólido, todo aquello que constituía sus seguros cimientos, *la familia es cada vez menos necesaria a sus propios miembros y al Estado*. Las viejas formas familiares se convierten en un obstáculo.

¿En qué consistía la fuerza de la familia en los tiempos pasados? En primer lugar, en el hecho de que era el marido, el padre, el que mantenía a la familia; en segundo lugar, el hogar era algo igualmente necesario a todos los miembros de la familia, y en tercer y último lugar, porque los hijos eran educados por los padres.

¿Qué es lo que queda actualmente de todo esto? El marido, como hemos visto, ha dejado de ser el sostén único de la familia. La mujer, que va a trabajar, se ha convertido, a este respecto, en igual a su marido. Ha aprendido no sólo a ganarse la vida, sino también, con gran frecuencia, a ganar la de sus hijos y su marido. Queda todavía, sin embargo, la función de la familia de criar y mantener a los hijos mientras son pequeños. Veamos ahora, en realidad, lo que subsiste de esta obligación.

El trabajo casero no es ya una necesidad

Hubo un tiempo en que la mujer de la clase pobre, tanto en la ciudad como en el campo, pasaba su vida entera en el seno de la familia. La mujer no sabía nada de lo que ocurría más allá del umbral de su casa y es casi seguro que tampoco deseaba saberlo. En compensación, tenía dentro de su casa las más variadas ocupaciones, todas útiles y necesarias, no sólo para la vida de la familia en sí, sino también para la de todo el Estado.

La mujer hacía, es cierto, todo lo que hoy hace cualquier mujer obrera o campesina. Guisaba, lavaba, limpiaba la casa y repasaba la ropa de la familia. Pero no hacía esto sólo. Tenía sobre sí, además, una serie de obligaciones que no tienen ya las mujeres de nuestro tiempo: hilaba la lana y el lino; tejía las telas y los adornos, las medias y los calcetines; hacía encajes y se dedicaba, en la medida de las posibilidades familiares, a las tareas de la conservación de carnes y demás alimentos; destilaba las bebidas de la familia, e incluso moldeaba las velas para la casa.

¡Cuán diversas eran las tareas de la mujer en los tiempos pasados! Así pasaron la vida nuestras madres y abuelas. Aún en nuestros días, allá en remotas aldeas, en pleno campo, en contacto con las líneas del tren o lejos de los grandes ríos, se pueden encontrar pequeños núcleos donde se conserva todavía, sin modificación alguna, este modo de vida de los buenos tiempos del pasado, en la que el ama de casa realizaba una serie de trabajos de los que no tiene noción la mujer trabajadora de las grandes ciudades o de las regiones de gran población industrial, desde hace mucho tiempo.

El trabajo industrial de la mujer en el hogar

En los tiempos de nuestras abuelas eran absolutamente necesarios y útiles todos los trabajos domésticos de la mujer, de los que dependía el bienestar de la familia. Cuanto más se dedicaba la mujer de su casa a estas tareas, tanto mejor era la vida en el hogar, más orden y abundancia se reflejaban en la casa. Hasta el propio Estado podía beneficiarse un tanto de las actividades de la mujer como ama de casa. Porque, en realidad, la mujer de otros tiempos no se limitaba a preparar purés para ella o su familia, sino que sus manos producían muchos otros productos de riqueza, tales como telas, hilo, mantequilla, etc., cosas que podían llevarse al mercado y ser consideradas como mercancías, como cosas de valor.

Es cierto que en los tiempos de nuestras abuelas y bisabuelas el trabajo no era evaluado en dinero. Pero no había ningún hombre, fuera campesino u obrero, que no buscara como compañera una mujer con "manos de oro", frase todavía proverbial entre el pueblo.

Porque sólo los recursos del hombre, *sin el trabajo doméstico de la mujer*, no hubieran bastado para mantener el hogar.

En lo que se refiere a los bienes del Estado, a los intereses de la nación, coincidían con los del marido; cuanto más trabajadora resultaba la mujer en el seno de su familia, tantos más productos de todas clases producía: telas, cueros, lana, cuyo sobrante podía ser vendido en el mercado de las cercanías; consecuentemente, la "mujer de su casa" contribuía a aumentar en su conjunto la prosperidad económica del país.

La mujer casada y la fábrica

El capitalismo ha modificado totalmente esta antigua manera de vida. Todo lo que antes se producía en el seno de la familia, se fabrica ahora en grandes cantidades en los talleres y en las fábricas. La máquina sustituyó a los ágiles dedos del ama de casa. ¿Qué mujer de su casa trabajaría hoy día en moldear velas, hilar o tejer tela? Todos estos productos pueden adquirirse en la tienda más próxima. Antes, todas las muchachas tenían que aprender a tejer sus medias; ¿es posible encontrar en nuestros tiempos una joven obrera que se

haga las medias? En primer lugar, carece del tiempo necesario para ello. El tiempo es dinero y no hay nadie que quiera perderlo de una manera improductiva, es decir, sin obtener ningún provecho. Actualmente, toda mujer de su casa, que es a la vez una obrera, prefiere comprar las medias hechas que perder tiempo haciéndolas.

Pocas mujeres trabajadoras, y sólo en casos aislados, podemos encontrar hoy día que preparen las conservas para la familia, cuando la realidad es que en la tienda de comestibles de al lado de su casa puede comprarlas perfectamente preparadas. Aun en el caso de que el producto vendido en la tienda sea de una calidad inferior, o que no sea tan bueno como el que pueda hacer una ama de casa ahorrativa en su hogar, la mujer trabajadora no tiene ni tiempo ni energías para dedicarse a todas las laboriosas operaciones que requiere un trabajo de esta clase.

La realidad, pues, es que la familia contemporánea se independiza cada vez más de todos aquellos trabajos domésticos sin cuya preocupación no hubieran podido concebir la vida familiar nuestras abuelas.

Lo que se producía anteriormente en el seno de la familia se produce actualmente con el trabajo común de hombres y mujeres trabajadoras en las fábricas y talleres.

Los quehaceres individuales están llamados a desaparecer

La familia actualmente consume sin producir. Las tareas esenciales del ama de casa han quedado reducidas a cuatro: limpieza (suelos, muebles, calefacción , etc.); cocina (preparación de comida y cena); lavado y cuidado de la ropa blanca, y vestidos de la familia (remendado y repaso de la ropa).

Estos son trabajos agotadores. Consumen todas las energías y todo el tiempo de la mujer trabajadora, que, además, tiene que trabajar en una fábrica.

Ciertamente que los quehaceres de nuestras abuelas comprendían muchas más operaciones, pero, sin embargo, estaban dotados de una cualidad de la que carecen los trabajos domésticos de la mujer obrera de nuestros días; éstos han perdido su cualidad de trabajos

útiles al Estado desde el punto de vista de la economía nacional, porque son trabajos con los que no se crean nuevos valores. Con ellos no se contribuye a la prosperidad del país.

Es en vano que la mujer trabajadora se pase el día desde la mañana hasta la noche limpiando su casa, lavando y planchando la ropa, consumiendo sus energías para conservar sus gastadas ropas en orden, matándose para preparar con sus modestos recursos la mejor comida posible, porque cuando termine el día no quedará, a pesar de sus esfuerzos, un resultado material de todo su trabajo diario; con sus manos infatigables no habrá creado en todo el día nada que pueda ser considerado como una mercancía en el mercado comercial. Mil años que viviera todo seguiría igual para la mujer trabajadora. Todas las mañanas habría que quitar polvo de la cómoda; el marido vendría con ganas de cenar por la noche y sus chiquitines volverían siempre a casa con los zapatos llenos de barro... El trabajo del ama de casa reporta cada día menos utilidad, es cada vez más improductivo.

La aurora del trabajo casero colectivo

Los trabajos caseros en forma individual han comenzado a desaparecer y de día en día van siendo sustituidos por el trabajo casero colectivo, y llegará un día, más pronto o más tarde, en que la mujer trabajadora no tendrá que ocuparse de su propio hogar.

En la Sociedad Comunista del mañana, estos trabajos serán realizados por una categoría especial de mujeres trabajadoras dedicadas únicamente a estas ocupaciones.

Las mujeres de los ricos, hace ya mucho tiempo que viven libres de estas desagradables y fatigosas tareas. ¿Por qué tiene la mujer trabajadora que continuar con esta pesada carga?

En la Rusia Soviética, la vida de la mujer trabajadora debe estar rodeada de las mismas comodidades, la misma limpieza, la misma higiene, la misma belleza, que hasta ahora constituía el ambiente de las mujeres pertenecientes a las clases adineradas. En una Sociedad Comunista la mujer trabajadora no tendrá que pasar sus escasas horas de descanso en la cocina, porque en la Sociedad Comunista

existirán restaurantes públicos y cocinas centrales en los que podrá ir a comer todo el mundo.

Estos establecimientos han ido en aumento en todos los países, incluso dentro del régimen capitalista. En realidad, se puede decir que desde hace medio siglo aumentan de día en día en todas las ciudades de Europa; crecen como las setas después de la lluvia otoñal. Pero mientras en un sistema capitalista sólo gentes con bolsas bien repletas pueden permitirse el gusto de comer en los restaurantes, en una ciudad comunista estarán al alcance de todo el mundo.

Lo mismo se puede decir del lavado de la ropa y demás trabajos caseros. La mujer trabajadora no tendrá que ahogarse en un océano de porquería ni estropearse la vista remendando y cosiendo la ropa por las noches. No tendrá más que llevarla cada semana a los *lavaderos centrales* para ir a buscarla después lavada y planchada. De este modo tendrá la mujer trabajadora una preocupación menos.

La organización de talleres especiales para repasar y remendar la ropa ofrecerán a la mujer trabajadora la oportunidad de dedicarse por las noches a lecturas instructivas, a distracciones saludables, en vez de pasarlas como hasta ahora en tareas agotadoras.

Por tanto, vemos que las cuatro últimas tareas domésticas que todavía pesan sobre la mujer de nuestros tiempos desaparecerán con el triunfo del régimen comunista.

No tendrá de qué quejarse la mujer obrera, porque la Sociedad Comunista habrá terminado con el yugo doméstico de la mujer para hacer su vida más alegre, más rica, más libre y más completa.

La crianza de los hijos en el régimen capitalista

¿Qué quedará de la familia cuando hayan desaparecido todos estos quehaceres del trabajo casero individual? Todavía tendremos que luchar con el problema de los *hijos*. Pero en lo que se refiere a esta cuestión, el Estado de los Trabajadores acudirá en auxilio de la familia, sustituyéndola; gradualmente, la Sociedad se hará cargo de todas aquellas obligaciones que antes recaían sobre los padres.

Bajo el régimen capitalista *la instrucción del niño ha cesado de ser una obligación de los padres*. El niño aprende en la escuela. En cuanto el niño entra en la edad escolar, los padres respiran más libremente. Cuando llega este momento, el desarrollo intelectual del hijo deja de ser un asunto de su incumbencia.

Sin embargo, con ello no terminaban todas las obligaciones de la familia con respecto al niño. Todavía subsistía la obligación de alimentar al niño, de calzarle, vestirle, convertirlo en obrero diestro y honesto para que, con el tiempo, pudiera bastarse a sí propio y ayudar a sus padres cuando éstos llegaran a viejos.

Pero lo más corriente era, sin embargo, que la familia obrera no pudiera casi nunca cumplir enteramente estas obligaciones con respecto a sus hijos. El reducido salario de que depende la familia obrera no le permite ni tan siquiera dar a sus hijos lo suficiente para comer, mientras que el excesivo trabajo que pesa sobre los padres les impide dedicar a la educación de la joven generación toda la atención a que obliga este deber. Se daba por sentado que la familia se ocupaba de la crianza de los hijos. ¿Pero lo hacía en realidad? Más justo sería decir que es en la calle donde se crían los hijos de los proletarios. Los niños de la clase trabajadora desconocen las satisfacciones de la vida familiar, placeres de los cuales participamos todavía nosotros con nuestros padres.

Pero, además, hay que tener en cuenta que lo reducido de los jornales, la inseguridad en el trabajo y hasta el hambre convierten frecuentemente al niño de diez años de la clase trabajadora en un obrero independiente a su vez. Desde este momento, tan pronto como el hijo (lo mismo si es chico o chica) comienza a ganar un jornal, se considera a sí mismo dueño de su persona, hasta tal punto que las palabras y los consejos de sus padres dejan de causarle la menor impresión, es decir, que se debilita la autoridad de los padres y termina la obediencia.

A medida que van desapareciendo uno a uno los trabajos domésticos de la familia, todas las obligaciones de sostén y crianza de los hijos son desempeñadas por la sociedad en lugar de por los padres. Bajo el sistema capitalista, los hijos eran con demasiada frecuencia, en la familia proletaria, una carga pesada e insostenible.

El niño y el Estado comunista

En este aspecto también acudiré la Sociedad Comunista en auxilio de los padres. En la Rusia Soviética se han emprendido, merced a los Comisariados de Educación Pública y Bienestar Social, grandes adelantos. Se puede decir que en este aspecto se han hecho ya muchas cosas para facilitar la tarea de la familia de criar y mantener a los hijos.

Existen ya casas para los niños lactantes, guardería infantiles, jardines de la infancia, colonias y hogares para niños, enfermerías y sanatorios para los enfermos o delicados, restaurantes, comedores gratuitos para los discípulos en escuelas, libros de estudio gratuitos, ropas de abrigo y calzado para los niños de los establecimientos de enseñanza. ¿Todo esto no demuestra suficientemente que el niño sale ya del marco estrecho de la familia, pasando la carga de su crianza y educación de los padres a la colectividad?

Los cuidados de los padres con respecto a los hijos pueden clasificarse en tres grupos: 1º, cuidados que los niños requieren imprescindiblemente en los primeros tiempos de su vida; 2º, los cuidados que supone la crianza del niño, y 3º, los cuidados que necesita la educación del niño.

Lo que se refiere a la instrucción de los niños, en escuelas primarias, institutos y universidades, se ha convertido ya en una obligación del Estado, incluso en la sociedad capitalista.

Por otra parte, las ocupaciones de la clase trabajadora, las condiciones de vida, obligaban, incluso en la sociedad capitalista, a la creación de lugares de juego, guarderías, asilos, etc. Cuanto más conciencia tenga la clase trabajadora de sus derechos, cuanto mejor estén organizados en cualquier Estado específico, tanto más interés tendrá la sociedad en el problema de aliviar a la familia del cuidado de los hijos.

Pero la sociedad burguesa tiene medio de ir demasiado lejos en lo que respecta a considerar los intereses de la clase trabajadora, y mucho más si contribuye de este modo a la desintegración de la familia.

Los capitalistas se dan perfecta cuenta de que el viejo tipo de familia, en la que la esposa es una esclava y el hombre es responsable del sostén y bienestar de la familia, de que una familia de esta clase es la mejor arma para ahogar los esfuerzos del proletariado hacia su libertad, para debilitar el espíritu revolucionario del hombre y de la mujer proletarios. La preocupación por lo que le pueda pasar a su familia, priva al obrero de toda su firmeza, le obliga a transigir con el capital. ¿Qué no harán los padres proletarios cuando sus hijos tienen hambre?

Contrariamente a lo que sucede en la sociedad capitalista, que no ha sido capaz de transformar la educación de la juventud en una verdadera función social, en una obra del Estado, la Sociedad Comunista considerará como base real de sus leyes y costumbres, como la primera piedra del nuevo edificio, la educación social de la generación naciente.

No será la familia del pasado, mezquina y estrecha, con riñas entre los padres, con sus intereses exclusivistas para sus hijos, la que moldeará el hombre de la sociedad del mañana.

El hombre nuevo, de nuestra nueva sociedad, será moldeado por las organizaciones socialistas, jardines infantiles, residencias, guarderías de niños, etc., y muchas otras instituciones de este tipo, en las que el niño pasará la mayor parte del día y en las que educadores inteligentes le convertirán en un comunista consciente de la magnitud de esta inviolable divisa: solidaridad, camaradería, ayuda mutua y devoción a la vida colectiva.

La subsistencia de la madre asegurada

Veamos ahora, una vez que no se precisa atender a la crianza y educación de los hijos, qué es lo que quedará de las obligaciones de la familia con respecto a sus hijos, particularmente después que haya sido aliviada de la mayor parte de los cuidados materiales que llevan consigo el nacimiento de un hijo, o sea, a excepción de los cuidados que requiere el niño recién nacido cuando todavía necesita de la atención de su madre, mientras aprende a andar, agarrándose a las faldas de su madre. En esto también el Estado Comunista acude presuroso en auxilio de la madre trabajadora. Ya no existirá la madre

agobiada con un chiquillo en brazos. El Estado de los Trabajadores se encargará de la obligación de asegurar la subsistencia a todas las madres, estén o no legítimamente casadas, en tanto que amamenten a su hijo; instalará por doquier casas de maternidad, organizará en todas las ciudades y en todos los pueblos guarderías e instituciones semejantes para que la mujer pueda ser útil trabajando para el Estado mientras, al mismo tiempo, cumple sus funciones de madre.

El matrimonio dejará de ser una cadena

Las madres obreras no tienen por qué alarmarse. La Sociedad Comunista no pretende separar a los hijos de los padres, ni arrancar al recién nacido del pecho de su madre. No abriga la menor intención de recurrir a la violencia para destruir la familia como tal. Nada de eso. Estas no son las aspiraciones de la Sociedad Comunista.

¿Qué es lo que presenciamos hoy? Pues que se rompen los lazos de la gastada familia. Esta, gradualmente, se va libertando de todos los trabajos domésticos que anteriormente eran otros tantos pilares que sostenían la familia como un todo social. ¿Los cuidados de la limpieza, etc., de la casa? También parece que han demostrado su inutilidad. ¿Los hijos? Los padres proletarios no pueden ya atender a su cuidado; no se pueden asegurar ni su subsistencia ni su educación.

Estas es la situación real cuyas consecuencias sufren por igual los padres y los hijos.

Por tanto, la Sociedad Comunista se acercará al hombre y a la mujer proletarios para decirles: "Sois jóvenes y os amáis". Todo el mundo tiene derecho a la felicidad. Por eso debéis vivir vuestra vida. No tengáis miedo al matrimonio, aun cuando el matrimonio no fuera más que una cadena para el hombre y la mujer de la clase trabajadora en la sociedad capitalista. Y, sobre todo, no temáis, siendo jóvenes y saludables, dar a vuestro país nuevos obreros, nuevos ciudadanos niños. La sociedad de los trabajadores necesita de nuevas fuerzas de trabajo; saluda la llegada de cada recién venido al mundo. Tampoco temáis por el futuro de vuestro hijo; vuestro hijo no conocerá el hambre, ni el frío. No será desgraciado, ni quedará

abandonado a su suerte como sucedía en la sociedad capitalista. Tan pronto como el nuevo ser llegue al mundo, el Estado de la clase Trabajadora, la Sociedad Comunista, asegurará el hijo y a la madre una ración para su subsistencia y cuidados solícitos. La Patria comunista alimentará, criará y educará al niño. Pero esta patria no intentará, en modo alguno, arrancar al hijo de los padres que quieran participar en la educación de sus pequeñuelos. La Sociedad Comunista tomará a su cargo todas las obligaciones de la educación del niño, pero nunca despojará de las alegrías paternas, de las satisfacciones maternales a aquellos que sean capaces de apreciar y comprender estas alegrías. ¿Se puede, pues, llamar a esto destrucción de la familia por la violencia o separación a la fuerza de la madre y el hijo?

La familia como unión de afectos y camaradería

Hay algo que no se puede negar, y es el hecho de que ha llegado su hora al viejo tipo de familia. No tiene de ello la culpa el comunismo: es el resultado del cambio experimentado por las condiciones de vida. *La familia ha dejado de ser una necesidad para el Estado como ocurría en el pasado.*

Todo lo contrario, resulta algo peor que inútil, puesto que sin necesidad impide que las mujeres de la clase trabajadora puedan realizar un trabajo mucho más productivo y mucho más importante. Tampoco es ya necesaria la familia a los miembros de ella, puesto que la tarea de criar a los hijos, que antes le pertenecía por completo, pasa cada vez más a manos de la colectividad.

Sobre las ruinas de la vieja vida familiar, veremos pronto resurgir una nueva forma de familia que supondrá relaciones completamente diferentes entre el hombre y la mujer, basadas en *una unión de afectos y camaradería, en una unión de dos personas iguales en la Sociedad Comunista, las dos libres, las dos independientes, las dos obreras*. ¡No más "sevidumbre" doméstica para la mujer! ¡No más desigualdad en el seno mismo de la familia! ¡No más temor por parte de la mujer de quedarse sin sostén y ayuda si el marido la abandona!

La mujer, en la Sociedad Comunista, no dependerá de su marido, sino que sus robustos brazos serán los que la proporcionen el

sustento. Se acabará con la incertidumbre sobre la suerte que puedan correr los hijos. El Estado comunista asumirá todas estas responsabilidades. El matrimonio quedará purificado de todos sus elementos materiales, de todos los cálculos de dinero que constituyen la repugnante mancha de la vida familiar de nuestro tiempo. El matrimonio se transformará desde ahora en adelante en la unión sublime de dos almas que se aman, que se profesen fe mutua; una unión de este tipo promete a todo obrero, a toda obrera, la más completa felicidad, el máximo de la satisfacción que les puede caber a criaturas conscientes de sí mismas y de la vida que les rodea.

Esta *unión libre*, fuerte en el sentimiento de camaradería en que está inspirada, *en vez de la esclavitud conyugal del pasado, es lo que la sociedad comunista del mañana ofrecerá a hombres y mujeres.*

Una vez se hayan transformado las condiciones de trabajo, una vez haya aumentado la seguridad material de la mujer trabajadora; una vez haya desaparecido el matrimonio tal y como lo consagraba la Iglesia -esto es, el llamado matrimonio indisoluble, que no era en el fondo más que un mero fraude-, una vez este matrimonio sea sustituido por la unión libre y honesta de hombres y mujeres que se aman y son camaradas, habrá comenzado a desaparecer otro vergonzoso azote, otra calamidad horrorosa que mancilla a la humanidad y cuyo peso recae por entero sobre el hambre de la mujer trabajadora: la prostitución.

Se acabará para siempre la prostitución

Esta vergüenza se la debemos al sistema económico hoy en vigor, a la existencia de la propiedad privada. Una vez haya desaparecido la propiedad privada, desaparecerá automáticamente el comercio de la mujer.

Por tanto, la mujer de la clase trabajadora debe dejar de preocuparse porque esté llamada a desaparecer la familia tal y conforme está constituida en la actualidad. Sería mucho mejor que saludaran con alegría la aurora de una nueva sociedad, que liberará a la mujer de la servidumbre doméstica, que aliviará la carga de la maternidad para la mujer, una sociedad en la que, finalmente,

veremos desaparecer la más terrible de las maldiciones que pesan sobre la mujer: la prostitución.

La mujer, a la que invitamos a que luche por la gran causa de la liberación de los trabajadores, tiene que saber que en el nuevo Estado no habrá motivo alguno para separaciones mezquinas, como ocurre ahora.

"Estos son mis hijos. Ellos son los únicos a quienes debo toda mi atención maternal, todo mi afecto; éstos son hijos tuyos; son los hijos del vecino. No tengo nada que ver con ellos. Tengo bastante con los míos propios".

Desde ahora, la madre obrera que tenga plena conciencia de su función social, se elevará a tal extremo que llegará a no establecer diferencias entre "los tuyos y los míos"; tendrá que recordar siempre que desde ahora no habrá más que "nuestros" hijos, los del Estado Comunista, posesión común de todos los trabajadores.

La igualdad social del hombre y la mujer

El Estado de los Trabajadores tiene necesidad de una nueva forma de relación entre los sexos. El cariño estrecho y exclusivista de la madre por sus hijos tiene que ampliarse hasta dar cabida a todos los niños de la gran familia proletaria.

En vez del matrimonio indisoluble, basado en la servidumbre de la mujer, veremos nacer la unión libre fortificada por el amor y el respeto mutuo de dos miembros del Estado Obrero, iguales en sus derechos y en sus obligaciones.

En vez de la familia de tipo individual y egoísta, se levantará una gran familia universal de trabajadores, en la cual todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo obreros y camaradas. Estas serán las relaciones entre hombres y mujeres en la Sociedad Comunista de mañana. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del llamado amor libre, ennoblecido por una verdadera igualdad social entre compañeros, goces que son desconocidos en la sociedad comercial del régimen capitalista.

¡Abrid paso a la existencia de una infancia robusta y sana; abrid paso a una juventud vigorosa que ame la vida con todas sus alegrías, una juventud libre en sus sentimientos y en sus afectos!

Esta es la consigna de la Sociedad Comunista. En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor, hacemos un llamamiento a todas las mujeres trabajadoras, a todos los hombres trabajadores, mujeres campesinas y campesinos para que resueltamente y llenos de fe se entreguen al trabajo de reconstrucción de la sociedad humana para hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar al individuo la felicidad a que tiene derecho.

La bandera roja de la revolución social que ondeará después de Rusia en otros países del mundo proclama que no está lejos el momento en el que podamos gozar del cielo en la tierra, a lo que la humanidad aspira desde hace siglos.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1918/001.htm>

Alexandra Kollontai

Los primeros pasos hacia la protección de la maternidad

Escrito: En 1918.

Traducción al castellano: Por Camila Perez, 2019.

Esta edición: Marxists Internet Archive, abril 2019.

La idea de crear un Departamento para la Protección de Madres y Niños surgió al calor de las batallas de octubre. Los principios básicos que subyacen el trabajo de este departamento, y los estatutos relacionados al cuidado de madres y embarazadas, fueron redactados en la primera conferencia de mujeres trabajadoras, realizada inmediatamente después de la Revolución.[\[1\]](#)

Dicha conferencia fue convocada producto de mi sugerencia como miembro del Comité Central, y formamos un grupo de mujeres bolcheviques que se hicieron cargo de editar la revista *Rabotnitsa*[\[2\]](#). Esta primera conferencia de representantes de las obreras industriales realizada en Rusia tuvo la tarea de juntar a las masas de mujeres trabajadoras que se unieron de manera espontánea a la revolución, apoyando a los Soviets y a los bolcheviques. La conferencia fue presenciada por más de 500 delegadas de las diferentes fábricas y plantas industriales de Petrogrado. También hubo algunas delegadas de Moscú, Ivanovo-Voznesensk, Tula y Kaluga.

La preparación de la conferencia estuvo atravesada por un enorme entusiasmo y evocó un gran interés y la respuesta positiva de masas de obreras, que ya tenían su propio grupo de trabajadoras alrededor de la revista *Rabotnitsa* y su corazón - Klavdia Nikolayeva y Konkordia Samoilova.

En la conferencia fueron presentadas y adoptadas las principales demandas de las trabajadoras bolcheviques. Entre estas demandas se destacó la protección y la provisión de la maternidad. En un edificio modesto, en Bolotnaya St., en medio de la Revolución de octubre, cuando los alrededores de Petrogrado todavía no estaban

completamente despejadas de las tropas del Gobierno Provisional, cuando algo que se asemejaba a un gobierno de Mencheviques y Socialistas-Revolucionarios todavía estaba asentado en la ciudad de la Duma en Petrogrado, las mujeres trabajadoras participaban de debates entusiastas en torno a las medidas que el gobierno soviético debía introducir de manera inmediata para el cuidado de las madres y de sus bebés.

El 6 de noviembre de 1917, di un discurso sobre la protección de la maternidad en mi rol de integrante del Comité Central del Partido y de secretaria del grupo líder de mujeres trabajadoras. Mis tesis fueron tomadas como base para la discusión. Las obreras acudieron a las conferencia escuchando atentamente mi documento y poniéndose activas a la hora de discutir y elaborar las tesis. Las mismas fueron tomadas como una guía por el Comisariado del Pueblo para el Bienestar Social y el Comisariado del Trabajo, y posteriormente el Departamento de Seguridad Social.

Si la legislación de la protección y provisión de la maternidad que rige actualmente es similar a las tesis que fueron adoptadas en la primera conferencia de mujeres trabajadoras, es claro que fueron precisamente las aspiraciones expresadas en dicha conferencia las que se utilizaron como base para la legislación soviética en esta área.

Debería notarse, por lo tanto, que la iniciativa en la cuestión de la protección y la provisión de la maternidad y la niñez provino de las mismas obreras. Actualmente, muy pocas mujeres participan activamente en los soviets. Pero desde los primeros días luego de la toma del poder, las mismas contribuyeron constructivamente al trabajo de los Soviets en lo que respecta a aligerar la carga de la maternidad para las mujeres.

Las medidas para la protección y la provisión de la maternidad fueron desenvueltas durante los primeros meses del gobierno soviético por dos Comisariados del Pueblo: Comisariado del Pueblo para el Bienestar Social y el Comisariado del Trabajo. El segundo elaboró una serie de medidas en lo que atañe a la legislación social. El Comisariado del Pueblo llevó adelante las medidas designadas para las madres.

La primera tarea del Comisariado del Pueblo para el Bienestar Social fue mantener y refaccionar las casas de niños de Petrogrado y de Moscú para convertir estas “fábricas de ángeles” en hogares para madres y chicos.

El Comisariado del Pueblo también tomó control de todas las guarderías existentes, centros de consulta y casas de niños (que eran muy pocas) que fueron fundadas antes de la revolución por organizaciones de caridad.

Para tomar posesión de estas instituciones y ponerlos en línea con la política soviética, el Comisariado del Pueblo para el Bienestar Social formó una sección de investigación social cuyos miembros incluían un enorme número de trabajadoras de fábricas. Su primera tarea fue investigar todas las instituciones cuyo trabajo estuviera relacionado a la protección de la maternidad y la niñez y lidiar con el sabotaje abierto de sus administradores.

En diciembre de 1917, seis semanas después de que el poder pasara a manos del proletariado, quedó claro que el Comisariado del Pueblo requería un centro especial que se dedicara a supervisar el trabajo realizado para la protección de madres y niños para poder hacerse cargo de la creciente demanda y la carga en este sector.

El 31 de diciembre de 1917, el Comisariado del Pueblo emitió un decreto para la creación de una junta cuya tarea fue crear un Departamento para la Protección de Madres y Niños. El Doctor Korolyov fue colocado en la dirección de este departamento y como presidencia de la junta quedó el Comisariado del Pueblo para el Bienestar Social.

El gobierno soviético es el primer gobierno del mundo en oficializar y reconocer la maternidad como una de las funciones sociales de las mujeres y basándose en el mismo hecho de que en la república de trabajadores las mujeres siempre tendrán esta labor particular con la sociedad (la obligación de cargar y criar niños) hemos dado al problema de la maternidad este nuevo enfoque.

Durante los primeros meses del poder soviético, el Comisariado del Pueblo se concentró en la organización y el reorganización de las

instituciones que pueden ayudar a aligerar la carga de la maternidad y combatir la alta tasa de mortalidad infantil.

Con el decreto emitido el 20 de enero de 1918, el Comisariado del Pueblo por el Bienestar del Estado comenzó a ordenar y reorganizar los hospitales especializados en la maternidad. El decreto ordenó que dichos hospitales y todos los centros e institutos de ginecología y obstetricia fueran transferidos al Departamento de Protección de Madres y Niños. El decreto también ordenó que los servicios médicos para las futuras madres fueran organizados bajo tres principios primordiales: 1) la asistencia médica debe estar a disposición de todas las madres necesitadas, las puertas de los hospitales especializados en maternidad deben estar abiertas precisamente para los sectores de mujeres más pobres – trabajadoras y campesinas; 2) los médicos deben recibir un salario estatal, así quedarán abolidas las ventajas gozadas por las mujeres más adineradas, capaces de pagar a un doctor por sus servicios, ya que debe quedar finalizada la desigualdad entre las futuras madres y madres lactantes pobres y las que no lo son; 3) mujeres embarazadas y madres lactantes, especialmente las pobres, deben estar protegidas frente a la visión que las colocaba en el lugar de “sacrificios para la ciencia” con quienes las parteras y estudiantes jóvenes ganaban práctica. Nadie, según el decreto, tiene el derecho de ver a una mujer que atraviesa el sagrado pero doloroso deber cívico de la maternidad como un “sacrificio para la ciencia”. El decreto también reemplazó los cursos para parteras de un año con cursos de dos años, estando permitida la práctica solo en el segundo año.

El siguiente paso impulsado por la junta de la protección de madres y niños fue juntar en una sola organización estatal todas las instituciones a cargo de madres y niños en el período pre y post natal y todas las instituciones involucradas en el cuidado de la niñez, desde los hogares de niños hasta las guarderías. El decreto redactado por el Comisariado del Pueblo el 31 de Enero de 1918 ordenó al Departamento de Protección de Madres y Niños crear una red de instituciones que traerían a la República Soviética ciudadanos sanos y fuertes espiritual y físicamente. El mismo decreto ordenó la creación de un modelo de Palacio de la Maternidad y la reconversión de todos

los hospitales especializados en maternidad y hogares de niños en Moscú y Petrogrado en una institución generalizada nombrada como “El Instituto de Niños de Moscú” y “El Instituto de Niños de Petrogrado”. Los hogares de niños fueron renombrados como palacios de niños.

El creciente conocimiento de la actividad emprendida por el Departamento de Protección de Madres y Niños y la responsabilidad entusiasta que esta actividad causó entre las trabajadoras obligó al Comisariado del Pueblo a ampliar la composición de la junta de dicho departamento para incluir a hombres y mujeres representantes de sindicatos, del sistema de salud, del distrito de los Soviets de Petrogrado y de la junta editorial de la revista Rabotnitsa.

Por un decreto emitido el 31 de enero, la junta fue reorganizada como una comisión cuya actividad fue aspirar a tres principios básicos: 1) la protección de los niños y la reducción de la mortalidad infantil; 2) la educación de los niños en una atmósfera que corresponda al concepto de familia socialista (la organización de hogares de madres y bebés, sentando las bases para la educación social desde los primeros días de vida de los niños); 3) la creación de un ambiente saludable en el que los niños puedan desarrollarse física y espiritualmente.

En Enero de 1918, antes de que el decreto fuera publicado, el Departamento para la Protección de Madres y Niños emprendió la tarea de organizar un Palacio para la Protección de Madres y Niños, que debía comprender: un Palacio para Niños (antiguo hogar de niños) y un Palacio para la Maternidad (antiguo instituto de ginecología y obstetricia de Petrogrado). A partir de los planes elaborados por la Comisión para la Protección de Madres y Niños y del Departamento, el Palacio para la Protección de Madres y Niños iba a incluir un museo dedicado a la protección de los mismos (una idea brillantemente llevada a cabo, luego, por V.P. Lebedeva en forma de exposición acerca de la protección de madres y niños), guarderías ejemplares, centros de consulta, un dispensario de comida para bebés, un centro de adopción... El antiguo Instituto Nikolayevsky, que resultó ser adecuado para este fin, fue elegido para dar lugar a este nuevo Palacio.

NOTAS

[1] Referencia a la conferencia de mujeres trabajadoras de Petrogrado, llevada adelante del 12 al 15 de noviembre de 1917. Esta fue la primera conferencia de trabajadoras independientes convocada por iniciativa de los bolcheviques. La conferencia discutió el tema de la Asamblea Constituyente, la actividad de auto administración de la ciudad, las tareas frente al movimiento de mujeres y la situación de las provincias.

[2] *Rabotnitsa* (Mujer Trabajadora) una revista bolchevique y el órgano de prensa del Comité Central del Partido socialdemócrata ruso, fundada por iniciativa de Lenin. Fue publicada en San Petersburgo desde el 23 de febrero (8 de marzo) al 26 de junio (9 de julio) de 1914 y su publicación fue retomada en mayo de 1917, continuada hasta enero de 1918

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1918/002.htm>

Alexandra Kollontai

Prólogo a La lucha de las trabajadoras por sus derechos

1 de diciembre de 1918

(Versión al castellano de Ana Armand desde “Avant-propos à La lutte des travailleuses pour leurs droits”, en Alexandra Kollontai–Les auteurs marxistes en langue française –MIA)

Este folleto no es nuevo, es una reimpresión de mis artículos publicados antes de la guerra. Pero la cuestión de la organización planteada en el Congreso de Trabajadoras pone al orden del día de nuestro equipo de trabajo un medio de agitación entre la masa de mujeres trabajadoras para atraerlas al partido y, así, preparar nuevas fuerzas para los comunistas en Rusia.

Dado que sufrimos una cruel falta de material, este folleto puede ayudar a nuestras camaradas, que ahora participan en la organización de la Comisión de Agitación y Propaganda entre las Mujeres, ofreciéndoles acceso a la información sobre la historia del movimiento socialista de las mujeres trabajadoras, qué se ha hecho y cómo en el campo de la organización de las mujeres proletarias en otros países. La escasez de nuestra literatura política sobre este tema específico me obliga a aceptar la reedición apresurada de mis artículos anteriores, sin poderlos reelaborar. La guerra y la revolución mundial trajeron importantes cambios en el carácter y la forma de los movimientos obreros “comunistas”; el tipo ideal de partido alemán, adaptado exclusivamente a la acción parlamentaria pacífica, ha dejado de regir como modelo para nosotros. La lucha revolucionaria generó nuevos problemas, nuevos métodos de lucha y trabajo. La guerra y la revolución sacudieron lo que parecían ser los cimientos más estables de la vida. La posición de las mujeres también cambió ante nuestros ojos.

Hasta la guerra, el proceso por el cual las mujeres se establecían en la economía popular se había ejecutado a un ritmo mucho más lento de lo que lo ha hecho en los últimos cuatro años y medio de desarrollo y crecimiento febrilmente rápido de la fuerza de trabajo

femenina en todos los campos de la vida industrial. La familia tradicional también parecía firme e inquebrantable, y el partido tenía que luchar contra su modo de vida y sus tradiciones siempre que obstaculizaban a la mujer trabajadora en la lucha de clases. El hecho de que las tareas domésticas estaban desapareciendo y se estaba produciendo la transición a la educación pública de los niños, este hecho hizo que los problemas prácticos y de la vida cotidiana no parecieran tan maduros hoy en día, sino que se convirtieran en una tendencia “histórica”, en un proceso largo. Las expectativas de las trabajadoras se acentúan más en la esfera económica (desigualdad de salario entre hombres y mujeres) y en la esfera política (falta de derechos de voto y desigualdad en la ciudadanía).

Esta desigualdad, por razones políticas y económicas, así como el sometimiento de la mujer a su familia y al mantenimiento del hogar, ha creado una división psicológica entre el hombre y la mujer, y requiere el crecimiento de esas organizaciones independientes de trabajadores de ambos sexos que han surgido en todos los países junto con los partidos socialistas, en forma de sociedades o sindicatos de trabajadores de ambos sexos, clubes, etc. Los partidos socialistas más activos se han dedicado a actividades de propaganda entre las mujeres trabajadoras [...].

Pero sólo un cambio radical en toda la existencia de la mujer trabajadora, en su hogar y en su vida familiar, así como la adquisición de un estatuto de igual con el hombre en el derecho civil, eliminará de una vez por todas las barreras que impiden a la mujer trabajadora mover sus fuerzas libremente en la lucha de clases.

La guerra ha impulsado una ruptura radical en la posición social de la mujer y la revolución debe realizar esa tarea. La guerra llevó a la “niñera” al frente; el 90% de las mujeres se vieron obligadas a mantenerse a sí mismas y a sus hijos. El problema se está agudizando: ¿qué hacer con los hijos de todos esos millones de mujeres que tuvieron que pasar la mayor parte del día preparando equipos militares (granadas, proyectiles y balas)? En este sentido debe de plantearse el interrogante y no como una cuestión teórica o algo deseable para un futuro lejano, es decir como una medida concreta: seguro del estado para la maternidad y la infancia. Los

gobiernos de la clase capitalista se han visto obligados a preocuparse por la difícil situación de los hijos de los soldados y, a regañadientes y de mala gana, han creado una situación en la que el cuidado de los niños es responsabilidad del estado.

La partida a la guerra de los maridos y prometidos, el miedo de la mujer sobre el destino de su amado, favoreció naturalmente el aumento del número de niños nacidos fuera del matrimonio. Bajo la presión de la guerra, una vez más, el estado capitalista burgués se vio obligado a darse un golpe a sí mismo y dañar uno de sus derechos más sagrados (el de las prerrogativas del matrimonio legal). Ha obligado a sus soldados a establecer la igualdad ante la ley para las madres e hijos extramatrimoniales. Alemania, Francia e Inglaterra se vieron finalmente forzadas a este acto revolucionario.

La guerra no sólo perturbó la santidad y estabilidad del indisoluble matrimonio religioso, sino que también afectó a otro de los fundamentos de la familia tradicional. El aumento de los precios, las colas que agotan al ama de casa, los retrasos en la entrega de los suministros, todo esto llevó a una situación en la que las mujeres se apresuraron a prescindir del hogar doméstico, prefiriendo utilizar las instalaciones comunales.

La labor de demoler la esclavitud social de la mujer, como se llamaba entonces, se llevó a cabo a través de la gran revolución obrera. Las mujeres obreras y campesinas participaron en la gran lucha de liberación en igualdad de condiciones con los hombres. Las especializaciones destinadas al sexo femenino disminuyeron pues la estructura social se basaba en sus dos pilares, la propiedad privada y el gobierno de clase. El gran fuego de la insurrección del proletariado mundial llamó a las mujeres a dejar sus moldes de pasteles y entrar en la arena de las barricadas, en la lucha por la libertad. La mujer dejó de sentirse segura en su propia casa, junto a la cuna, cuando las balas silbaron en todo su alrededor y, oh sorpresa, escuchó el grito de los trabajadores en lucha: “¡A las armas, camaradas! ¡Todos aquellos que aprecian la libertad, que han aprendido a odiar las cadenas de la esclavitud y la privación de los derechos civiles! ¡Trabajadores, mujeres, junto a nosotros: alas armas!”

La revolución enseñó a las trabajadoras los grandes movimientos de masas, la lucha por la realización del comunismo. La revolución en Rusia logró la plena igualdad política y ciudadana para las mujeres. La revolución satisfizo las demandas de las mujeres trabajadoras de todos los países: igual salario por igual trabajo. La revolución hizo imposible que las mujeres dependieran de sus familias. La revolución también abolió las viejas formas de movimientos obreros marcados por la era del régimen parlamentario pacífico. Estamos separados del período de la Segunda Internacional no sólo por cuatro años, sino también por todo un cambio en el campo de las relaciones sociales y económicas.

Y desde este punto de vista, la mayoría de los artículos publicados aquí están actualizados. Pero el tema principal no está actualizado. Todavía está muy vivo. El tema fundamental que he tratado de enhebrar a través de estos artículos es la necesidad de un trabajo específico dentro del proletariado femenino, distinto dentro del marco del partido, y la creación en el partido de algo específico (una comisión, un buró o un grupo) con este fin.

Por muy profundos que sean los cambios en la vida y la estructura económica de nuestro país provocados por la guerra y la revolución, por muy lejos que haya avanzado la Rusia soviética en el camino hacia el comunismo, todavía no se ha erradicado el legado del orden capitalista, las condiciones de vida, el modo de vida de la familia trabajadora, las tradiciones que mantienen cautivo el espíritu de la mujer, la servidumbre de las tareas domésticas: todos estos factores todavía no han desaparecido. Y en la medida en que siguen vigentes todos los factores que impidieron a las mujeres de la clase obrera participar activamente en el movimiento de liberación del proletariado antes de la guerra, en la medida en que hoy el partido debe tener en cuenta tanto el atraso político de las mujeres como la servidumbre de las mujeres trabajadoras hacia sus familias, en la medida de todo eso, es más urgente y necesario que nunca un trabajo intensivo en el seno del proletariado femenino, con la ayuda de una estructura del partido creada específicamente para este fin.

La creación de una comisión para la agitación y la propaganda entre las mujeres trabajadoras del centro y de las provincias acelerará sin

duda este trabajo. Hubo un tiempo en que la idea de un trabajo especializado dentro del partido, que yo defendía ya en 1906, encontró oposición incluso entre mis propios camaradas. Pero ahora, después de las decisiones del Congreso de Mujeres Trabajadoras de toda Rusia, aprobadas por el partido, todo lo que queda es ponerlas en práctica. Nuestro partido no cuenta con un movimiento de mujeres, sindicatos independientes o sociedades de mujeres trabajadoras, pero nunca ha negado la eficacia de la división del trabajo dentro del partido y el establecimiento de sectores especializados para aumentar sus miembros o profundizar su influencia entre las masas.

En la actualidad, la Rusia soviética necesita muchas fuerzas nuevas tanto en la lucha contra el enemigo como en la construcción de la sociedad comunista. Construir y educar estas fuerzas de varios millones de mujeres trabajadoras: esas son las tareas de la Comisión del Partido para la Agitación y la Propaganda entre Mujeres.

Espero que este folleto pueda ofrecer algunos consejos a aquellas de mis camaradas que tengan la intención de dedicarse más particularmente al trabajo en el seno del proletariado femenino. Confío en que de él deriven la seguridad de que, al hacerse cargo de este difícil y a veces ingrato trabajo, no están sirviendo a la idea de una “especialización” de la mujer, de una empresa estrictamente femenina, sino a la tarea de construir un partido de los trabajadores del mundo entero, unido y fuerte, realización ante nuestros ojos del nuevo mundo del comunismo internacional.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1918/1918-12-01-prologo-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

¿Por qué luchamos?

7 de mayo de 1919

(Versión al castellano de Ana Armand desde "What Are We Fighting For?", en Alexandra Kollontai—Marxists Internet Archive)

Es este un interrogante que perturba a muchos, es la pregunta a la que se enfrentan el Ejército Rojo y los obreros y que preocupa a los campesinos. Hace dos años ¿acaso no nos convocaron los comunistas bolcheviques en nombre de la paz? ¿Por qué continúa la guerra? ¿Por qué nos movilizan una vez más y nos envían al frente?

Para responder a esta pregunta hay que entender lo que ocurre a nuestro alrededor, los acontecimientos que se están desarrollando. Tan pronto como los obreros y campesinos tomaron el poder en sus manos, en octubre de 1917, ofrecieron honesta y abiertamente la paz a todos los pueblos. Sin embargo, los obreros de los demás países eran todavía demasiado débiles, y los capitalistas depredadores eran todavía lo suficientemente fuertes como para continuar la guerra. En marzo de 1918, el gobierno soviético, deseoso de alcanzar la paz, firmó con Alemania el desventajoso y oneroso Tratado de Paz de Brest-Litovsk para devolver al labrador al campo, al trabajador a su torno, para salvar la vida de sus ciudadanos libres.

Sin embargo, los depredadores imperialistas no temen a la sangre, y no dan ningún valor a la vida humana. Necesitaban la guerra y por eso la burguesía de todos los países llevaba a cabo desde el exterior repetidos ataques contra la Rusia y la Ucrania soviéticas, mientras que en el interior del país alentaba la acción de los kulaks contra los obreros y los campesinos. Tomó forma un nuevo frente de batalla que no era el de los rusos contra los alemanes o los ucranianos contra los aliados, sino el de los "rojos" contra los "blancos", es decir, los obreros contra la burguesía.

¿Qué podía hacer el pueblo? ¿Acaso debería decir: estamos en contra de la guerra, estamos a favor de la paz, y, por lo tanto, si los Kolchak, Denikin y Krasnovnos atacan, ¿no tomaremos las armas!? ¿Nos da lo mismo que el capital norteamericano, alemán o ruso nos gobierne una vez más e introduzca entre nosotros el sistema que más le convenga?

Por supuesto que ningún soldado, obrero o campesino del Ejército Rojo que cuente con una mente racional diría algo así.

El campesino pronto se da cuenta de que, si regresa Skoropadsky, junto con los sacerdotes y los terratenientes, ¡será el adiós a la tierra y a la libertad! Una vez más deberá quitarse la gorra ante el policía del pueblo y morirá de hambre mientras los graneros de los terratenientes se llenan de granos de oro.

El obrero comprende que la vuelta al poder de la burguesía significará la vuelta a la falta de derechos, a la explotación del trabajo, la abolición de la jornada laboral de 8 horas y del seguro de paro, que llevará a la expulsión de los obreros de sus luminosas y saneadas viviendas para volverlos a lanzar a los húmedos sótanos. Significaría el regreso a la esclavitud del trabajo asalariado.

El soldado del Ejército Rojo recordaría el régimen carcelario de los cuarteles zaristas, los golpes de los oficiales, los insultos y abusos de los comandantes del viejo orden, la carne podrida para la cena, los robos de los superintendentes militares, y sus manos buscarían instintivamente su fusil protector.

Todo el pueblo trabajador en su conjunto no puede dejar de comprender que ahora la cuestión es si los campesinos y los obreros deben ser los amos de Rusia y Ucrania, o si los sacerdotes, terratenientes y capitalistas deben volver y colgarse una vez más como una piedra de molino alrededor del cuello del pueblo.¡

Esto no es la guerra, sino el pueblo trabajador que se levanta en defensa de sus derechos, de su libertad y de su misma vida!

No luchamos para anexarnos nuevas tierras o para esclavizar o saquear a otro pueblo, sino para salvaguardarnos de los depredadores capitalistas. Luchamos para asegurar al campesino y a

sus hijos la posibilidad de cultivar pacíficamente la tierra, para ofrecerle al obrero la posibilidad no sólo de trabajar en una fábrica o planta, sino de participar él mismo en la organización de la producción, distribuyendo él mismo la riqueza nacional de tal manera que cada uno reciba lo que le corresponde, en lugar de que un hombre lo reciba todo simplemente porque es capitalista y, así, se lleve la mayor parte de la riqueza nacional.

Luchamos para defender el derecho de los obreros y campesinos a dirigir su propia patria. Luchamos para proteger al pueblo contra la posible vuelta de la hambruna y la subida de precios. Luchamos para crear una república fraternal internacional y unida de obreros y campesinos, para destruir a los propietarios privados y a los ricos depredadores, y para poner fin a la guerra de una vez por todas.

Nuestra guerra (la guerra de los rojos contra los blancos) es la revuelta de los oprimidos contra los responsables del derramamiento de sangre. Nuestro grito es y seguirá siendo “¡Guerra a la guerra! ¡En nombre de todos los obreros: larga vida al trabajo productivo y pacífico!

Boletín del Sóviet de Járkov y del
Comité Ejecutivo Provincial del Sóviet
de Diputados Obreros, Campesinos y
del Ejército Rojo
7 de mayo de 1919

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1919/1919-05-07-porqueluchamos-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

Sobre la historia del movimiento de mujeres trabajadoras en Rusia

Escrito: En 1919.

Historial de publicación: Publicado por vez primera, según tenemos entendido, en *K istorii dvizheniia rabotnits v rossii* (Kharkov, 1920), p. 311.

Traducción al castellano: Por Camila Pérez, 2019; desde

<https://www.marxists.org/archive/kollonta/1919/history.htm>

Esta edición: Marxists Internet Archive, abril 2019.

¿Qué año podríamos decir que fue el año en que comenzó a formarse el movimiento de mujeres en Rusia? En su esencia natural, el movimiento de mujeres trabajadoras se halla vinculado al movimiento obrero en su conjunto, como un todo inseparable. Las trabajadoras, como parte del proletariado, como parte de una clase que venden su fuerza de trabajo, se sumaron a la lucha obrera cada vez que debieron defenderse frente a la violación de sus derechos, participaron juntos y en igualdad de condiciones con los trabajadores en todos los levantamientos obreros, en todas las revueltas, tan odiadas por el zarismo, que se realizaban en las fábricas.

Por estas razones, el surgimiento del movimiento de mujeres en Rusia coincide con los primeros signos de la toma de conciencia de clase entre el proletariado ruso y con sus primeros intentos, por medio de la presión combinada que regía sobre ellos, con las primeras huelgas, que fueron para lograr condiciones de vida más tolerables, menos humillantes y miserables.

Las trabajadoras formaron parte activamente en las revueltas obreras en la fábrica de Krenholm en 1872 y en la textil de Lazeryev en Moscú en 1874. También participaron en la huelga de 1878 en la planta de nuevo hilado de algodón en Petrogrado y lideraron la huelga de tejedoras en la tan conocida manifestación obrera en Orekhovo-Zuyevo. Como resultado, el gobierno zarista se vio obligado a acelerar la legislación que prohibiría el trabajo nocturno para mujeres y niños, que entró en vigor el 3 de junio de 1885.

Es necesario señalar que la oleada de huelgas espontáneas que sacudieron al proletariado ruso en la década de 1870 y durante los primeros años de la década de 1880 se sintió fundamentalmente en la industria textil, de la cual la mayor parte de su fuerza de trabajo se compone por la mano de obra femenina. Las revueltas producidas durante estos años se basaron en razones puramente relacionadas a la necesidad económica, provocada por la desocupación y la crisis continua en la industria del algodón. Sin embargo, ¿no es llamativo que estas “chicas de fábrica”, oprimidas y sin derechos, políticamente ignorantes, despreciadas incluso por el sector femenino de la burguesía y retenidas por las campesinas que se aferraban a las viejas tradiciones, estuvieran al frente de la lucha por las reivindicaciones de la clase obrera, por la emancipación de las mujeres? La propia crueldad que atravesaba las condiciones de vida obligaba a las trabajadoras de las fábricas a oponerse abiertamente al poder de sus jefes y la esclavitud del capital. De todas formas, en la lucha por sus derechos y por los intereses de su clase, las trabajadoras estaban inconscientemente también preparando la batalla por la emancipación de las mujeres frente a las cadenas que las atan particularmente y que crean la desigualdad de condiciones entre hombres y mujeres, incluso entre la clase obrera.

Durante las intensas revueltas posteriores, en la mitad y el final de la década de 1890, las trabajadoras nuevamente participaron de manera muy activa. La lucha llevada adelante en Yaroslavl en abril de 1895 recibió un enorme apoyo de las tejedoras. No existieron mujeres trabajadoras que fueran menos activas que sus compañeros hombres durante las huelgas de 1894 y 1895 en San Petersburgo. Cuando en el verano de 1896 San Petersburgo se convirtió en el escenario de la histórica huelga de trabajadores textiles, las tejedoras sin dudar lo salieron de los talleres junto con sus compañeros. ¿Cuál es la diferencia si en sus hogares los niños están hambrientos y a la espera de sus madres? ¿Cuál es la diferencia si aquellas huelgas traen consigo amenazas de despido, de exilio o de prisión? ¡La causa común de nuestra clase es mucho más importante, mucho más sagrada que el instinto maternal, la preocupación por la familia, por el bienestar personal y familiar!

En el momento de los disturbios y las huelgas, las trabajadoras, oprimidas, calladas, sin derechos, se levantaron y se volvieron igual de luchadoras que sus compañeros. Esta transformación toma lugar inconscientemente, espontáneamente, pero es importante y significativa. Este es el camino a través del cual el movimiento de trabajadores está llevando a las mujeres trabajadoras hacia su liberación, no solo como quienes venden su fuerza de trabajo sino también como mujeres, esposas, madres y amas de casa.

Hacia el final de la década de 1890 y el comienzo del siglo XX hubo una cantidad de levantamientos y huelgas en fábricas en las que la mayor parte de su mano de obra eran mujeres: las fábricas de procesamiento de tabaco (Shanshai), las plantas de hilado y tejido (Maxwell) en Petrogrado, etc. La clase obrera en Rusia gana fuerza, se organiza, toma forma. Y también lo hace entre las mujeres proletarias.

No obstante, hasta el año crucial de la primera revolución en Rusia el movimiento era básicamente de naturaleza económica. Las consignas políticas debían elaborarse de una forma solapada. Un instinto de clase impulsaba a las trabajadoras a apoyar las huelgas y frecuentemente las mismas mujeres organizaban y llevaban adelante revueltas en las fábricas. Sin embargo, tan pronto pasó la ola de huelgas, tan pronto los trabajadores volvieron a sus lugares de trabajo, victoriosos o derrotados, que las obreras estaban otra vez alejadas unas de las otras, todavía sin conciencia de la necesidad de organizarse, del contacto constante de camaradería. La vasta cantidad de objetivos del partido de trabajadores socialistas no se habían apoderado todavía de la mujer trabajadora, y ella permaneció inmutable a las consignas políticas universales. La vida dirigida por seis millones de proletarias en Rusia a principios del siglo XX era aún muy oscura y su existencia yacía entre el hambre, la privación y la humillación. Una jornada laboral de doce horas, o en el mejor de los casos de once horas, un salario de hambre de 12 a 15 rublos por mes, el alojamiento en barracones abarrotados, la ausencia de cualquier tipo de asistencia por parte del Estado o la sociedad en caso de enfermedad, embarazo o desempleo, la imposibilidad de organizar formas de auto-ayuda dada la persecución del gobierno del zar hacia cualquier forma de organización de los trabajadores – esas

eran las condiciones en las que se hallaban las mujeres trabajadoras. Sus espaldas se doblaban con el peso intolerable de la opresión y su alma, aterrorizada por el espectro de la pobreza y el hambre, rechazaba creer en un futuro mejor y en la posibilidad de luchar para terminar con el yugo del zarismo y el capital.

A principios del siglo XX, las trabajadoras evitaban la lucha política y revolucionaria. El movimiento socialista en Rusia puede, ciertamente, estar orgulloso de las heroicas mujeres que, por su enérgico trabajo, ayudaron a consolidar y preparar el camino para la explosión revolucionaria que se llevó a cabo en los años posteriores. Sin embargo, ninguna de estas mujeres, desde las primeras socialistas como Sofía Bardina o las hermanas Leshern, llenas de encanto y belleza interior, o como la férrea Sofía Perovskaya, eran representantes del proletariado femenino. En la mayoría de los casos, estas eran las jóvenes a las que Turgenev dedicó su poema “El umbral”, chicas de un sector adinerado, aristócrata, que dejaron sus hogares, rompieron con su pasado próspero y fueron con el pueblo para difundir la propaganda revolucionaria y luchar contra las injusticias sociales, redimiendo los “pecados de sus padres”. Mucho más tarde, hacia la década de 1890 y a comienzos del siglo XX, cuando el marxismo ya había echado raíces profundas en el movimiento de trabajadores de Rusia, el número de mujeres obreras involucradas en el mismo era muy pequeño. Las mujeres que eran miembros activas de las organizaciones clandestinas en esos años no eran mujeres trabajadoras sino de la intelligentsia – estudiantes, docentes, asistentes médicas y escritoras. No era común encontrar una “mujer de fábrica” en una reunión ilegal. Tampoco fueron las mujeres trabajadoras las que asistieron a las clases de domingo por la tarde celebradas en las afueras de Petrogrado, el único método legal en ese entonces para difundir, bajo el disfraz inocente de la geografía o aritmética, las ideas del marxismo y el socialismo científico entre las masas trabajadoras. Las obreras todavía peleaban por la vida, evadiendo el combate... aún creían que su lugar era con los hornos, los lavaderos y las cunas.

La revolución de 1905

La imagen cambió radicalmente desde el momento en que el fantasma rojo de la revolución por primera vez eclipsó a Rusia con sus alas ardientes. El año revolucionario de 1905 se sintió fuertemente en las masas obreras. Los trabajadores rusos sintieron su fuerza por primera vez, por primera vez notaron que llevaban en sus espaldas toda la riqueza de su nación. Las mujeres proletarias rusas, las indiscutidas colaboradoras en todas las demostraciones políticas del proletariado en los años revolucionarios de 1905 y 1906, también se habían despertado. Se las encontraba en todas partes. Si queremos relatar los hechos de la participación de las masas de mujeres en el movimiento de la época, debemos enumerar todas las manifestaciones activas de protesta y de lucha llevadas a cabo por las trabajadoras, recordar todas las acciones desinteresadas emprendidas por las proletarias, la lealtad hacia sus ideales del socialismo, y luego podremos reconstruir escena por escena la historia entera de la revolución rusa de 1905.

Muchos todavía recuerdan esos años llenos de romanticismo. La imagen de la mujer trabajadora, todavía "incompleta" pero que ya se adentraba en la vida, que con sus ojos llenos de esperanza encendió el megáfono en enormes reuniones, atestada de entusiasmo, vive nuevamente en la memoria. Las caras de esas mujeres, cargadas de energía y de una resolución inquebrantable, pueden verse entre las filas de trabajadores durante la procesión en memoria de ese 9 de enero inolvidable, el domingo sangriento. El sol, excepcionalmente brillante para San Petersburgo, ilumina este desfile solemne y silencioso, realzando las caras de estas mujeres, numerosas entre la multitud. La pena por las ilusiones ingenuas y una confianza añiñada golpea a las mujeres; la mujer obrera, la mujer joven, la esposa trabajadora, es una figura común entre la enorme cantidad de víctimas de aquel día de enero. La consigna "huelga general" que va de taller en taller es tomada por estas mujeres, ayer todavía sin conciencia de clase, y obliga a algunas a salir por primera vez.

Las mujeres trabajadoras de las provincias no se quedaron detrás de sus camaradas de la capital. En los días de octubre, exhaustas por el trabajo y su dura existencia al borde de la inanición, las mujeres

dejaron las fábricas y en el nombre la causa común valientemente privan a sus hijos del último pedazo de pan... Con palabras simples y conmovedoras, las trabajadoras convencen a sus compañeros hombres para que ellos también abandonen sus lugares de trabajo; ella mantiene arriba el espíritu de aquellos que van a la huelga, llena de energía a aquellos que dudan... La mujer obrera luchó sin descanso, protestó, se sacrificó a si misma heroicamente por esa causa común, y cuanto más activa se volvió, más rápido se volvió el proceso que hizo despertar a su conciencia. La mujer trabajadora comenzó a tomar nota del mundo a su alrededor, de las injusticias producidas por el sistema capitalista. Se volvió más dolorosa y agudamente consciente de la amargura de sus sufrimientos y tristezas. Entre las demandas comunes del proletariado, uno puede oír más claramente las voces de las mujeres trabajadoras reclamando por sus reivindicaciones como tales. Al momento de las elecciones para la comisión de Shidlovsky en marzo de 1905, la negativa a la admisión de mujeres como delegadas obreras provocó murmullos de descontento: el sufrimiento y los sacrificios que ellas habían recientemente atravesado, habían acercado a los hombres y las mujeres de la clase obrera, poniéndolos en el mismo lugar. Parecía doblemente injusto, en ese momento, recurrir a la mujer luchadora y ciudadana y subrayar su falta de derechos. Cuando la comisión de Shidlovsky se rehusó a reconocer a la mujer que había sido elegida como una de los siete delegados de las textiles Shampsoniyevsky, las mujeres indignadas que representaban gran parte del trabajo textil decidieron presentar a la comisión la siguiente declaración: "Las diputadas representantes de las mujeres trabajadoras no tienen permiso para formar parte dentro de la comisión bajo su presidencia. Consideramos esa decisión una injusticia. Las mujeres trabajadoras somos mayoría en las fábricas de San Petersburgo. El número de mujeres que trabajan en hilanderías y fábricas de tejido aumenta cada año, porque los hombres se van a trabajar a fábricas que ofrecen mejores salarios. Nosotras, las mujeres trabajadoras, cargamos con lo más pesado del trabajo. Por nuestra impotencia y falta de derechos, somos menospreciadas por nuestros camaradas, y nos pagan menos. Cuando esta comisión fue anunciada, nuestros corazones se llenaron de esperanza; por fin

llegará el momento – pensamos – en que la mujer trabajadora en San Petersburgo será capaz de hablar claro a todo Rusia en nombre de sus compañeras obreras sobre la opresión y la humillación de la que los hombres trabajadores no tienen conocimiento. Y luego, cuando ya habíamos elegido a nuestras delegadas, nos informaron que solo los hombres pueden ocupar dicho cargo. Sin embargo, esperamos que esta no sea su decisión final...”.

El rechazo a otorgar a las mujeres el derecho de ser representadas y su expulsión de la vida política constituyó una injusticia evidente para todo el sector de la población femenina que cargó en sus espaldas la lucha por la liberación. Las trabajadoras asistieron reiteradas veces a reuniones preelectorales durante las campañas para la Primera y Segunda Duma, y protestaron fervorosamente contra la ley que les privó de cualquier voz en un asunto tan importante como la elección de representantes en el parlamento ruso. Hubo instancias, por ejemplo, en Moscú, cuando las trabajadoras fueron a reuniones con votantes, en las que interrumpieron las mismas para protestar ante la forma en que las elecciones estaban siendo llevadas adelante.

Las obreras tampoco eran ya indiferentes a que la falta de este derecho también mostraba el hecho de que, de las 40.000 peticiones dirigidas a la Primera y Segunda Duma demandando que los derechos electorales fueran extendidos a las mujeres, la mayoría eran mujeres de la clase obrera. La colecta de peticiones fue organizada por la Liga por la Igualdad de las Mujeres y otras organizaciones de las mujeres de la burguesía, y fue realizada en diferentes fábricas. El hecho de que las mujeres de la clase obrera hayan firmado animosamente esas peticiones diseñadas por burguesas, revela que la conciencia política de las trabajadoras solo acababa de despertar, que ellas recién estaban dando sus primeros pasos, todavía frenando a mitad de camino. Las trabajadoras estaban despertando de los arrebatos y falta de sus derechos políticos, pero todavía se hallaban incapaces de relacionar este hecho con la lucha común de su propia clase, eran incapaces de encontrar el camino correcto que podía dirigir a las proletarias a su total emancipación. La mujer trabajadora aceptó ingenuamente la mano que le tendió el feminismo burgués. Las sufragistas recurrieron a las mujeres

trabajadoras esperando llevar a las mismas hacia su lado, obteniendo su apoyo y organizando a las mismas en un movimiento exclusivamente femenino, supuestamente sin clase pero esencialmente burgués. Sin embargo, el instinto de clase y la desconfianza hacia las “finas damas” salvó a las trabajadoras de ser atraídas al feminismo e impidió cualquier alianza larga o estable con las sufragistas burguesas.

Los años de 1905 y 1906 estuvieron atravesados por un largo número de reuniones de mujeres a las que las trabajadoras asistieron con entusiasmo. Las obreras escucharon atentamente a las sufragistas burguesas pero lo que las mismas ofrecían no satisfacía sus necesidades más urgentes, ligadas a la esclavitud del capital, y no evocaban ninguna respuesta sincera. Las mujeres de la clase obrera estaban exhaustas por el peso de condiciones laborales intolerables, el hambre y la inseguridad material de sus familias; sus demandas inmediatas eran: jornadas laborales más cortas, mejores salarios, una actitud más humana de parte de las administraciones de las fábricas, menos control policial, más libertad de acción. Todo esto era ajeno al feminismo burgués. Las sufragistas acercaron a las mujeres con aspiraciones y causas exclusivamente femeninas. No entendían la naturaleza de clase que emergía del movimiento de mujeres trabajadoras que estaba emergiendo. Estaban particularmente decepcionadas con las empleadas domésticas. Por iniciativa del feminismo burgués, las primeras reuniones de empleadas domésticas se llevaron a cabo en San Petersburgo y Moscú en 1905. Las empleadas domésticas respondieron ansiosamente a este llamado para “organizarse” y asistieron a las primeras reuniones en gran cantidad. Sin embargo, cuando la Liga por la Igualdad de las Mujeres intentó organizarse a su gusto, buscando una alianza mixta entre las señoritas empleadoras y las empleadas domésticas, las empleadas domésticas se separaron de las sufragistas y, para decepción de las damas burguesas, “se apresuraron a unirse al partido de su propia clase, organizándose en los sindicatos”. Ese es el estado de las cosas en Moscú, Vladimir, Penza, Kharkov y un vasto número de otras ciudades. El mismo destino corrieron los intentos de otra organización política de mujeres, aún más de derecha, el Partido de las Mujeres Progresistas,

que intentó organizar a las empleadas domésticas bajo el cuidado de sus jefas. El movimiento de empleadas domésticas fue más allá de los límites impuestos por las feministas. Mirando los periódicos de 1905 veremos que abundan en informes acerca de la acción directa de las empleadas domésticas, incluso en las regiones más recónditas de Rusia. Esta acción tomaba forma tanto de huelgas masivas como de manifestaciones callejeras. Las huelgas incluían cocineras, lavanderas y criadas; había huelgas de acuerdo a la profesión y otras que unificaban a todas las empleadas domésticas. Estas protestas se esparcieron de un lugar a otro. Los reclamos redactados por las mismas usualmente se limitaban a exigir jornadas laborales de 8 horas, salario mínimo, condiciones de vida más tolerables (una habitación separada) trato adecuado por parte de sus patrones, etc.

Este despertar político de las mujeres, además, no se limitó a las pobres de las ciudades. Desde el primer momento en Rusia, las campesinas rusas también alzaron su voz persistentemente. El final de 1904 y todo el año de 1905 es un período de continuas “rebeliones de enaguas”, provocadas por la guerra contra Japón. Todos los horrores, todos los males sociales y económicos que derivaron de esta guerra horrible, pesaron sobre cada campesina, esposa y madre. La confiscación de reservas colocó una doble carga de trabajo y preocupación sobre sus hombros ya sobrecargados, y las obligó a ellas, que eran todavía temerosas a todo lo que estaba por fuera del círculo de sus intereses domésticos, a encontrarse cara a cara con fuerzas hostiles previamente siquiera sospechadas, y a tomar conciencia de toda la humillación y a agotar hasta la última gota de la copa de todas las injusticias inmerecidas... Las campesinas analfabetas y oprimidas dejaron sus casas y pueblos por primera vez para ir a la ciudad a presionar a las oficinas del gobierno en un intento por obtener noticias sobre sus esposos, hijos, padres, para pedir asistencia social y defender sus intereses... La total falta de derechos, que era la suerte de los campesinos, las mentiras y las injusticias del orden social existente se hallaban a la vista las campesinas... Ellas volvieron de la ciudad endurecidas, cargando en ellas amargura, odio y enojo... En el verano de 1905 toda una serie de “rebeliones de enaguas” irrumpieron en el sur. Llenas de ira y con una audacia sorprendente, las campesinas atacaron los cuarteles

militares y policiales donde se encontraban los reclutas del ejército y se llevaron a sus hombres a sus casas. Armadas con rastrillos, horcas y escobas, las campesinas echaron a los guardias armados de sus pueblos. Protestan a su manera contra la carga insoportable de la guerra. Están, por supuesto, detenidas y con castigos severos, pero las “rebeliones de enaguas” continúan. En sus protestas, la defensa de los intereses de los campesinos y de sus intereses puramente “femeninos” está tan entrelazada que no hay razones para dividirlos y clasificar a las “rebeliones de enaguas” como parte del “movimiento feminista”.

Después de las “demostraciones políticas” de las campesinas, viene una serie de “rebeliones de enaguas” en el terreno económico. Este es el período de agitación campesina y huelgas agrícolas. Las “enaguas” a veces iniciaban estos disturbios, llevando a los hombres detrás de ellas. Hubo casos en los que, al fallar el hecho de involucrar a los hombres, las mujeres marchaban solas a las casas solariegas para presentar sus demandas. Armándose con lo que tuvieran al alcance de sus manos, se adelantaron a los hombres para encontrarse con los destacamentos. Las campesinas oprimidas, oprimidas por siglos, de repente se volvieron figuras centrales en el drama político. Durante todo el período revolucionario las campesinas, que estaban siempre unidas a sus hombres, defendieron los intereses del campesinado, con un tacto sorprendente se refirieron a sus necesidades particulares, como mujeres, solo cuando eso ponía en peligro la causa del campesinado en su totalidad.

Esto no significa que las mujeres campesinas fueran indiferentes a sus necesidades como mujeres o que las ignoraran. Por el contrario, el emerger de las campesinas en la arena política, su participación masiva en la lucha, desarrolló y reforzó su conciencia como mujeres. Hacia noviembre, en 1905, las campesinas de la provincia de Voronezh enviaron a dos de sus delegadas al congreso de campesinos con instrucciones de la reunión de mujeres de demandar “derechos políticos” y “libertad” para las mujeres en cuanto a los hombres.[\[1\]](#)

La población campesina de mujeres de Caucasus defendió sus derechos con una firmeza particular. El campesinado femenino de Guria en las reuniones del pueblo en la provincia de Kutaisi adoptó resoluciones demandando igualdad política con los hombres. En las reuniones rurales y urbanas para discutir la introducción de Zemstvos en Transcaucasia, los diputados representantes de la población local incluyeron a mujeres georgianas, quienes insistieron en sus derechos como mujeres.

Mientras demandaban la igualdad política, las campesinas naturalmente siempre hicieron escuchar sus voces en defensa de sus intereses económicos; la cuestión del "reparto" de la tierra, concernía a las mujeres del campesinado tanto como a sus hombres. En algunas regiones, las campesinas que apoyaron de manera entusiasta la idea de expropiar tierras privadas, enfriaron su apoyo cuando nació la pregunta acerca de si las mismas debían ser incluidas en el recuento del tamaño de parcelas de tierra para el reparto. "Si la tierra es tomada de sus dueños y repartida solo entre los hombres", las mujeres argumentaron, "entonces nos enfrentaremos a la esclavitud real. En el presente apenas podemos ganar unos pocos kopecks por nuestra cuenta, si de alguna forma esto sucediera, estaremos simplemente trabajando para los hombres". Como sea, quedó demostrado que el miedo de las campesinas estaba totalmente infundado; cálculos económicos obligaron al campesinado a insistir también por un reparto de tierras que incluyera a las mujeres. Los intereses agrarios de hombres y mujeres del campesinado estaban muy entrelazados a los de los hombres, en la lucha por abolir la esclavitud agrícola, inevitablemente también defendieron los intereses de las mujeres.

De cualquier manera, en la lucha por los intereses económicos y políticos del campesinado en su totalidad, las campesinas aprendieron cómo luchar por sus reivindicaciones específicas como mujeres. Lo mismo aplica a las mujeres obreras; con su participación en la lucha por la liberación en su totalidad ellas, más que las campesinas, prepararon a la opinión pública para aceptar el principio de la igualdad femenina. La idea de la igualdad civil para las mujeres, ahora implementada en la Rusia Soviética, se esparció en toda la sociedad no por los esfuerzos heroicos individuales de mujeres con

personalidades contundentes, no por la lucha de las feministas de la burguesía, sino por la presión espontánea de las masas de mujeres obreras y campesinas, quienes despertaron con el trueno de la primera Revolución Rusa en 1905.

En 1909, en mi libro “Las Bases Sociales de la Cuestión de la Mujer”, dije, argumentando contra las feministas burguesas, contra quienes estuvo dedicado la totalidad de mi libro: “Si las mujeres campesinas tuvieron éxito al conseguir en su futuro inmediato una mejora de su posición doméstica, económica y legal, es producto, naturalmente, de los esfuerzos de la democracia campesina dirigida a la obtención de aquellas demandas campesinas que, de una u otra forma, continúan siendo escuchadas allí. Los intentos de las feministas de “limpiar el camino para las mujeres” son irrelevantes aquí... Si las campesinas se liberan de la presente esclavitud agraria, ellas recibirán más que lo que todas las organizaciones feministas juntas pueden darles”.

Estas palabras, escritas hace diez años, pueden verificarse ahora con los hechos. La Gran Revolución de octubre no solo llevó adelante las demandas principales, urgentes y básicas del campesinado de que la tierra sea transferida a quienes trabajan sobre ella sino que también logró poner a las mujeres campesinas en la honorable posición de ciudadanas libres e iguales en todos los aspectos, y ahora solo esclavizadas por los métodos de trabajo agrícolas y por las tradiciones familiares aún persistentes.

Aquello sobre lo que las campesinas solo podían soñar en los días de la Revolución Rusa de 1905, se volvió realidad con la Gran Revolución de octubre de 1917.

Las mujeres en Rusia consiguieron la igualdad política. Sin embargo, ellas deben este logro no a la cooperación con las sufragistas burguesas, sino a la lucha de conjunto y unitaria con sus camaradas hombres de la clase obrera.

NOTAS

[1] Basta con recordar las peticiones históricas escritas y enviadas por las mujeres campesinas de las provincias de Voronezh y Tver a la Primera Duma, o el telegrama enviado por las campesinas del pueblo de Nogatkinó al diputado Aladyin:

“En este momento de lucha entre lo correcto y lo incorrecto, nosotras, las campesinas del pueblo de Nogatkinó, saludamos a los diputados electos del pueblo, que ha expresado su falta de confianza en el gobierno al demandar la renuncia del ministerio. Esperamos que los representantes que han recibido el apoyo del pueblo den al mismo tierra y libertad, que abran las puertas de las prisiones y liberen a aquellos que lucharon por la libertad y felicidad del pueblo y que consigan derechos civiles y políticos para ellos y para nosotros, las mujeres rusas, quienes no tenemos derechos incluso en nuestras familias. Recuerden que mujeres esclavas, no pueden ser madres de ciudadanos libres” (firmado por la portavoz de 75 mujeres de Nogatkinó)

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1919/0001.htm>

Alexandra Kollontai

Primer Congreso de la Internacional Comunista: Resolución sobre el papel de la mujeres trabajadoras

6 de marzo de 1919.

(Versión al castellano desde “Résolution sur le rôle des femmes travailleuses”, en Alexandra Kollontai, l’Archive Internet des Marxistes Section française. Contrastado y corregido de acuerdo con John Riddell - editor-The Communist Internationale in Lenin’s Time. Founding the Communist Internationale. Proceeding and Documents of the First Congress, March 1919, Pathfinder Book, 1987, Nueva York, página 250)

El Congreso de la Internacional Comunista declara que el éxito de todas las tareas que se ha propuesto, así como la victoria final del proletariado mundial y la abolición definitiva del sistema capitalista, sólo pueden asegurarse gracias a la lucha común de los trabajadores y las trabajadoras. El enorme aumento del trabajo de las mujeres en todas las ramas de la economía; el hecho de que al menos la mitad de toda la riqueza producida en el mundo sea producida por el trabajo de las mujeres; además, el importante papel, reconocido por todos, que desempeñan las mujeres trabajadoras en la construcción de la nueva sociedad comunista, especialmente en la transición al hogar comunista, en la reforma de la vida familiar y el desarrollo de la educación pública socialista de los niños, con el fin de proporcionar a las repúblicas soviéticas ciudadanos aptos imbuidos del espíritu de solidaridad: todo esto impone a cada partido que se adhiera a la Internacional Comunista el deber urgente de actuar con todas sus fuerzas para ganar a las mujeres trabajadoras a sus filas y de utilizar todos los medios para instruir las sobre la nueva forma de sociedad y sobre la ética de la vida social y familiar comunista.

La dictadura del proletariado sólo puede realizarse y mantenerse con la participación enérgica y activa de las mujeres trabajadoras.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1919/1919-03-06-resomujer-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

El Día Internacional de la Mujer

Redactado: A inicios de marzo 1920, o poco antes, en ocasión del Día Internacional de la Mujer (8 de marzo).

Fuente de la presente versión: Traducción proporcionada por Daniel Gaido.

Esta edición: Marxists Internet Archive, agosto 2017.

Una celebración militante

El Día de la Mujer o Día de la Mujer Trabajadora es un día de solidaridad internacional, y un día para pasar revista de la fuerza y la organización de las mujeres proletarias.

Pero este no es un día especial solo para las mujeres. El 8 de marzo es un día histórico y memorable para los obreros y los campesinos, para todos los trabajadores rusos y para los trabajadores de todo el mundo. En 1917, en este día, estalló la gran Revolución de Febrero [1]. Fueron las mujeres obreras de San Petersburgo quienes comenzaron esta revolución; fueron ellas las primeras en levantar la bandera de oposición al Zar y sus compinches. Y así, para nosotras, el día de la mujer trabajadora es un día de doble celebración.

Pero si este es un día festivo para todo el proletariado, ¿por qué lo llamamos el “Día de la Mujer”? ¿Por qué realizamos celebraciones especiales y reuniones dirigidas sobre todo a las mujeres obreras y a las mujeres campesinas? ¿No hace esto peligrar la unidad y solidaridad de toda la clase obrera? Para responder a estas preguntas, tenemos que echar la vista atrás y ver cómo nació el Día de la Mujer y con qué propósito fue organizado.

¿Cómo y por qué fue organizado el Día de la Mujer?

Hace no mucho tiempo, unos diez años en realidad, la cuestión de la igualdad de las mujeres y la cuestión de si las mujeres podían participar en el gobierno junto con los hombres estaban siendo muy debatidas. La clase obrera de todos los países capitalistas luchaba por los derechos de la mujer trabajadora; la burguesía no quería

aceptar estos derechos. No estaba entre los intereses de la burguesía reforzar el voto de la clase obrera en el parlamento, y en todos los países obstaculizó la aprobación de leyes que daban derechos a las mujeres trabajadoras.

Las socialistas de Norteamérica fueron particularmente persistentes en sus demandas por el derecho a voto. El 28 de febrero de 1909, las mujeres socialistas de EEUU organizaron enormes manifestaciones y reuniones por todo el país demandando derechos políticos para las mujeres obreras. Este fue el primer “Día de la Mujer”. La iniciativa de organizar un día de la mujer corresponde por tanto a las trabajadoras de Norteamérica.

En 1910, en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, Clara Zetkin [2] planteó la cuestión de organizar un Día Internacional de la Mujer Trabajadora. La conferencia decidió que cada año, en cada país, se celebrase el mismo día un “Día de la Mujer” bajo el lema “el voto de la mujer unirá nuestra fuerza en la lucha por el socialismo”.

Durante esos años, la cuestión de hacer el parlamento más democrático, por ejemplo, de ampliar el sufragio y extender el voto a las mujeres, era de vital importancia. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, los trabajadores tenían derecho a voto en todos los países capitalistas a excepción de Rusia [3]. Solo las mujeres, junto a los dementes, permanecían sin estos derechos. Pero, al mismo tiempo, la dura realidad del capitalismo demandaba la participación de la mujer en la economía nacional. Cada año se incrementaba el número de mujeres que tenían que trabajar en las fábricas y en los talleres, o como sirvientas y limpiadoras. Las mujeres trabajaban junto a los hombres y creaban la riqueza del país con sus manos. Pero las mujeres seguían sin poder votar.

Pero en los últimos años antes de la guerra la subida de los precios forzó incluso a las más pacífica ama de casa a interesarse por cuestiones políticas y a protestar en voz alta contra la economía burguesa del saqueo. Las “revueltas de las amas de casa” se hicieron cada vez más frecuentes, estallando en distintos momentos en Austria, Inglaterra, Francia y Alemania.

Las mujeres trabajadoras entendieron que no era suficiente con romper los puestos en el mercado o expulsar al comerciante extraño; entendieron que tales acciones no reducen el costo de vida. Es necesario cambiar la política del gobierno. Y para conseguir esto, la clase obrera tiene que ver cómo se amplía el sufragio.

Se decidió tener en cada país un Día de la Mujer como una forma de lucha para conseguir el voto para la mujer trabajadora. Este día iba a ser un día de solidaridad internacional en la lucha por objetivos comunes y un día para pasar revista de la fuerza organizada de las mujeres trabajadoras bajo la bandera del socialismo.

El primer Día Internacional de la Mujer

Esta decisión tomada en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas no se recogió por escrito. Se decidió celebrar el primer Día Internacional de la Mujer el 19 de marzo de 1911.

Esta fecha no se escogió al azar. Nuestras camaradas alemanas escogieron el día por su importancia histórica para el proletariado alemán. El 19 de marzo del año revolucionario de 1848, el rey de Prusia reconoció por primera vez la fuerza del pueblo en armas y cedió ante la amenaza de un levantamiento proletario. Entre las muchas promesas que hizo, y que más tarde no cumplió, estaba la introducción del voto para las mujeres.

Tras el 11 de enero se hicieron grandes esfuerzos en Alemania y Austria para preparar el Día de la Mujer. Se dieron a conocer los planes para una manifestación, tanto de boca en boca como en la prensa. Durante la semana anterior al Día de la Mujer aparecieron dos revistas: El Voto para la Mujer en Alemania y El Día de la Mujer en Austria. Los diversos artículos dedicados al Día de la Mujer - "Las mujeres y el Parlamento", "La mujer trabajadora y los asuntos municipales", "¿Qué tienen que ver las amas de casa con la política?", etc - analizaban a fondo la cuestión de la igualdad de la mujer en el gobierno y en la sociedad. Todos los artículos enfatizaban un mismo punto: que era absolutamente necesario hacer el parlamento más democrático extendiendo el sufragio a las mujeres.

El primer Día Internacional de la Mujer tuvo lugar en 1911. Su éxito superó todas las expectativas. Ese día, Alemania y Austria se convirtieron en un tempestuoso y vibrante mar de mujeres. En todas partes se organizaban reuniones: en las pequeñas ciudades e incluso en las aldeas, las salas de reuniones estaban tan llenas de gente y tenían que pedir a los hombres que cedieran su sitio a las mujeres.

Sin duda esta fue la primera muestra de militancia de la mujer trabajadora. Los hombres se quedaron en casa con los niños para variar, y sus esposas, las cautivas amas de casa, fueron a las reuniones. Durante las manifestaciones callejeras más multitudinarias, en las que participaron 30.000 personas, la policía decidió retirar las pancartas de las manifestantes; las trabajadoras hicieron un alto. En los altercados que siguieron, solo se evitó el derramamiento de sangre con la ayuda de los diputados socialistas del Parlamento.

En 1913 el Día Internacional de la Mujer fue transferido al 8 de marzo. Este día ha seguido siendo el día de militancia de las mujeres trabajadoras.

¿Es necesario el Día de la Mujer?

El Día de la Mujer tuvo resultados espectaculares en EEUU y en Europa. Es cierto que ningún parlamento burgués pensó en hacer concesiones a las trabajadoras, o en responder a las demandas de las mujeres. Por aquel entonces, la burguesía no estaba amenazada por una revolución socialista.

Pero el Día de la Mujer sí consiguió algo. Sobre todo, resultó ser un excelente método de agitación entre nuestras hermanas proletarias menos politizadas. Ni siquiera ellas pudieron dejar de prestar atención a las reuniones, manifestaciones, carteles, folletos y periódicos dedicados al Día de la Mujer. Incluso la mujer políticamente atrasada pensó para sí misma: "este es nuestro día, el festival de la mujer trabajadora", y se apresuró a las reuniones y manifestaciones. Después de cada Día de la Mujer Trabajadora, más mujeres se unían a los partidos socialistas, y los sindicatos crecían. Las organizaciones mejoraron y la conciencia política se desarrolló.

El Día de la Mujer aún sirvió para otra función: fortaleció la solidaridad internacional de los trabajadores. Es habitual que los partidos de diferentes intercambien oradores para esta ocasión: camaradas alemanes van a Inglaterra, camaradas ingleses van a Holanda, etc. La cohesión internacional de la clase obrera se ha hecho fuerte y firme, y esto significa que la fuerza de lucha del proletariado en su conjunto ha crecido.

Estos son los resultados del día de militancia de las mujeres trabajadoras. El Día Internacional de la Mujer ayuda a incrementar la conciencia y la organización de la mujer proletaria. Y esto significa que su contribución es esencial para el éxito de aquellos que luchan por un futuro mejor para la clase obrera.

Las mujeres trabajadoras en Rusia

Las trabajadoras rusas participaron por primera vez en el Día de la Mujer Trabajadora en 1913. Aquel era un tiempo de gran reacción en el que el zarismo mantenía firmemente sujetos a los obreros y los campesinos en su puesto. No era posible plantear manifestaciones públicas para celebrar el Día de la Mujer. Pero las trabajadoras organizadas fueron capaces de remarcar su día internacional. Los dos periódicos legales de la clase obrera - el Pravda bolchevique y el Luch menchevique [4] - publicaron artículos acerca del Día Internacional de la Mujer; publicaron artículos especiales, retratos de algunas mujeres que participaban en el movimiento de mujeres trabajadoras y saludos de camaradas como Bebel y Zetkin. [5]

En esos años sombríos las reuniones estaban prohibidas. Pero en Petrogrado, en la Bolsa Kalashaikovsky, las trabajadoras que pertenecían al Partido organizaron un foro público sobre “La cuestión de la mujer”. La entrada era de cinco kopeks. Era una reunión ilegal, pero el salón estaba absolutamente lleno. Algunos miembros del Partido hablaron. Pero apenas había terminado esta animada reunión “cerrada” cuando la policía, alarmada por tales actos, intervino y detuvo a muchos de los oradores.

Era de gran importancia para los trabajadores del mundo que las mujeres de Rusia, que vivían bajo la represión zarista, se unieran y de

alguna manera consiguieran reconocer con acciones el Día Internacional de la Mujer. Esto era una señal de que Rusia estaba despertando y de que las cárceles y las horcas zaristas eran incapaces de matar el espíritu de lucha y protesta del proletariado ruso.

En 1914, el Día de la Mujer Trabajadora en Rusia estaba mejor organizado. Ambos periódicos obreros se implicaron en su celebración. Nuestras camaradas pusieron mucho esfuerzo en la preparación del Día de la Mujer. Debido a la intervención policial, no lograron organizar ninguna manifestación. Quienes participaron en la planificación del Día de la Mujer Trabajadora acabaron en las cárceles zaristas, y más tarde muchos fueron deportados al frío norte. Pues naturalmente la consigna "por el voto de la mujer trabajador" se había convertido en Rusia en un abierto llamamiento al derrocamiento de la autocracia zarista.

El Día de la Mujer Trabajadora durante la Guerra Imperialista

La Primera Guerra Mundial estalló, y la clase obrera de todos los países se cubrió con la sangre de la guerra [6]. En 1915 y 1916 el Día de la Mujer Trabajadora en el extranjero tuvo muy poca repercusión; las mujeres socialistas de izquierdas que compartían las opiniones del Partido Bolchevique Ruso intentaron convertir el 8 de marzo en una manifestación de mujeres obreras en contra de la guerra. Pero los Partidos Socialistas traidores de Alemania y otros países no iban a permitir a las mujeres organizar reuniones, y se les denegaron los pasaportes para viajar a países neutrales en los que las mujeres obreras querían celebrar reuniones internacionales y mostrar que, a pesar de los deseos de la burguesía, el espíritu de la solidaridad internacional pervivía.

En 1915, solo en Noruega se logró organizar una manifestación internacional por el Día de la Mujer, a la que acudieron representantes de Rusia y de países neutrales. Era impensable organizar un Día de la Mujer en Rusia, pues aquí el poder del zarismo y su maquinaria militar no tenían freno.

Entonces llegó el gran, gran año de 1917. El hambre, el frío y las pruebas de la guerra agotaron la paciencia de las mujeres obreras y campesinas de Rusia. En 1917, el 8 de marzo (23 de febrero), en el Día de la Mujer Trabajadoras, las mujeres salieron valientemente a las calles de Petrogrado. Las mujeres - algunas obreras, otras esposas de los soldados - demandaban “pan para nuestros hijos” y “el regreso de nuestros maridos de las trincheras”. En este momento decisivo las protestas de las trabajadoras suponían tal amenaza que incluso las fuerzas de seguridad zaristas no se atrevieron a tomar las habituales medidas contra los rebeldes, sino que se quedaron mirando confundidos ante el tormentoso mar de la ira del pueblo.

El Día de la Mujer Trabajadora de 1917 se ha convertido en un día memorable en la historia. En este día las mujeres rusas alzaron la antorcha de la revolución proletaria y prendieron el mundo en llamas. La Revolución de Febrero marca su comienzo.

Nuestro llamamiento a la batalla

El Día de la Mujer Trabajadora se organizó por primera vez hace diez años en la campaña por la igualdad política de las mujeres y la lucha por el socialismo. Este objetivo ha sido alcanzado por las mujeres de la clase obrera en Rusia. En la república soviética las mujeres obreras y campesinas no necesitan luchar por el sufragio o por derechos civiles. Ya han ganado esos derechos: el derecho a voto, a participar en los Soviets y a participar en todas las organizaciones colectivas. Las trabajadoras y campesinas rusas son ciudadanas iguales a los hombres. En sus manos, esos derechos son un arma poderosa para hacer más fácil la lucha por una vida mejor. [7]

Pero los derechos por sí solos no bastan. Hay que aprender a usarlos. El derecho a voto es un arma que tenemos que aprender a utilizar en nuestro propio beneficio, y en el de la república de los trabajadores. En dos años de Poder Soviético, la vida misma no ha cambiado en absoluto. Solo estamos en proceso de luchar por el comunismo y estamos rodeados por el mundo que hemos heredado de un pasado oscuro y represivo. Los grilletes de la familia, el trabajo doméstico y la prostitución aún son una pesada carga para la mujer trabajadora. Las mujeres obreras y campesinas solo pueden librarse de esta

situación y alcanzar la igualdad real, y no sólo en la ley, si ponen todas sus energías en hacer de Rusia una sociedad verdaderamente comunista.

Y para acelerar esto, primero tenemos que arreglar la destrozada economía de Rusia. Debemos considerar la resolución de nuestras dos tareas más inmediatas - la creación de una mano de obra bien organizada y políticamente consciente y el restablecimiento del transporte. Si nuestro ejército de trabajo funciona bien, pronto tendremos máquinas de vapor de nuevo y los ferrocarriles comenzarán a funcionar. Esto significa que los trabajadores y las trabajadoras tendrán el pan y la leña que tan desesperadamente necesitan.

Conseguir que el transporte vuelva a la normalidad acelerará la victoria del comunismo. Y con la victoria del comunismo vendrá la igualdad completa y fundamental para las mujeres. Por eso, el mensaje del Día de la Mujer Trabajadora de este año debe ser: "Trabajadoras, campesinas, madres, esposas, hermanas, todos los esfuerzos para ayudar a los trabajadores y los camaradas a superar el caos de los ferrocarriles y restablecer el transporte. Todos en la lucha por el pan, la leña y las materias primas."

El año pasado, el lema del Día de la Mujer fue: "Todo a la victoria del Frente Rojo"[8]. Ahora, llamamos a las mujeres trabajadoras a reunir sus fuerzas en un nuevo frente sin sangre, ¡el frente laboral! El Ejército Rojo derrotó al enemigo externo porque estaba organizado, disciplinado y listo para el sacrificio personal. Con organización, trabajo duro, autodisciplina y auto-sacrificio, la república obrera derrotará al enemigo interno: la dislocación del transporte y la economía, el hambre, el frío y la enfermedad. "¡Todo el mundo a la victoria en el frente del trabajo! ¡Todos a esta victoria!

Las nuevas tareas del Día de la Mujer Trabajadora

La Revolución de Octubre dio a las mujeres igualdad con los hombres en lo que a derechos civiles se refiere. Las mujeres del proletariado ruso, que hace no mucho tiempo eran las más desafortunadas y oprimidas, pueden ahora mostrar con orgullo a las camaradas de

otros países el camino hacia la igualdad política mediante el establecimiento de la dictadura del proletariado y del Poder Soviético.

La situación es muy diferente en los países capitalistas, donde las mujeres aún sufren sobrecarga de trabajo y falta de derechos. En esos países la voz de la mujer trabajadora es débil y sin vida. Es cierto que en varios países - Noruega, Australia, Finlandia y algunos estados de Norteamérica - las mujeres habían ganado derechos civiles ya antes de la guerra. [9]

En Alemania, después de que el Kaiser fuese depuesto y se estableciese una república burguesa, liderada por los "comprometidos" [10], treinta y seis mujeres entraron en el parlamento - ¡pero ni una sola comunista!

En 1919, en Inglaterra, una mujer fue elegida por primera vez como miembro del Parlamento. ¿Pero quién era ella? Una "dama". Es decir, una terrateniente, una aristócrata. [11]

En Francia también se ha planteado la cuestión de extender el sufragio a las mujeres. [12]

¿Pero de qué sirven estos derechos a las mujeres trabajadoras en el marco del parlamento burgués? Mientras el poder esté en manos de los capitalistas y los propietarios, ningún derecho político salvará a la mujer trabajadora de su posición tradicional de esclavitud en el hogar y en la sociedad. La burguesía francesa está lista para asestar otro golpe a la clase obrera, para hacer frente a las crecientes ideas bolcheviques entre el proletariado: están dispuestos a darle el voto a las mujeres.

Señor burgués, señor - ¡Es demasiado tarde!

Tras la experiencia de la Revolución de Octubre rusa, resulta claro para todas las mujeres trabajadoras de Francia, Inglaterra y otros países que solo la dictadura de la clase obrera, solo el poder de los soviets, puede garantizar la igualdad completa y absoluta. La victoria final del comunismo derribará las centenarias cadenas de represión y falta de derechos. Si la tarea del Día Internacional de la Mujer

Trabajadora fue antes la lucha por el derecho al voto de la mujer frente a la supremacía de la burguesía en los parlamentos, la clase obrera tiene ahora una nueva tarea: organizar a las mujeres trabajadoras en torno a los eslóganes de lucha de la Tercera Internacional. En lugar de participar en el trabajo del parlamentarismo burgués, escuchad el llamado de Rusia:

“¡Mujeres trabajadoras de todos los países! ¡Organizad un frente proletario unido contra aquellos que saquean el mundo! ¡Abajo con el parlamentarismo de la burguesía! ¡Damos la bienvenida al poder soviético! ¡Fuera las desigualdades sufridas por los hombres y las mujeres trabajadoras! ¡Lucharemos con los trabajadores por el triunfo del comunismo mundial!”

Este llamamiento se escuchó por primera vez en medio de las pruebas enfrentadas por el nuevo orden, en las batallas de la guerra civil, y hará sonar una música que estremecerá los corazones de las trabajadoras de otros países. La mujer trabajadora escuchará esta llamada y sabrá que es correcta. Hasta hace poco pensaba que si lograban enviar unos pocos representantes al parlamento su vida sería más fácil y la opresión del capitalismo más soportable. Ahora saben que no es así.

Solo el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento del poder soviético las salvará del mundo de sufrimiento, humillaciones y desigualdades que hace tan difícil la vida de las mujeres trabajadoras en los países capitalistas. ¡El Día de la Mujer trabajadora pasa de ser un día de lucha por el sufragio a un día internacional de lucha por la plena y absoluta liberación de la mujer, lo que significa una lucha por la victoria de los soviets y por el comunismo!

¡Abajo con el mundo de la Propiedad y el poder del Capital!

¡Fuera las desigualdades, la falta de derechos y la opresión de la mujer - el legado del mundo burgués!

¡Hacia la unión internacional de los hombres y las mujeres trabajadoras en la lucha por la Dictadura del Proletariado - el proletariado de ambos sexos!

NOTAS

[1] En la Rusia zarista aún se usaba el viejo calendario juliano de la Edad Media, que iba 13 días por detrás del calendario gregoriano usado en la mayor parte del mundo. Así, el 8 de marzo correspondía al 23 de febrero en el viejo calendario. Es por esto que la revolución de marzo de 1917 se conoce como la “Revolución de Febrero”, y la de noviembre de 1917 la “Revolución de Octubre”.

[2] Clara Zetkin fue una líder del movimiento socialista alemán y la principal líder del movimiento internacional de mujeres obreras. Kollontai fue delegada de la conferencia internacional en representación de las trabajadoras textiles de San Petersburgo.

[3] Esto no es exacto. La inmensa mayoría de los trabajadores no cualificados de Inglaterra, Francia y Alemania no podían votar. Un menor porcentaje de los hombres de clase obrera en Estados Unidos tampoco podía votar, en particular los hombres inmigrantes. En el sur de EEUU a los hombres negros se les impedía votar. Los movimientos sufragistas de clase media de todos los países europeos no lucharon por extender el voto a hombres o mujeres de la clase obrera.

[4] En su Congreso de 1903, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se dividió en dos facciones, los bolcheviques (que significa “mayoría” en ruso) y los mencheviques (“minoría”). En el periodo entre 1903 y 1912, cuando la división se hizo permanente, las dos facciones trabajaron juntas, unificadas por un tiempo, escindidas de nuevo. Muchos socialistas, incluso organizaciones locales enteras, trabajaron con ambas facciones o trataron de mantenerse neutrales en las disputas. Kollontai, una socialista activa y luchadora por los derechos de las mujeres desde 1899, se mantuvo en un principio independiente de las facciones, y luego se hizo menchevique durante varios años. Se unió a los bolcheviques en 1915 y se convirtió en la única mujer miembro del Comité Central. También sirvió como Comisaria de Asistencia Social de la República Soviética y como jefa de la Sección de la Mujer del Partido Bolchevique.

[5] August Bebel (1840-1913) fue un líder del partido socialdemócrata alemán. Fue un conocido defensor del movimiento de las mujeres, y autor de un libro clásico sobre el marxismo y la mujer (*Die Frau und der Sozialismus*, traducido como *La mujer y el socialismo*).

[6] Cuando la guerra estalló en 1914, hubo una masiva escisión en el seno del movimiento socialista internacional. La mayoría de socialdemócratas en Alemania, Austria, Francia e Inglaterra apoyaron la guerra. Otros socialistas,

como Kollontai, Lenin y el Partido Bolchevique en Rusia, Clara Zetkin y Rosa Luxemburg en Alemania y Eugene Debs en Estados Unidos, por mencionar algunos de los líderes, denunciaron a los socialistas pro-guerra como traidores a la clase obrera y a la lucha por la revolución proletaria.

[7] La palabra “soviet” significa “consejo”. Los soviets, o consejos obreros, son cuerpos democráticos en los que los delegados son elegidos en reuniones de fábrica o de barrio, y son controlados por sus hermanos y sus hermanas proletarias. Los representantes de los soviets deben rendir cuentas a su circunscripción electoral y están sujetos a revocabilidad inmediata.

[8] Tras la toma del poder de la clase obrera en Octubre de 1917, el estado de los trabajadores rusos enfrentó dos grandes problemas. Uno fue la invasión por trece países, entre ellos EEUU; el segundo fue la resistencia de los elementos monárquicos y capitalistas de Rusia. Los soviets crearon un ejército de obreros y campesinos, el Ejército Rojo, que derrotó a las fuerzas contrarrevolucionarias.

[9] Las mujeres habían ganado el derecho a voto en varios estados de EEUU antes de la Primera Guerra Mundial. Una enmienda federal que garantizaba a todas las mujeres mayores de 21 años el derecho al voto fue aprobada el 26 de agosto de 1920. No fue hasta los años sesenta que se abolieron las últimas barreras legales al voto de la clase obrera.

[10] Los “comprometidos” a los que se refiere Kollontai son los líderes socialdemócratas que formaron un nuevo gobierno capitalista en Alemania tras la caída del Kaiser en 1918. Tras asumir el gobierno apoyaron activamente la contrarrevolución.

[11] Si bien la aristócrata Lady Astor fue la primera mujer en servir en el Parlamento Británico, la primera mujer elegida al parlamento fue la revolucionaria irlandesa Constance Markievicz. Junto a otros miembros del partido Sinn Fein, se negó tomar su asiento en el parlamento imperial.

[12] Las mujeres francesas no obtuvieron finalmente el voto hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1920/0001.htm>

Alexandra Kollontai

La emancipación de la mujer a través del trabajo

1920

(Versión al castellano de Ana Armand desde “L’Affranchissement de la Femme par le Travail”, en Alexandra Kollontai–Les auteurs marxistes en langue française –MIA. También para la datación: publicado en Clarté, nº 36, del 20 de mayo de 1923, que no indica fecha del artículo traducido; de acuerdo con la bibliografía de Kollontai de Henryk Lenczyc parece bastante probable una datación de 1920, datación que confirmaría el pasaje “ciertamente no podremos refundar la humanidad ni en tres o cuatro años ni, inclusive, en diez”)

El papel asignado al trabajo en la república proletaria (un papel tan radicalmente diferente del reconocido por la sociedad burguesa) da lugar a una nueva moral que cambia la mentalidad de las masas trabajadoras y las obliga a pensar y sentir de forma diferente a como lo hacían en el pasado.

Como resultado, vemos muchas manifestaciones de la actividad humana bajo una nueva luz, y de esta nueva forma de ver las cosas surge una nueva moralidad cuyo propósito es regular las relaciones de los hombres con los hombres y con la comunidad. En la sociedad burguesa, la moralidad establecía sobre todo el modo de relaciones entre los hombres, y los deberes de los hombres hacia la sociedad eran sólo un complemento de la moral que cada individuo debía profesar. Las normas que regían las obligaciones de uno con la comunidad eran mucho menos numerosas que las normas que regían las relaciones entre los hombres. En el primer caso se limitaban a enseñar la defensa de la patria, la fidelidad al zar y el precepto, muy condicionado, de “no matar”; en el segundo caso, enseñaban una infinidad de preceptos a los que había dado lugar la defensa de la propiedad y de los intereses particulares, como: “no robes, se trabajador, no tomes a la mujer de otro, mide tu apetito en tus asuntos comerciales, se ahorrativo”. Así sea.

Ahora, bajo la dictadura del proletariado, la moralidad a observar fluye directamente de los intereses de la comunidad. Y cualquier

acto del que la comunidad no tenga motivos para quejarse no puede ser condenado por nadie. Esto explica por qué en la república proletaria condenamos lo que la mayoría de las veces fue un honor en la sociedad burguesa.

De la misma manera, las condiciones de la existencia, al cambiar, producen una nueva moral. Ciertamente no podremos refundar la humanidad ni en tres o cuatro años ni, inclusive, en diez, ni todos los mortales se convertirán en auténticos comunistas. Pero es bueno notar la facilidad con la que nuestra psicología se adapta a las nuevas condiciones y la rapidez con la que se forman nuevas maneras de relacionarse. Este es un fenómeno sorprendente.

Lo más sorprendente, sin embargo, es la revolución que se está produciendo en las relaciones sexuales. En Rusia, como en todos los países en guerra, la guerra ya había sacudido seriamente la solidez de la familia burguesa. Esto se debió a dos razones: primero, el desarrollo de la fuerza de trabajo femenina, cuyo resultado fue asegurar la independencia económica de la mujer; segundo, el aumento del número de nacimientos de hijos naturales. De repente, todas las prescripciones de la moralidad burguesa fueron golpeadas mortalmente. Las parejas se unieron sin preocuparse por los mandamientos de la Iglesia y los preceptos burgueses.

En la Rusia soviética, en la que en los primeros meses de la revolución se abolió el matrimonio religioso y se suprimió la distinción entre hijos naturales y legítimos, en la que la proclamación del trabajo obligatorio para todos hizo de las mujeres y los hombres una unidad de trabajo en la economía nacional, el matrimonio estaba destinado a perder su significado original. En la sociedad burguesa, el matrimonio es un contrato entre dos cónyuges, un contrato debidamente sellado por varios testigos y en el que, para mayor seguridad y solidez, se pone el sello de Dios. El hombre toma a la mujer a su cargo, se compromete a mantenerla, y a cambio exige que ella cuide sus bienes, que le sirva a él, a su descendencia, a sus herederos, que le guarde irreprochable fidelidad para no ofrecerle el regalo de un hijo ajeno. El adulterio, cuando es cometido por una mujer, destruye el equilibrio del hogar, y por lo tanto es concebible que la burguesía condene a la mujer que ha “engañado” al marido

nutricio a una vida de infortunio. Pero la burguesía hace la vista gorda antelas fechorías del marido, ya que no ponen en peligro los intereses de la casa. ¿Alguna vez habéis pensado en lo que impulsó a la sociedad burguesa a perseguir a las madres solteras? Si la relación de los dos amantes no se registraba, si no había matrimonio, ¿quién iba a nutrir y mantener a los hijos que saldrían de esta unión? Es evidente que los niños dependerían o bien de los padres del “pecador” (lo que no beneficiaba en absoluto a estas “honorables” familias) o bien del estado o de la comuna, lo que, para el estado, enemigo de toda asistencia pública, significaba el acontecimiento menos deseado.

A partir de la segunda mitad del siglo pasado, cuando las mujeres comenzaron a proveerse a sí mismas, se produjo un cambio en la actitud de la sociedad burguesa hacia las madres solteras. Una gran cantidad de novelas y obras filosóficas de finales del siglo XIX y principios del XX trataban de los “derechos de la mujer a la maternidad” y defendían a las madres solteras.

En la república proletaria, en la que la economía individual, principalmente en las ciudades, tiende a desaparecer a favor de la vida pública, en la que la red de instituciones de educación social se desarrolla rápidamente y cada mujer trabaja tanto como un hombre ganándose la vida de forma independiente, la cuestión del matrimonio adquiere un aspecto completamente diferente. Los ciudadanos de la república de los trabajadores no se unen ni para hacer cálculos económicos, ni para organizar un “pequeño hogar”, sino sólo si se ven impulsados a hacerlo por una inclinación mutua. No hay razón para que nuestros dos cónyuges celebren un contrato, ya que ninguno de ellos puede en ningún caso proporcionar al otro un beneficio material, recibiendo cada uno de ellos de la comunidad la parte (ropa, calzado y alojamiento) a la que tiene derecho según los vales que ha obtenido por su trabajo.

Así, el matrimonio aparece bajo una nueva luz. Estamos siendo testigos de un gran cambio en las relaciones conyugales. Y lo más curioso es que este tipo de vida está penetrando incluso en las viejas familias burguesas. Desde que las pequeñas damas de la antigua burguesía, parásitas hasta hace poco, invadieron nuestras

instituciones soviéticas y empezaron a ganarse la vida, adoptaron inmediatamente un tono de independencia al que sus maridos no estaban acostumbrados ni de lejos.

Como podemos ver, tan pronto como el matrimonio deja de proporcionar cualquier ventaja material, pierde toda la solidez. A partir de ahora, es infinitamente más fácil para los cónyuges separarse. Si no están unidos por una inclinación natural, no intentan mantenerla familia. Ya no están atados como antes a la comunidad del hogar por las obligaciones de los padres con los hijos. Y el matrimonio religioso ya no es inviolable hoy en día. Por supuesto, debemos tener cuidado de no generalizar estas nuevas costumbres que aún no se han convertido en una regla universal, pero que se están estableciendo y se establecerán cada vez más a medida que se organice la vida comunista.

Sin embargo, debemos seguir con creciente atención el desarrollo de las nuevas formas de vida, debemos establecer su desarrollo para saber si en la república obrera tendrán el efecto de fortalecer o eliminar la familia. Pero si analizamos el desarrollo de nuestro sistema económico, ya podemos afirmar que la comunidad obrera debe, inevitablemente, absorber a la vieja familia burguesa.

*

Otro fenómeno característico (cuyo surgimiento se debe enteramente a las nuevas condiciones económicas y al hecho de que en la república proletaria las mujeres constituyen una unidad obrera independiente) es nuestra actitud hacia las mujeres solteras. ¿Qué hombre deja hoy de casarse con el pretexto de que la mujer que ama ha conocido a otro antes que él? La “virginidad” tenía su razón de ser en el régimen de propiedad. La “legitimidad” del hijo era necesaria para la sociedad burguesa: 1° para establecer quién alimentaría al hijo; 2° para transmitir la herencia a los hijos legítimos.

La república obrera, que ha abolido la herencia, no puede preocuparse por el matrimonio del que procede el niño; lo esencial para ella es el destino del niño del que hará un trabajador.

La república debe ocuparse de la educación del niño, ya sea que éste es fruto de un matrimonio normal, ya sea que es fruto de una aventura realizada al margen de las formalidades acordadas. Así, por parte de la república proletaria, ninguna distinción entre las madres.

El resultado es que ya no vemos hoy que las madres solteras se suiciden con el pretexto de ocultar su “vergüenza”. Además, ¿quién se atrevería hoy a hablar de la “vergüenza” en el caso de las madres solteras?

Cada vez más, el matrimonio se está convirtiendo en un asunto privado, mientras que la maternidad se está convirtiendo en un deber social de vital importancia. Y la sociedad sólo tiene derecho a oponerse al matrimonio si atañe a personas enfermas.

Por otra parte, a medida que cambia nuestra concepción de las relaciones conyugales, consideramos la [prostitución] desde un punto de vista que difiere esencialmente del que desde hasta ahora se hacía. La prostitución, al menos en las formas que adopta en los países burgueses, tiende cada vez más a desaparecer de la república proletaria. La prostitución es el resultado de la dependencia completa de las mujeres respecto de los hombres, y de la ausencia total de leyes que les garanticen un mínimo de beneficios materiales. La república proletaria, al decretar el trabajo obligatorio para todos, al obligar a cada ciudadano a tener un trabajo, está condenando la prostitución a una muerte natural. Y si la república obrera combate la prostitución, es porque constituye una forma de desertión del trabajo.

*

De ahora en adelante no podrá negarse que el matrimonio está evolucionando, que sus marcos se están aflojando y que la maternidad se está convirtiendo en una función social.

Hay que reconocer que este artículo no pretende agotar un tema tan vasto como los cambios provocados por la Revolución Rusa en la moral y las formas de vida. Tendremos la oportunidad de volver sobre este asunto. Por el momento, queremos subrayar que la Revolución de Octubre, y la organización de nuevas formas de vida, confirman lo que siempre hemos dicho: que la posición de la mujer

en la sociedad y en el matrimonio está determinada únicamente por su papel en la producción y por la importancia de su contribución a la economía nacional. Así pues, la condición de la mujer depende del trabajo. Mientras que las condiciones económicas y matrimoniales de la sociedad burguesa esclavizaban a la mujer, ahora las nuevas formas de trabajo en la colectividad obrera la están liberando.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1920/1920-00-00-liberaciontrabajo-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

La última esclava

Marzo de 1921

(Versión al castellano desde “La dernière esclave”, en Bulletin communiste, nº 11, segundo año, 17 de marzo de 1921, página 177)

La mujer oriental se ha mantenido en silencio desde hace siglos y ha hecho falta que sonase el toque de arrebató de la revolución proletaria en Rusia para hacerla salir de su secular adormecimiento. El anuncio del comunismo, del trabajo y la camaradería universales, de la igualdad de los sexos y la solidaridad general, ha penetrado como un irresistible llamamiento en el lejano Oriente, ha atraído a las masas a sus colores vivos y abigarrados. El Oriente se ha movido. Los pobres, con todo el odio acumulado en sus corazones contra los sátrapas y ricos, han comenzado su ascenso hacia la bandera roja, símbolo de libertad, igualdad y trabajo para todos. Por primera vez en la historia, la mujer de Oriente ha escuchado el llamamiento dirigido a ella, la más oprimida entre las oprimidas. Esa mujer, que no era casi más que una cosa, un accesorio del hogar, un instrumento humilde y sin voz, recibe el llamamiento de la bandera roja del comunismo que la llama a la igualdad y a la posesión de todas las conquistas de la revolución.

Por primera vez desde hace siglos, la mujer oriental ha rechazado el velo y se ha mezclado con la masa revolucionaria en marcha hacia el símbolo de la liberación, hacia la bandera roja del comunismo.

Cada mes de existencia de la república soviética, asentando más intensamente los fundamentos del comunismo, aumenta la fermentación entre las mujeres de Oriente. La mujer oriental aparece por primera vez en la historia en el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú. En todas las regiones de la Rusia soviética en las que domina la población musulmana, en las repúblicas orientales, se prosigue en las masas femeninas un profundo trabajo de ideas. La idea soviética es como una batuta que guía a todos los desheredados, que rompe las barreras que separan

a las razas orientales de las otras y une las fuerzas dispersas. Las mujeres reclaman su derecho a la educación. Alrededor de las secciones de educación pública se agrupan las mujeres orientales, desembarazadas del velo. Las tártaras, las persas, las sartas, luchan contra ese atributo antihigiénico. En Teherán, donde el capital ya ha preparado el terreno, para una siembra futura de comunistas, se ha celebrado una conferencia de mujeres bajo la consigna “¡Abajo el velo!”

Turquestán, con su pequeña industria doméstica, ve aumentar día a día el movimiento que arrastra a las mujeres de los artesanos. El número de casos de divorcio que llegan a los tribunales aumenta cada día; la mujer, segura con sus comienzos de emancipación económica, reclama cada vez más categóricamente su derecho a la existencia independiente.

En Azerbaiyán, las mujeres musulmanas guiadas por la sección comunista han organizado un club, un jardín de infancia, un taller de costura, un comedor y una escuela.

En Transcaspia se celebran reuniones regulares de mujeres iguales a las asambleas de delegados en Rusia. Existe un sindicato de cosedoras que agrupa a musulmanas y rusas.

En Samarcanda, la sección femenina del comité comunista tiene una agrupación de musulmanas. Existen secciones femeninas en Bujará. El Comité Ejecutivo del Turkestán cuenta con cuatro mujeres, pero no todas se han quitado el velo todavía.

En Baskiria, entre las mujeres kalmukas y kirguizas, en la República Tártara e incluso en los lejanos rincones del norte, en Tiumen, el movimiento se extiende entre las musulmanas y las secciones femeninas de nuestro partido echan profundas raíces.

La mujer oriental, sobre todo la fracción que vive en el territorio de la federación soviética, se ha despertado y lanzado hacia su completa liberación. Basta con saber ayudarle para ganar nuevas defensoras de la gran idea comunista.

La Tercera Conferencia Panrusa de las Secciones Femeninas contó con una sección especial de las mujeres orientales. Decidió no

solamente intensificar esta parte de nuestro trabajo, sino, además, convocar para el 1 de febrero, fecha retrasada después al 1 de abril, un primer congreso panruso de las mujeres de Oriente. Se crearán comisiones de organización en todas las provincias para preparar el congreso. Esas comisiones estarán compuestas por representantes de las oficinas musulmanas, las secciones obreras y los comités de la juventud comunista. En los distritos se llevará a cabo la misma acción. Se preparan panfletos, carteles, proclamas, se echa mano de los maestros, de los médicos, de las agrupaciones comunistas, de todas las asociaciones educativas musulmanas.

En las repúblicas autónomas, la preparación del congreso también les incumbe a las secciones femeninas. Se han convocado conferencias previas en las provincias y distritos. Se ha llevado a cabo una amplia propaganda. El orden del día del congreso es el siguiente: 1º cuestiones actuales; 2º el poder de los sóviets y las mujeres de Oriente; 3º la situación jurídica de la mujer oriental anteriormente y ahora; 4º pequeña industria y mujer en Oriente; 5º protección de la maternidad y de la infancia; 6º educación pública y mujer oriental.

Este congreso será general, sin consideraciones de partido: su objetivo es poner en movimiento a una masa todavía virgen, interesar en la acción de los sóviets a las poblaciones femeninas, educar a las mujeres orientales en el espíritu comunista, y afirmarlas mediante la lucha contra los enemigos de los trabajadores. Pero como es preciso contar con todas las particularidades económicas y tradicionales de Oriente, se ha decidido reunir después del congreso una conferencia de mujeres comunistas musulmanas para examinar diversas cuestiones de organización y programa concernientes a la liberación de la mujer oriental.

Tendremos que concentrar nuestros esfuerzos en dos puntos principales: agrupar y reunir a las fuerzas dispersas de las mujeres artesanas en las localidades donde el capital industrial ya ha dejado caer sus pesadas manos sobre la proletaria oriental, agrupar a los elementos agrícolas, seminómadas o nómadas alrededor de cooperativas agrícolas, y, por otra parte, arrastrar a las masas femeninas a la acción educativa, y después política, de nuestras secciones de instrucción pública. La educación y la ciencia serán en

Oriente, más que en ninguna otra parte, el instrumento de liberación más seguro. La vida misma dicta la necesidad de una estrecha relación entre las mujeres y los órganos educadores.

Cuanto más se extienda entre las mujeres orientales la acción de nuestras secciones femeninas, más rápidamente se establecerá el comunismo en Oriente y más decisivo será el golpe descargado sobre el imperialismo occidental por las fuerzas reunidas del proletariado oriental despertado de su secular sueño.

Recortado de:

<https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1921/1921-03-00-ultimaesclava-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

La prostitución y cómo combatirla

Discurso a la tercera conferencia de dirigentes de los Departamentos Regionales de la Mujer de toda Rusia

Pronunciado: Ante la tercera conferencia de dirigentes de los departamentos regionales de la mujer de toda Rusia, 1921.

Fuente de la presente versión: Tomado de "[La prostitución y cómo combatirla](#)", en la página de [Movimiento Femenino de Resistencia](#).

Esta edición: Marxists Internet Archive, agosto 2015.

Camaradas, la cuestión de la prostitución es un tema difícil y espinoso al que se le ha prestado muy poca atención en la Rusia soviética. Esta oscura herencia de nuestro pasado capitalista continúa envenenando el ambiente de la república de los trabajadores y afecta a la salud física y moral de los obreros de la Rusia soviética. Es cierto que en tres años de revolución la naturaleza de la prostitución ha variado un poco bajo la presión de las cambiantes condiciones económico-sociales. Pero estamos todavía lejos de librarnos de este mal. La prostitución sigue existiendo y amenaza el sentimiento de solidaridad y camaradería entre los obreros y las obreras, los miembros de la república de los trabajadores. Y este sentimiento es el cimiento, la base de la sociedad comunista que estamos construyendo y haciendo realidad. Es hora de que afrontemos este problema. Es hora de que reflexionemos y atendamos a los motivos que dan lugar a la prostitución. Es hora de que encontremos formas y medios de deshacernos de una vez por todas de este mal, para el cual no hay lugar en una república de los trabajadores.

Nuestra república de los trabajadores hasta ahora no ha aprobado leyes enfocadas a la erradicación de la prostitución, y ni siquiera ha publicado una redacción prestigiosa y científica de la consideración de que la prostitución es algo que perjudica al colectivo. Sabemos que la prostitución es un mal, hasta reconocemos que, en este momento, en este período de transición tan complejo, la

prostitución se ha vuelto extremadamente común. Pero hemos dejado de lado el asunto, nos hemos quedado callados al respecto. En parte por las actitudes hipócritas que hemos heredado de la burguesía, y en parte por nuestra propia reticencia a considerar y ponernos de acuerdo sobre el perjuicio que causan el incremento y la extensión masiva de la prostitución en el colectivo obrero. Y nuestra desgana en la lucha contra la prostitución se ha visto reflejada en nuestra legislación.

Hasta ahora no hemos aprobado ningún estatuto que reconozca la prostitución como un fenómeno social perjudicial. Cuando las viejas leyes zaristas fueron derogadas por el Consejo de Comisarios del Pueblo, se suprimieron todos los estatutos sobre la prostitución. Pero no se presentaron nuevas medidas basadas en los intereses del pueblo trabajador. Por consiguiente, la política de las autoridades soviéticas hacia las prostitutas y la prostitución se ha caracterizado por su diversidad y sus contradicciones. En algunas áreas la policía todavía detiene a prostitutas igual que en los viejos tiempos. En otros lugares, subsisten burdeles muy abiertamente (la Comisión Interdepartamental para la Lucha contra la Prostitución tiene datos sobre esto). Y hay otros sitios donde las prostitutas son consideradas criminales y son recluidas en campos de trabajos forzados. Las diferentes actitudes de las autoridades locales resaltan así la ausencia de un estatuto reconocido ya redactado. Nuestra actitud vaga hacia este complejo fenómeno social es la responsable de algunas distorsiones y desviaciones de los principios subyacentes a nuestra legislación y moral.

Debemos por tanto no sólo encarar el problema de la prostitución sino buscar una solución que esté en la línea de nuestros principios fundamentales y el programa de transformación económica y social que sigue el partido de los comunistas. Debemos, sobre todo, definir claramente qué es la prostitución. La prostitución es un fenómeno que está estrechamente ligado a las rentas, y se desarrolla y prospera en la época dominada por el capital y la propiedad privada. Las prostitutas, desde nuestro punto de vista, son mujeres que venden su cuerpo a cambio de beneficio material – por comida decente, por ropa y otras ventajas; son prostitutas todas aquellas

que evitan la necesidad de trabajar entregándose a sí mismas a un hombre, ya sea por un tiempo o de por vida.

Nuestra república soviética de trabajadores ha heredado la prostitución del pasado capitalista, donde sólo un pequeño número de mujeres trabajaban directamente en la economía nacional y la mayoría contaba con el sostén masculino de la familia, con el padre o el marido. La prostitución surgió con los primeros Estados como una sombra inevitable de la institución oficial del matrimonio, que estaba concebido para preservar los derechos de la propiedad privada y garantizar la herencia de la propiedad a través de un linaje de herederos legítimos. La institución del matrimonio hizo posible impedir que la riqueza acumulada fuera desperdigada entre un gran número de “herederos”. Pero hay una gran diferencia entre la prostitución de Grecia y Roma y la prostitución que conocemos hoy. En los tiempos antiguos el número de prostitutas era pequeño, y no existía esa hipocresía, esencia de la moral del mundo burgués, que fuerza a la sociedad burguesa a quitarse el sombrero respetuosamente ante la “legítima esposa” de un magnate industrial (la cual obviamente se ha vendido a un marido al que no ama) para repudiar a una chica que ha sido forzada a las calles a causa de la pobreza, la indigencia, el desempleo y otras situaciones sociales que se derivan de la existencia del capitalismo y la propiedad privada. El mundo antiguo tenía a la prostitución como el complemento legal a las relaciones exclusivamente familiares. Aspasia, la amante de Pericles, era respetada por sus contemporáneos mucho más que las insulsas mujeres del aparato de reproducción [entiéndase aquí aparato como conjunto de personas – nota del traductor].

En la Edad Media, donde predominaba la producción artesanal, la prostitución era aceptada como algo natural y legítimo. Las prostitutas tenían sus propios gremios y participaban en festivales y actividades locales de igual manera que los otros gremios. La prostituta aseguraba que las hijas de los respetables ciudadanos permanecieran castas y sus mujeres fieles, ya que los hombres solteros podían, por una retribución, acudir a las miembros del gremio para obtener consuelo. La prostitución se tornaba así beneficiosa para los respetables propietarios y era abiertamente aceptada por ellos.

Con el ascenso del capitalismo, la situación cambia. En los siglos XIX y XX la prostitución alcanza proporciones amenazantes por primera vez. La venta del trabajo de la mujer, que está estrecha e inseparablemente conectada a la venta del cuerpo femenino, se incrementa ininterrumpidamente, llevando a una situación donde la respetada esposa de un obrero, y no sólo la abandonada y “deshonrada” chica, se une a las filas de las prostitutas: una madre por el bien de sus hijos, o una joven como Sonya Marmeladova por el bien de su familia. Este es el horror y la desesperanza que resulta de la explotación del trabajo por el capital. Cuando los salarios de una mujer son insuficientes para mantenerla viva, la venta de favores parece una posible ocupación complementaria. La moral hipócrita de la sociedad burguesa fomenta la prostitución por la estructura de su economía explotadora, mientras que al mismo tiempo cubre con desprecio a cualquier chica o mujer que es forzada a tomar este camino.

La sombra negra de la prostitución acecha al matrimonio legal de la sociedad burguesa. La historia nunca antes ha presenciado tal crecimiento de la prostitución como ha ocurrido en la última parte del siglo XIX y el siglo XX. En Berlín hay una prostituta por cada veinte de las llamadas mujeres honestas. En París la proporción es de una de cada dieciocho y en Londres de una de cada nueve. Existen diferentes tipos de prostitución: existe una prostitución abierta, que es legal y está sujeta a regulación, y está el tipo secreto, “temporal”. Todas las formas de prostitución florecen como una flor venenosa en los barrizales del estilo de vida burgués.

El mundo de la burguesía no perdona ni a las niñas, forzando a las chicas jóvenes de nueve y diez años a los sórdidos abusos de ancianos ricos y depravados. En los países capitalistas hay burdeles que se especializan exclusivamente en chicas jovencísimas. En el actual período de posguerra, toda mujer tiene que afrontar la posibilidad del desempleo. El paro azota a la mujer en particular y causa un enorme incremento del ejército de las “mujeres callejeras”. Masas hambrientas de mujeres en busca de compradores de “blancas” inundan de noche las calles de Berlín, París y otros centros desarrollados de los Estados capitalistas. El comercio con los cuerpos de mujeres se desarrolla muy a la luz, lo cual no debe sorprendernos

si consideramos que toda la vida burguesa está basada en la compra y la venta. Hay un elemento innegable de consideraciones materiales y económicas incluso en el más legal de los matrimonios. La prostitución es la única salida para la mujer que no puede mantenerse permanentemente. La prostitución bajo el capitalismo les da la oportunidad a los hombres de tener relaciones sexuales sin tener que asumir la responsabilidad de mantener a las mujeres hasta la tumba.

Pero si la prostitución tiene tanto arraigo y está tan extendida, hasta en la misma Rusia, ¿cómo debemos luchar contra ella? Para responder a esta cuestión debemos primero analizar con más detalle los factores que hacen surgir la prostitución. A la ciencia burguesa y sus académicos les encanta demostrar al mundo que la prostitución es un fenómeno patológico, por ejemplo, que es el resultado de las anormalidades de algunas mujeres. Del mismo modo que algunas personas son criminales por naturaleza, algunas mujeres, se argumenta, son prostitutas por naturaleza. Independientemente de dónde o cómo tales mujeres pudieran haber vivido, se habrían dedicado a una vida de pecadoras. Los marxistas y los académicos, médicos y estadísticos más conscientes han demostrado claramente la idea de que la “disposición innata” es falsa. La prostitución es sobre todo un fenómeno social; está estrechamente conectado a la necesitada posición de la mujer y su dependencia económica con respecto al hombre en el matrimonio y la familia. Las raíces de la prostitución están en la economía. La mujer, por un lado, está en una posición económicamente vulnerable, y, por el otro, condicionada por siglos de educación para esperar favores materiales de un hombre a cambio de favores sexuales – ya se den estos dentro o fuera de la atadura del matrimonio. Esta es la raíz del problema. Aquí está el origen de la prostitución.

Si los académicos burgueses de la escuela Lombroso-Tarnovsky estuviesen en lo cierto al mantener que las prostitutas nacen con el sello de la corrupción y la anormalidad sexual, ¿cómo se explicaría algo que es bien sabido por todos: que en tiempos de crisis y desempleo el número de prostitutas se incrementa inmediatamente? ¿Cómo se explicaría que los proveedores de “mercancía humana” que llegaban a la Rusia zarista provenientes de

otros países de Europa occidental siempre encontraban una buena cosecha en zonas donde los cultivos habían sido un fracaso y la población estaba sufriendo de hambre, mientras que venían con nuevos empleados desde lejanas regiones de abundancia? ¿Por qué tantas de las mujeres que supuestamente están destinadas por naturaleza a la ruina sólo se han dado a la prostitución en años de hambre y desempleo?

Es también significativo que en los países capitalistas la prostitución recluta a sus empleados de entre los sectores desposeídos de la población. Trabajo mal pagado, indigencia, pobreza extrema y la necesidad de mantener a los hermanos y hermanas más pequeños: estos son los factores causantes del mayor número de prostitutas. Si las teorías burguesas sobre la disposición innata corrupta y criminal fueran ciertas, entonces todas las clases de la población deberían contribuir igualmente a la prostitución. Debería haber la misma proporción de mujeres corruptas entre los ricos y entre los pobres. Pero las prostitutas profesionales, mujeres que viven de sus propios cuerpos, son contratadas de las clases pobres con raras excepciones. La pobreza, el hambre, la privación y las flagrantes desigualdades sociales, que son la base del orden burgués, conducen a estas mujeres a la prostitución.

O de nuevo uno puede señalar que las prostitutas en los países capitalistas tienen en su mayoría entre 13 y 20 años, de acuerdo con las estadísticas. Las niñas y las

mujeres jóvenes, en otras palabras. Y la mayoría de estas chicas están solas y sin hogar. Las niñas criadas en ambientes ricos que tienen una estupenda familia burguesa que las protege rara vez caen en la prostitución. Las excepciones son generalmente víctimas de trágicas circunstancias. Por lo común son víctimas de la “doble moral” hipócrita. La familia burguesa abandona a la chica que ha “pecado” y ella – sola, sin mantenimiento y estigmatizada por el desprecio de la sociedad – ve en la prostitución la única salida.

Podemos por tanto enumerar como factores causantes de la prostitución: los salarios bajos, las desigualdades sociales, la dependencia económica de la mujer respecto al hombre, y la mala

costumbre por la cual las mujeres esperan ser mantenidas a cambio de favores sexuales en vez de a cambio de su trabajo.

La revolución obrera en Rusia ha destrozado las bases del capitalismo y ha asestado un duro golpe a la antigua dependencia de la mujer respecto al hombre. Todos los ciudadanos son iguales ante la comunidad del trabajo. Están obligados por igual a trabajar por el bien común y son aptos por igual para el apoyo del colectivo cuando lo necesiten. Una mujer se mantiene no mediante el matrimonio sino por el papel que juega en la producción y por la contribución que realiza a la riqueza popular. Las relaciones entre los sexos se están transformando. Pero todavía somos prisioneros de las viejas ideas. Además, la estructura económica está lejos de ser completamente organizada de un modo nuevo, y el comunismo queda aún muy lejos. En este período de transición es natural que la prostitución siga teniendo un fuerte arraigo. Al fin y al cabo, aunque las causas principales de la prostitución – la propiedad privada y la política de fortalecimiento de la familia – han sido eliminadas, otros factores tienen peso. La indigencia, el abandono, las condiciones insalubres en las viviendas, la soledad y los bajos salarios para la mujer se mantienen en nuestros días. Nuestro aparato productivo sigue desplomado y continúa la dislocación de la economía nacional. Estas y otras condiciones económico-sociales llevan a la mujer a prostituirse.

Luchar contra la prostitución significa sobre todo luchar contra estas condiciones – en otras palabras, significa apoyar la política general del gobierno soviético, que está dirigida al fortalecimiento de las bases del comunismo y la organización de la producción.

Algunos podrían decir que no se necesita ninguna campaña especial, puesto que la prostitución estará fuera de lugar una vez que el poder de los obreros y las bases del comunismo estén fortalecidos. Este tipo de argumento no tiene en cuenta el efecto dañino y divisor que tiene la prostitución en la construcción de una nueva sociedad comunista.

La consigna correcta fue formulada en el primer Congreso de la Mujer Obrera y Campesina de Toda Rusia: “Una mujer de la república obrera soviética es una ciudadana libre con iguales

derechos, y no puede ni debe ser objeto de compra y venta". La consigna se proclamó, pero no se hizo nada. Sobre todo la prostitución perjudica la economía nacional y obstaculiza el desarrollo de las fuerzas productivas. Sabemos que sólo podemos superar el caos y mejorar la industria si empleamos los esfuerzos y las energías de los obreros y si organizamos la fuerza de trabajo disponible de los hombres y las mujeres de la manera más racional posible. ¡Abajo el trabajo improductivo de las tareas domésticas y del cuidado de los niños! Abrir paso al trabajo que está organizado y es productivo, y que sirve a la comunidad del trabajo. Estas son las consignas que nos deben ocupar.

¿Y qué es, después de todo, la prostituta profesional? Es una persona cuya energía no es usada por y para el colectivo; una persona que vive de los demás, tomando de las raciones de los demás. ¿Se puede permitir esto en una república de los trabajadores? No. No puede ser permitido, porque reduce las reservas de energía y el número de las manos laboriosas que están creando la riqueza nacional y el bienestar general. Desde el punto de vista de la economía nacional la prostituta profesional es una desertora del trabajo. Por esta razón debemos oponernos sin compasión a la prostitución. Por los intereses de la economía debemos empezar una lucha inmediata por reducir el número de prostitutas y eliminar la prostitución en todas sus formas.

Es hora de que entendamos que la existencia de la prostitución contradice los principios básicos de una república de los trabajadores que lucha contra toda forma de salario inmerecido. En los tres años de revolución nuestras ideas sobre este tema han cambiado mucho. Una nueva filosofía, que tiene poco en común con las viejas ideas, está forjándose. Hace tres años considerábamos a un comerciante una persona totalmente respetable. Asegurándonos de que sus cuentas estaban en orden y no engañaba ni estafaba a su cliente de una forma demasiado clara, era recompensado con el título de "comerciante de primera", "estimado ciudadano", etc.

Desde la revolución las actitudes hacia el comercio y los comerciantes han cambiado radicalmente. Ahora llamamos al "comerciante honrado" un especulador, y en vez de recompensarlo

con títulos honorarios lo llevamos ante una comisión especial y lo ponemos en un campo de trabajos forzados. ¿Por qué hacemos esto? Porque sabemos que solamente podemos construir una nueva economía comunista si todos los ciudadanos adultos se implican en el trabajo productivo. La persona que no trabaja y que vive de alguien o de un salario inmerecido perjudica al colectivo y a la república. Nosotros, por tanto, perseguimos a los especuladores, a los comerciantes y a los acaparadores, ya que todos viven de las rentas. Debemos luchar contra la prostitución como otra forma de deserción laboral.

Por tanto, no condenamos la prostitución y luchamos contra ella como una categoría especial sino como un tipo de deserción laboral. Para nosotros en la república de los trabajadores no es importante si una mujer se vende a un hombre o a muchos, si está considerada como una prostituta profesional vendiendo sus favores a unos clientes o como esposa vendiéndose a su marido. Todas las mujeres que evitan el trabajo y no toman parte en la producción o en el cuidado de los niños se exponen a la posibilidad de que, al igual que a las prostitutas, se las fuerce a trabajar. No podemos diferenciar entre una prostituta y una esposa legítima mantenida por su esposo, quienquiera que sea su marido – incluso si es un “comisario”. El fracaso a la hora de formar parte del trabajo productivo es el hilo común que conecta a todos los desertores del trabajo. El colectivo obrero condena a la prostituta no porque entregue su cuerpo a muchos hombres sino porque, igual que la esposa legítima que se queda en casa, no hace ningún trabajo útil para la sociedad.

La segunda razón para organizar una campaña deliberada y planificada contra la prostitución es la de salvaguardar la salud del pueblo. La Rusia soviética no quiere que la enfermedad paralice y debilite a sus ciudadanos y reduzca su capacidad de trabajo. Y la prostitución extiende enfermedades venéreas. Por supuesto, no es el único medio por el cual la enfermedad se transmite. El hacinamiento, la ausencia de hábitos de higiene, la vajilla y las toallas comunes también contribuyen. Además, en esta época de normas morales cambiantes y particularmente cuando hay también un continuo movimiento de tropas de un sitio a otro, se registra un intenso ascenso en el número de casos de enfermedades venéreas

que tuvieron lugar al margen de la prostitución comercial. La guerra civil, por ejemplo, está arrasando en las fértiles regiones del sur. Los cosacos fueron abatidos y han regresado con los Blancos. Las mujeres se quedan solas en las aldeas. Tienen abundancia de todo excepto de maridos. Las tropas del Ejército Rojo entran en la aldea. Son alojados en las casas y se quedan varias semanas. Se desarrollan relaciones libres entre los soldados y las mujeres. Estas relaciones no tienen nada que ver con la prostitución: la mujer va con el hombre voluntariamente porque se siente atraída por él, y no hay ningún pensamiento de obtener ganancia material de ello. No es el soldado del Ejército Rojo el que mantiene a la mujer sino más bien lo contrario. La mujer cuida de él durante el tiempo en que las tropas se alojan en la aldea. Las tropas se marchan, pero dejan enfermedades venéreas detrás. La infección se extiende. Las enfermedades se desarrollan, se multiplican y amenazan con destruir a las generaciones más jóvenes.

En una reunión conjunta del departamento de protección de la maternidad y el departamento de la mujer, el profesor Koltsov habló de eugenesia, la ciencia de mantener y mejorar la salud de la humanidad. La prostitución está estrechamente relacionada con este problema, ya que es una de las formas principales en que se extienden las infecciones. Las tesis de la comisión interdepartamental sobre la lucha contra la prostitución señalan que es una tarea urgente el desarrollo de medidas especiales para luchar contra las enfermedades venéreas. Se deben por supuesto dar pasos para tratar todo tipo de enfermedades, y no sólo la prostitución en la forma que la hipócrita sociedad burguesa lo hace. Pero aunque las enfermedades se extiendan hasta cierto punto por las circunstancias cotidianas, no obstante es esencial difundir una clara idea de cuál es el papel que la prostitución juega aquí. La organización correcta de la educación sexual para los jóvenes es especialmente importante. Debemos armar a los jóvenes de información precisa que les permita llegar a la vida con los ojos abiertos. No debemos quedarnos por más tiempo callados ante cuestiones relacionadas con la vida sexual; debemos romper con la falsa e intolerante moral burguesa.

La prostitución no es compatible con la república obrera soviética por una tercera razón: no contribuye al desarrollo y fortalecimiento ni de un carácter de clase ni del proletariado y su nueva moral.

¿Cuál es el atributo fundamental de la clase obrera? ¿Cuál es su arma moral más fuerte en esta lucha? La solidaridad y el compañerismo es la base del comunismo. Hasta que este sentido no se desarrolle ampliamente entre los trabajadores, la construcción de una verdadera sociedad comunista es inconcebible. Los comunistas políticamente más conscientes deberían en consecuencia fomentar el desarrollo de la solidaridad en todos los sentidos y luchar contra los que entorpecen su desarrollo – la prostitución destruye la igualdad, la solidaridad y el compañerismo de las dos mitades de la clase obrera. Un hombre que compra los favores de una mujer no la ve como una camarada o como una persona con iguales derechos. Ve a la mujer como dependiente de él mismo y como una criatura desigual de rango inferior que es inservible al Estado de los trabajadores. El desprecio que tiene por la prostituta, cuyos favores ha comprado, afecta en su actitud hacia todas las mujeres. El desarrollo de la prostitución, lejos de permitir el incremento del sentimiento de camaradería y de la solidaridad, fortalece la desigualdad de las relaciones entre sexos.

La prostitución es ajena y perjudicial para la nueva moral comunista que está en proceso de formación. La tarea del partido en general y de los departamentos de la mujer en particular debe ser lanzar una amplia y decidida campaña contra esta herencia del pasado. En la sociedad burguesa todos los intentos de luchar contra la prostitución eran un inútil gasto de energía, ya que los dos factores que alimentaban el fenómeno – la propiedad privada y la dependencia material, directa de la mayoría de las mujeres respecto al hombre – estaban firmemente establecidas. En una república de los trabajadores la situación ha cambiado. La propiedad privada se ha abolido y todos los ciudadanos de la república están obligados a trabajar. El matrimonio ha dejado de ser un método mediante el cual la mujer podía encontrar alguien que la mantuviese y así evitar la necesidad de trabajar y de mantenerse a sí misma mediante su propio trabajo. Los grandes factores sociales que daban pie a la prostitución han sido eliminados en la Rusia soviética. Un número de

factores secundarios económicos y sociales aún perviven, con los cuales es más fácil acabar. Los departamentos de la mujer deben abordar la lucha con energía y encontrarán un amplio campo para la actividad.

Por iniciativa del Departamento Central, se organizó el año pasado una comisión interdepartamental dedicada a la lucha contra la prostitución. Por varias razones el trabajo de la comisión fue descuidado por un tiempo, pero desde el otoño de este año ha habido señales de vida, y con la cooperación del doctor Goldman y el Departamento Central (de la Mujer) se ha planeado y organizado trabajo. Se han implicado representantes de los Consejos de Comisarios del Pueblo de salud, trabajo, seguridad social e industria, el departamento de la mujer y la unión de la juventud comunista. La comisión ha impreso las tesis en el boletín nº 4, distribuye circulares a todos los departamentos regionales de seguridad social que esbozan un plan para establecer comisiones similares por todo el país, y ha comenzado a poner en marcha una serie de medidas concretas que abarcan los factores que dan lugar a la prostitución.

La comisión interdepartamental considera necesario que los departamentos de la mujer tomen parte activa en esta tarea, ya que la prostitución afecta a las mujeres desposeídas de la clase obrera. Es nuestro trabajo, es el trabajo de los departamentos de la mujer organizar una campaña de masas en torno a la cuestión de la prostitución. Debemos abordar este tema teniendo en cuenta los intereses del colectivo obrero y asegurar que la revolución dentro de la familia se complete, y que las relaciones entre los sexos se sustenten en una base más humana.

La comisión interdepartamental, como dicen las tesis claramente, es de la opinión de que la lucha contra la prostitución está relacionada fundamentalmente con la realización de nuestra política soviética en el área de la economía y la construcción general. La prostitución será erradicada cuando las bases del comunismo se fortalezcan. Esta es la certeza que determina nuestras acciones. Pero también necesitamos comprender la importancia de crear una moral comunista. Las dos tareas están estrechamente conectadas: la nueva moral la crea una nueva economía, pero no construiremos una nueva economía

comunista sin el apoyo de una nueva moral. La claridad y un pensamiento preciso son esenciales en este asunto, y no tenemos nada que temer de la verdad. Los comunistas deben aceptar abiertamente que están teniendo lugar cambios sin precedente en la naturaleza de las relaciones sexuales. Son los cambios en la estructura económica y el nuevo papel que la mujer juega en la actividad productiva del Estado obrero los que han dado vida a esta revolución. En este difícil período de transición, donde se está destruyendo lo viejo y lo nuevo está en proceso de crearse, las relaciones entre sexos a veces se manifiestan como no compatibles con los intereses del colectivo. Pero hay también algo bueno en la diversidad de relaciones que se tienen.

Nuestro partido y los departamentos de la mujer en particular deben analizar las diferentes formas de relaciones para determinar cuáles son compatibles con las tareas generales de la clase revolucionaria y sirven al fortalecimiento del colectivo y sus intereses. Los comunistas deben rechazar todo comportamiento que sea perjudicial para el colectivo. Así es como el Departamento Central de la Mujer ha entendido las tareas de la comisión interdepartamental. No sólo es necesario tomar medidas prácticas para luchar contra la situación y las circunstancias que nutren la prostitución y resolver los problemas de la vivienda y la soledad, etc; sino también ayudar a la clase obrera a establecer su moral junto a su dictadura.

La comisión interdepartamental señala que en la Rusia soviética la prostitución se practica (a) como una profesión y (b) como un medio de conseguir ingresos complementarios. La primera forma de prostitución es menos común y en Petrogrado, por ejemplo, el número de prostitutas no ha sido reducido significativamente por las detenciones de los profesionales. El segundo tipo de prostitución está extendido en los países capitalistas (en Petrogrado, después de la revolución, de un total de cincuenta mil prostitutas sólo unas seis o siete mil estaban registradas), y continúa bajo distintas apariencias en nuestra Rusia, las mujeres soviéticas intercambian sus favores por un par de botas de tacón alto; las mujeres trabajadoras y las madres de las familias venden sus favores por harina. Las mujeres campesinas duermen con los encargados de los destacamentos anti-especuladores con la esperanza de ahorrarse su comida

empaquetada, y las trabajadoras de oficina duermen con sus jefes a cambio de raciones, zapato, etc. con la esperanza de conseguir un ascenso.

¿Cómo podríamos luchar contra esta situación? La comisión interdepartamental tuvo que afrontar la importante cuestión de si debía hacerse o no de la prostitución un delito. Muchos de los representantes de la comisión se vieron conducidos hacia el punto de vista de que la prostitución debería ser un delito, argumentando que las prostitutas profesionales son verdaderas desertoras del trabajo. Si se aprobaran tales leyes, las detenciones y los campos forzados para las prostitutas se convertirían en política oficial.

El Departamento Central se pronunció firme y absolutamente en contra de esa medida, señalando que, si las prostitutas debieran ser arrestadas sobre tales bases, también debería arrestarse a todas las esposas legítimas que son mantenidas por sus maridos y no contribuyen a la sociedad. La prostituta y el ama de casa son ambas desertoras del trabajo, y no se puede enviar a una a campos de trabajos forzados sin enviar a la otra. Esta fue la posición que tomó el Departamento Central, y fue apoyada por el representante del Comisariado de Justicia. Si tomamos la deserción laboral como norma, no podemos ayudar a sancionar todas las formas de deserción laboral. El matrimonio o la existencia de ciertas relaciones entre los sexos no tienen importancia ni juegan ningún papel en la definición de los delitos en una república del trabajo.

En la sociedad burguesa una mujer está condenada a la persecución no cuando no realiza trabajo alguno en beneficio de la comunidad ni porque se vende por beneficios materiales (dos tercios de las mujeres en la sociedad burguesa se venden a sus legítimos maridos), sino cuando sus relaciones sexuales son informales y de corta duración. El matrimonio en la sociedad burguesa se caracteriza por su duración y por la naturaleza oficial de su registro. La herencia de la propiedad se conserva de esta manera. Las relaciones que tienen una naturaleza temporal y carecen de sanción oficial están consideradas vergonzosas por los intolerantes e hipócritas defensores de la moral burguesa.

¿Podemos nosotros, que defendemos los intereses de los obreros, definir las relaciones temporales y no registradas como delictivas? Por supuesto que no. La libertad en las relaciones entre los sexos no contradice la ideología comunista. Los intereses del colectivo obrero no se ven afectados por la naturaleza temporal o duradera de una relación o porque esté fundamentada en el amor, la pasión o una atracción física pasajera.

Una relación es dañina y ajena al colectivo sólo si se da el negocio material entre sexos, sólo cuando los cálculos mundanos son un sustituto de la atracción mutua. Si el negocio toma la forma de prostitución o de una relación de matrimonio legal no es importante. Estas relaciones dañinas no pueden ser permitidas, ya que amenazan la igualdad y la solidaridad. Debemos por tanto condenar toda prostitución, e ir igual de lejos explicando a estas esposas legítimas que son “mujeres sustentadas” qué lamentable e intolerable papel están jugando en el Estado obrero.

¿Puede la presencia u otra forma de negocio material ser empleado como norma en la determinación de qué es y qué no es un delito? ¿Podemos realmente persuadir a una pareja para que admita si hay un elemento de cálculo en su relación o no? ¿Funcionaría una ley como esta, especialmente teniendo en cuenta que ahora mismo se tienen una gran variedad de relaciones entre los obreros y que las ideas sobre la moral sexual están en constante cambio? ¿Dónde termina la prostitución y dónde empieza el matrimonio de conveniencia? La comisión interdepartamental se opuso a la sugerencia de que las prostitutas deberían ser penadas por prostituirse, por ejemplo por la compra y la venta. Se limitan a sugerir que todo convicto desertor del trabajo se dirija a la red de seguridad social y de allí a la sección del Comisariado encargado de la utilización de la fuerza de trabajo o a los sanatorios y hospitales. La prostituta no es un caso especial; como con otras categorías de desertor, sólo es enviada a hacer trabajos forzados si evade el trabajo una y otra vez. Las prostitutas no son tratadas de un modo diferente de los otros desertores del trabajo. Este es un paso importante y valiente, digno de la primera república del trabajo del mundo.

La cuestión de la prostitución como un delito se trató en la tesis nº 15. El siguiente problema que tenía que ser afrontado era el de si la ley debería penar a los clientes de la prostitución. Había algunos en la comisión que estaban a favor de esto, pero tuvieron que abandonar la idea, que no se derivaba lógicamente de nuestras premisas fundamentales. ¿Cómo se define a un cliente? ¿Es alguien que compra los favores de una mujer? En ese caso los maridos de muchas esposas legítimas serían también culpables. ¿Quién puede decidir quién es un cliente y quién no? Se sugirió que este problema se estudiara más a fondo antes de que se tomase una decisión, pero el Departamento Central y la mayoría de la comisión estaban en contra de ello. Como representante del Comisariado de justicia, admití que, si no era posible definir con precisión cuándo se había cometido un delito, entonces la idea de penar a los clientes era insostenible. La posición del Departamento Central fue adoptada una vez más.

Pero mientras la comisión aceptaba que los clientes no podían ser penados por la ley, se expresó por la condena moral de aquellos que frecuentaban a prostitutas o que de alguna forma hacían negocio de la prostitución. De hecho las tesis de la comisión señalan que los intermediarios que sacan tajada de la prostitución pueden ser procesados como personas que ganan dinero de otra forma que no es de su propia fuerza de trabajo. Las propuestas legislativas para ello han sido redactadas por la comisión interdepartamental y expuestas al Consejo de Comisarios del Pueblo. Entrarán en vigor próximamente.

Me falta indicar las medidas puramente prácticas que pueden ayudar a reducir la prostitución, y en la implementación de las que el departamento de la mujer puede jugar un papel activo. No hay duda de que los salarios bajos e insuficientes que las mujeres reciben siguen funcionando como uno de los factores reales que empujan a la mujer a la prostitución. Según la ley, los salarios de los trabajadores y las trabajadoras son iguales, pero en la práctica la mayoría de las mujeres son contratadas en trabajos no cualificados. El problema de mejorar sus habilidades mediante el desarrollo de una red de cursos especiales debe ser tratado. La tarea del departamento de la mujer debe ser influir en las autoridades de la

educación para que redoblen la provisión de formación vocacional para la mujer trabajadora.

El atraso político de la mujer y su falta de conciencia social es una segunda causa de la prostitución. El departamento de la mujer debería incrementar su trabajo entre la mujer proletaria. La mejor forma de luchar contra la prostitución es elevar la conciencia política de las amplias masas femeninas e involucrarlas en la lucha revolucionaria para construir el comunismo.

El hecho de que la situación de la vivienda no se haya resuelto aún también fomenta la prostitución. El departamento de la mujer y la comisión para la lucha contra la prostitución pueden y deben tener algo que decir sobre la solución de este problema. La comisión interdepartamental está sacando adelante un proyecto sobre la provisión de comunas barriales para los jóvenes trabajadores y sobre el establecimiento de casas que proveerán de acomodamiento a las mujeres cuando hayan recién llegado en cualquier lado. Sin embargo, hasta que el departamento de la mujer y los konsomoles de las provincias muestren algo de iniciativa y se muevan en este sentido, todas las directrices de la comisión quedarán como bonitas y benévolas resoluciones – pero se quedarán en el papel. Y hay mucho que podemos y debemos hacer. Los departamentos locales de la mujer deben trabajar conjuntamente con las comisiones de educación para plantear la cuestión de la correcta organización de la educación sexual en los colegios. También podrían mantener una serie de debates y lecturas sobre el matrimonio, la familia y la historia de las relaciones entre sexos, remarcando la dependencia de este fenómeno y de la moral sexual misma con respecto a los factores económicos.

Es hora de que esclarezcamos la cuestión de las relaciones sexuales. Es hora de que nos aproximemos a esta cuestión con un espíritu de crítica implacable y científica. Ya he dicho que la comisión interdepartamental ha aceptado que las prostitutas profesionales deben ser tratadas de la misma forma que los desertores laborales. De aquí por tanto se deduce que la mujer que tenga un trabajo pero que esté practicando la prostitución como fuente de ingresos secundaria no puede ser perseguida. Pero esto no quiere decir que

no luchemos contra la prostitución. Somos conscientes de que, como he señalado anteriormente en más de una ocasión, la prostitución perjudica al colectivo obrero, afectando negativamente a la psicología de los hombres y las mujeres y distorsionando los sentimientos de igualdad y solidaridad. Nuestra tarea es reeducar al colectivo obrero y armonizar su psicología con las tareas económicas de la clase obrera. Debemos desechar inflexiblemente las viejas ideas y actitudes a las que nos aferramos a través de las costumbres. La economía va por delante, ha aventajado a la ideología. La vieja estructura económica se está desintegrando y con ella el viejo tipo de matrimonio, pero nos aferramos a los estilos de vida burgueses. Estamos dispuestos a rechazar todos los aspectos del viejo sistema y dar la bienvenida a la revolución en todas las esferas de la vida, sólo que... ¡no toques a la familia, no trates de cambiar la familia! Incluso los comunistas políticamente más conscientes tienen miedo de contemplar honradamente la verdad, dejan de lado la evidencia que demuestra sin lugar a dudas que las ataduras de la vieja familia se están debilitando y que las nuevas formas de la economía dictan nuevas formas de relaciones entre sexos. El poder soviético reconoce que la mujer tiene un papel que jugar en la economía nacional y la ha situado en una posición igual a la del hombre en este sentido, pero en la vida diaria aún tenemos que soportar las “viejas formas” y estamos dispuestos a aceptar como normales matrimonios que se basan en la dependencia material de la mujer con respecto al hombre. En nuestra lucha contra la prostitución debemos aclarar nuestra actitud hacia las relaciones conyugales que se basan en los propios principios de “compra y venta”. Debemos aprender a ser inflexibles en este tema; no debemos desviarnos de nuestro propósito por demandas sentimentales tales como “mediante tu crítica y tu sermoneo científico violas los sagrados lazos familiares”. Tenemos que dejar bien claro que la vieja forma de familia ha sido superada. La sociedad comunista no tiene ninguna necesidad de ella. El mundo burgués dio su bendición a la exclusividad y al aislamiento de la pareja matrimonial respecto del colectivo; en la sociedad burguesa, atomizada e individualista, la familia era la única protección de la tormenta de la vida, un puerto tranquilo en un mar de hostilidad y competencia. La familia era un colectivo

independiente y cerrado. En la sociedad comunista esto no debe existir. La sociedad comunista presupone un sentido tan fuerte del colectivo que se excluye cualquier posibilidad de existencia del grupo familiar aislado e introspectivo. En el presente se puede observar que las ataduras de parentesco, familia e incluso de vida matrimonial se van debilitando. Nuevas ataduras están siendo forjadas entre los trabajadores y el compañerismo, los intereses comunes, la responsabilidad colectiva y la fe en el colectivo se están asentando como los más altos principios morales.

No me haré cargo de predecir la forma de matrimonio o de relaciones entre sexos que se asumirán en el futuro. Pero de una cosa no hay duda: el comunismo estará ausente de toda dependencia de la mujer con respecto al hombre y de todos los elementos de cálculos materiales que se hallan en el matrimonio contemporáneo. Las relaciones sexuales estarán basadas en un instinto saludable de reproducción provocado por el desenfreno del amor joven, por una ferviente pasión, por un flogonazo de atracción física o por una cariñosa luz de armonía intelectual y emocional. Tales relaciones sexuales no tienen nada en común con la prostitución. La prostitución es espantosa porque es un acto de violencia de la mujer sobre sí misma en el nombre del beneficio material. La prostitución es un acto brutal de cálculo material que no deja lugar para el amor y la pasión. Donde empieza la pasión y la atracción, termina la prostitución. Bajo el comunismo, la prostitución y la familia contemporánea desaparecerán. Se desarrollarán las relaciones sexuales saludables, alegres y libres. Una nueva generación surgirá, independiente y valiente y con un fuerte sentido del colectivo: una generación que sitúa el bien del colectivo por encima de todo.

¡Comaradas! Estamos sentando las bases para este futuro comunista. Está en nuestras manos acelerar la llegada de este futuro. Debemos fortalecer el sentido de solidaridad en el seno de la clase obrera. Debemos fomentar este sentido de compañerismo. La prostitución obstaculiza el desarrollo de la solidaridad, y por tanto debemos apelar a los departamentos de la mujer para que comiencen una campaña inmediata para erradicar este mal.

¡Camaradas! Nuestra tarea es cortar las raíces que dan vida a la prostitución. Nuestra tarea es librar una lucha sin tregua contra todos los remanentes de individualismo y del antiguo tipo de matrimonio. Nuestra tarea es revolucionar las actitudes en la esfera de las relaciones sexuales, armonizarlas con el interés del colectivo obrero. Cuando el colectivo comunista haya eliminado las formas contemporáneas de matrimonio y de familia, el problema de la prostitución dejará de existir.

Pongámonos manos a la obra, camaradas. La nueva familia está ya en proceso de creación y la gran familia del triunfante proletariado mundial se está desarrollando y haciéndose más fuerte.

Recortado de:

<https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1921/001.htm>

Alexandra Kollontai

La Conferencia de las Organizaciones Comunistas de las Mujeres de Oriente

10 abril de 1921

(Versión al castellano de Ana Armand desde “La Conférence des Organisatrices-Communistes des Femmes de l'Orient”, en Alexandra Kollontai, Les auteurs marxistes en langue française –MIA.

Fuente (versión francesa): Bulletin communiste, número 23, 2 de junio de 1921. Correcciones según el texto ruso (en Избранные статьи и речи, 1972), que da como fecha de primera publicación el 10 de abril de 1921 en Pravda

Por primera vez, no sólo en la Rusia soviética, sino también en el mundo, se ha reunido una Conferencia de Mujeres Comunistas del Oriente y de las organizadoras de mujeres obreras de las repúblicas y territorios soviéticos musulmanes. Esta conferencia, convocada por el Departamento Central [para el trabajo entre las mujeres del CC del PCR(b)] se ha celebrado del 5 al 7 de abril. En ella se ha examinado la situación económica y jurídica de las mujeres de Oriente, la acción entre las mujeres artesanas, las formas y métodos de organización, la propaganda y la preparación de la Primera Conferencia Panrusa de Obreras y Campesinas de Nacionalidades Orientales. El día inaugural se presentó un breve informe sobre la política general.

Estaban presentes 45 organizadoras que trabajan entre las mujeres de Oriente y que representaban a las siguientes repúblicas: Tartaria, Baskiria, Azerbaiyán, Crimea, Kirguistán, las Montañas del Cáucaso, Siberia y varias provincias con población turca u otras musulmanas.

La conferencia ha dejado claro que la influencia de nuestro partido, ampliada a través de sus secciones femeninas, se extiende ahora a los territorios más remotos de la Rusia soviética. Entre las masas de los mismos lugares donde la esclavitud secular de las mujeres todavía existía en el pasado, se está produciendo una profunda

fermentación. Las mujeres musulmanas no sólo rechazan sus velos, sino que también participan en la organización soviética.

La conferencia ha demostrado que los principios generales implementados por nuestro partido para atraer a las masas femeninas a las tareas activas del comunismo siguen siendo perfectamente aplicables y viables en Oriente. Basta con modificar los detalles de acuerdo con las peculiaridades locales. Así, por ejemplo, teniendo en cuenta la esclavitud de las obreras en la familia y en la vida cotidiana, nuestras secciones femeninas suelen comenzar su educación soviética protegiendo la maternidad, proporcionando alimentos comunitarios, etc. Entre los pueblos de Oriente, donde la mujer está esclavizada sobre todo por los prejuicios religiosos, la desigualdad en el matrimonio, las costumbres y la moral del pasado, el centro de la propaganda se desplaza naturalmente hacia la educación y los clubes para desarrollar, por una parte, los conocimientos y, por otra parte, para acercar los modos de vida del régimen soviético más libre, salvaguardando los intereses de la mujer. De ahí las mujeres delegadas nombradas en los tribunales populares (como en Baskiria), la participación de las secciones de mujeres en la redacción de las leyes locales y su aplicación, etc...

Como una de las primeras formas de esta propaganda para atraer a las masas femeninas más atrasadas a la vida social y política, la conferencia señaló los clubes, que contienen una escuela primaria, una guardería, un refectorio, en una palabra, toda clase de instituciones capaces de dar ejemplo de lo que el poder soviético puede hacer por las mujeres de Oriente, siempre que éstas muestren iniciativa. Los clubes también fueron declarados la forma primitiva de organización de las masas femeninas en torno a los sectores comunistas, ya que esta forma es aplicable incluso en las tribus nómadas, como los kirguises, los uzbekos, etc...

La conferencia ha establecido el principio de que las secciones femeninas no deben buscar su apoyo sobre todo entre las amas de casa, sino entre las que, por su situación social y condiciones de vida, están mejor capacitadas para comprender el comunismo, es decir, las obreras asalariadas y las artesanas. Estas últimas son

particularmente numerosas en Turkestán. Toda la propaganda de las secciones femeninas debe partir de la propuesta fundamental de que sólo la emancipación económica de toda la población y el establecimiento del comunismo sobre las ruinas del régimen feudal harán posible la plena emancipación de la mujer en la vida, en el derecho y en la familia. La conferencia dedicó gran atención a la organización de las mujeres artesanas en talleres especiales.

Se produjo un animado intercambio de opiniones sobre la convocatoria del Congreso de Mujeres Orientales de toda Rusia. Se decidió convocarlo para el 2 de junio y en Moscú. Ya se ha realizado gran parte del trabajo preparatorio, y las comunistas de Oriente, incluso en provincias distantes, ya han celebrado una serie de conferencias y congresos regionales o de distrito con este fin.

Toda la conferencia procedió con asombroso ardor y armonía; a pesar de la variedad de naciones representadas, se sintió el verdadero espíritu internacionalista. La conferencia envió, en respuesta a un telegrama recibido, un llamamiento a Lenin y otro a las obreras de Occidente a través de la Internacional Comunista y la Secretaría Internacional de las Obreras.

Esta pequeña pero activa reunión no dejará de producir sus frutos, promoverá la preparación del congreso panruso, se convertirá en una de las piedras angulares del edificio que se está construyendo gradualmente con el esfuerzo común de los hombres y mujeres comunistas de Oriente y Occidente, de la sociedad comunista lograda por la dictadura de la clase obrera.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1921/1921-04-10-conferenciaoriente-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai

Tesis sobre la moral comunista en el ámbito de las relaciones conyugales

Publicado por vez primera en: *Kommunistka* № 10-11. 1921
(Александра Коллонтай: "Тезисы о коммунистической морали в области брачных отношений", *Коммунистка*; 1921, № 10-11.)
Fuente de la presente versión: Juan Candal, 2017.
Esta edición: Marxists Internet Archive, enero 2018.

Familia y matrimonio son categorías históricas, fenómenos que se desarrollan de acuerdo a las relaciones económicas que existen en un nivel de producción dado. La forma del matrimonio y de la familia queda así determinada por el sistema económico de la época dada, y cambia a medida que la base económica de la sociedad cambia. La familia -de la misma forma que el gobierno, la religión, la ciencia, la moral, el derecho y las costumbres- es parte de la superestructura que deriva del sistema económico de la sociedad.

Donde las funciones económicas son desempeñadas por la familia en lugar de serlo por la sociedad en su conjunto, las relaciones familiares y matrimoniales son más estables y poseen una capacidad vital: "Cuanto menor sea el desarrollo del trabajo y más limitado su volumen de producción... más preponderantemente el orden social parece estar dominado por lazos de sexo" (Engels, *Los orígenes de la familia...*). En el período de la economía natural la familia formó una unidad económica cerrada que era necesaria para la humanidad y por lo tanto tenía una capacidad vital. La familia era entonces una unidad de producción y consumo. Fuera de la unidad económico-familiar, el individuo no tenía medios, especialmente en los primeros niveles del desarrollo de la sociedad, de sostener las condiciones necesarias para la vida. En algunas zonas y en algunos países donde el capitalismo está débilmente desarrollado (entre los pueblos de Oriente, por ejemplo), la familia campesina sigue siendo fundamentalmente una unión económico-familiar. Con la transición, sin embargo, de una economía natural a una economía capitalista

basada en el comercio y el intercambio, la familia deja de ser necesaria para el funcionamiento de la sociedad y pierde así su fuerza y capacidad vital.

El hecho de que, con la consolidación del sistema capitalista de producción, la unión familia matrimonial se desarrolle desde una unidad de producción hasta convertirse en un acuerdo jurídico sólo relacionado con el consumo, conduce inevitablemente al debilitamiento de los lazos maritales y familiares. En la era de la propiedad privada y del sistema económico burgués-capitalista, el matrimonio y la familia se fundan en (a) consideraciones materiales y financieras, (b) la dependencia económica del sexo femenino en el sostén de la familia -el marido- en lugar del colectivo social, y (c) la necesidad de cuidar a la nueva generación. El capitalismo mantiene un sistema de economías individuales: la familia tiene un papel que desempeñar en la realización de tareas y funciones económicas dentro de la economía capitalista. Así, bajo el capitalismo, la familia no se funde ni se disuelve en la economía social, sino que continúa existiendo como unidad económica independiente, preocupada por la producción en el caso de la familia campesina y por el consumo en el caso de la familia urbana. La economía individual que nace de la propiedad privada es la base de la familia burguesa.

La economía comunista elimina a la familia. En el período de la dictadura del proletariado se produce una transición hacia el plan único de producción y el consumo social colectivo, y la familia pierde su importancia como unidad económica. Las funciones económicas externas de la familia desaparecen y el consumo deja de estar organizado sobre una base familiar individual; se establece una red de cocinas y comedores sociales, y la fabricación, reparación y lavado de ropa y otros aspectos del trabajo doméstico están integrados en la economía nacional. En el período de la dictadura del proletariado, la unidad económica familiar debe ser considerada, desde el punto de vista de la economía nacional, no sólo como inútil sino como perjudicial. La unidad económica familiar implica (a) el gasto no económico de los productos y el combustible por parte de las pequeñas economías domésticas, y (b) el trabajo improductivo, especialmente por parte de las mujeres, en el hogar, por lo que está en conflicto con el interés de la república obrera en un solo plan

económico y en el uso más eficiente de la mano de obra (incluidas las mujeres).

Bajo la dictadura del proletariado entonces, dejan de existir las consideraciones materiales y económicas en las que se fundó la familia. También desaparecen la dependencia económica de las mujeres de los hombres y el papel de la familia en el cuidado de la generación más joven, a medida que los elementos comunistas en la república de los trabajadores se fortalecen. Con la introducción de la obligación de todos los ciudadanos de trabajar, la mujer tiene un valor en la economía nacional que es independiente de su familia y de su estado civil. Se suprime la subyugación económica de las mujeres en el matrimonio y en la familia, y la responsabilidad por el cuidado de los niños y su educación física y espiritual es asumida por el colectivo social. La familia enseña e instala el egoísmo, debilitando así los lazos del colectivo y obstaculizando la construcción del comunismo. Sin embargo, en la nueva sociedad las relaciones entre padres e hijos se liberan de cualquier elemento de consideración material y entran en una nueva etapa histórica.

Una vez que la familia ha sido despojada de sus funciones económicas y de sus responsabilidades hacia la generación más joven, y ya no es fundamental para la existencia material de la mujer, ha dejado de ser una familia. La unidad familiar se reduce a una unión de dos personas basada en un acuerdo mutuo.

En el período de la dictadura del proletariado, el Estado obrero no tiene que preocuparse de la unidad económica y social de la familia, ya que esta unidad muere a medida que los lazos del comunismo se consolidan, pero con las formas cambiantes de las relaciones matrimoniales. La familia como unidad económica y como una unión de padres e hijos basada en la necesidad de proveer el bienestar material de estos últimos está condenada a desaparecer. Por lo que el colectivo de los trabajadores tiene que establecer su actitud no hacia las relaciones económicas, sino hacia la forma de las relaciones entre los sexos. ¿Qué tipo de relaciones entre los sexos son mejores para el interés del colectivo de los trabajadores? ¿Qué forma de relación fortalecería el colectivo en la etapa de transición entre el capitalismo y el comunismo y ayudaría así a la construcción de la

nueva sociedad? Las leyes y la moralidad que el sistema obrero están generando han comenzado a dar respuestas a estas preguntas.

Una vez que las relaciones entre los sexos dejen de desempeñar la función económica y social de la antigua familia, ya no serán la preocupación del colectivo obrero. No son las relaciones entre los sexos sino el resultado -el niño- lo que concierne al colectivo. El Estado obrero reconoce su responsabilidad de proveer económicamente para la maternidad, es decir, de garantizar el bienestar de la mujer y del niño, pero no reconoce a la pareja como una de unidad jurídica separada del colectivo de los trabajadores. Los decretos sobre el matrimonio emitidos por la república obrera que establecen los derechos recíprocos de la pareja casada (el derecho a exigir el apoyo material del ex-cónyuge para la mujer o los hijos), y así dan un estímulo legal a la separación de esta unidad y sus intereses de los intereses generales del colectivo social de los trabajadores (el derecho de las esposas a ser trasladadas a la ciudad o aldea donde trabajan sus maridos) son residuos del pasado; contradicen los intereses del colectivo y debilitan sus vínculos, por lo que deben revisarse y modificarse.

La ley debe enfatizar el interés del colectivo de trabajadores en la maternidad y eliminar la situación en la que el niño depende de la relación entre sus padres. La ley del colectivo obrero reemplaza el derecho de los padres, y el colectivo de los trabajadores vigila de cerca los intereses de la economía unificada y de los recursos laborales presentes y futuros. En el período de la dictadura del proletariado debe existir, en lugar del derecho matrimonial, la regulación de la relación del gobierno con la maternidad, de la relación madre / hijo y de la relación entre la madre y el colectivo de los trabajadores (es decir, las normas jurídicas deben regular la protección del trabajo femenino, el bienestar de las madres embarazadas y lactantes, el bienestar de los niños y su educación social). Las normas legales deben regular la relación entre la madre y el niño educado socialmente, y entre el padre y el niño. La paternidad no debe establecerse a través del matrimonio o de una relación de naturaleza material. El hombre debería ser capaz de elegir si acepta o no el papel del padre (es decir, el derecho que comparte por igual con la madre para decidir sobre un sistema social

de educación para el niño y el derecho, cuando esto no entra en conflicto con el interés del colectivo, del contacto intelectual con el niño y la oportunidad de influir en su desarrollo).

Hay dos razones por las que, en interés del colectivo de los trabajadores, las relaciones entre los sexos deben estar sujetas a reglamentaciones legislativas: a) la salud y la higiene de la nación y la raza, y b) el aumento o disminución de la población requerida por el colectivo económico nacional. En el período de la dictadura del proletariado, la regulación de las relaciones entra en una nueva fase. En lugar de las leyes y la amenaza de un proceso judicial, el colectivo de trabajadores debe basarse en la influencia de la agitación y de la educación y en medidas sociales para mejorar las relaciones entre los sexos y garantizar la salud de los hijos nacidos de estas relaciones. Por ejemplo, los Comisariados de Salud y Educación deben llevar a cabo una amplia campaña sobre la cuestión de las enfermedades venéreas y otras enfermedades infecciosas, reduciendo así el peligro de propagación de estas enfermedades a través de las relaciones sexuales y la vida cotidiana. Una persona es culpable ante la ley no por haber tenido relaciones sexuales sino por haber guardado conscientemente silencio y ocultado el hecho de que tiene una enfermedad ante aquellos con quienes vive y trabaja, y por lo tanto por no observar la regla de las precauciones a tomar para reducir la probabilidad de infección.

En el período de la dictadura del proletariado, la moral comunista -y no la ley- regula las relaciones sexuales en interés del colectivo obrero y de las generaciones futuras.

Cada época histórica (y por lo tanto económica) en el desarrollo de la sociedad tiene su propio ideal de matrimonio y su propia moral sexual. Bajo el sistema tribal, con sus lazos de parentesco, la moral era diferente a la que se desarrolló con el establecimiento de la propiedad privada y del gobierno del marido y el padre (el patriarcado). Los diferentes sistemas económicos tienen diferentes códigos morales. No sólo cada etapa del desarrollo de la sociedad, sino cada clase tiene su correspondiente moral sexual (basta con comparar la moral de la clase terrateniente feudal y de la burguesía en una misma época para ver que esto es cierto). Cuanto más

firmemente se establecen los principios de la propiedad privada, más estricto es el código moral. La importancia de la virginidad antes del matrimonio legal nació del principio de la propiedad privada y la renuencia de los hombres a pagar por los hijos de otros.

La hipocresía (la observancia externa del decoro y la práctica actual de la depravación) y el doble código (un código de conducta para el hombre y otro para la mujer) son los dos pilares de la moral burguesa. La moral comunista debe, ante todo, rechazar resueltamente toda la hipocresía heredada de la sociedad burguesa en las relaciones entre los sexos, y rechazar el doble estándar de moralidad.

En el período de la dictadura del proletariado las relaciones entre los sexos deben ser evaluadas sólo de acuerdo con los criterios mencionados anteriormente: la salud de la población trabajadora y el desarrollo de los lazos internos de solidaridad dentro del colectivo. El acto sexual no debe ser visto como algo vergonzoso y pecaminoso, sino como algo tan natural como las otras necesidades de un organismo sano, como el hambre y la sed. Tales fenómenos no pueden ser juzgados como morales o inmorales. La satisfacción de los instintos sanos y naturales sólo deja de ser normal cuando se superan los límites de la higiene. En tales casos, se amenaza no sólo la salud de la persona en cuestión, sino también los intereses del colectivo de trabajo, que necesita la fuerza, la energía y la salud de sus miembros. La moral comunista, al reconocer abiertamente la normalidad del interés por el sexo, condena el interés insano y antinatural por el sexo (excesos, por ejemplo, o relaciones sexuales antes de la madurez, que agotan el organismo y reducen la capacidad de los hombres y las mujeres para el trabajo).

Como la moral comunista se preocupa por la salud de la población, también critica la moderación sexual. La preservación de la salud incluye la plena y correcta satisfacción de todas las necesidades del hombre; las normas de higiene deben funcionar con este fin, y no suprimir artificialmente una función tan importante del organismo como el deseo sexual (Bebel, *La mujer y el socialismo*). Así, tanto la experiencia sexual temprana (antes de que el cuerpo se haya desarrollado y fortalecido) como la restricción sexual deben

considerarse igualmente perjudiciales. Esta preocupación por la salud de la raza humana no establece ni la monogamia ni la poligamia como la forma obligatoria de las relaciones entre los sexos, porque los excesos pueden ser cometidos en los límites de la primera, y un cambio frecuente de compañeros no significa en modo alguno la intemperancia sexual. La ciencia ha descubierto que cuando una mujer tiene relaciones con muchos hombres al mismo tiempo, su capacidad para tener hijos está deteriorada; y las relaciones con un número de mujeres drenan al hombre y afectan la salud de sus niños negativamente. Dado que el colectivo de trabajadores necesita hombres y mujeres fuertes y saludables, tales formas de organización de la vida sexual no son de su interés.

Es aceptado que el estado psicológico de los padres en el momento de la concepción influye sobre la salud y la capacidad de vida del niño. Así, en interés de la salud humana, la moral comunista critica las relaciones sexuales que se basan en la atracción física por sí solas y no son acompañadas por amor o pasión fugaz. En interés de la colectividad, la moral comunista también critica a las personas cuyas relaciones sexuales se construyen no sobre la base de la atracción física, sino del cálculo, hábito o incluso afinidad intelectual.

En vista de la necesidad de fomentar el desarrollo y el crecimiento de los sentimientos de solidaridad y de fortalecer los lazos del colectivo de trabajadores, debe establecerse sobre todo que el aislamiento de la "pareja" como unidad especial no responde a los intereses del comunismo. La moral comunista requiere la educación de la clase obrera en la camaradería y la fusión de los corazones y las mentes de los miembros separados de este colectivo. Las necesidades e intereses del individuo deben estar subordinados a los intereses y fines del colectivo. Por una parte, los lazos familiares y matrimoniales deben ser debilitados y, por otra, los hombres y las mujeres deben ser educados en la solidaridad y la subordinación de la voluntad del individuo a la voluntad del colectivo. Incluso en esta etapa presente, la república obrera exige que las madres aprendan a ser madres no sólo de su propio hijo, sino de todos los hijos de los trabajadores; no se reconoce a la pareja como una unidad autosuficiente, y por lo tanto no se aprueba que las esposas abandonen el trabajo por el bien de esta unidad.

En cuanto a las relaciones sexuales, la moral comunista exige en primer lugar el fin de todas las relaciones basadas en consideraciones financieras o económicas. La compra y venta de caricias destruye el sentido de la igualdad entre los sexos, y socava así la base de la solidaridad sin la cual la sociedad comunista no puede existir. Por consiguiente, la censura moral se dirige a la prostitución en todas sus formas y a todo tipo de matrimonio de conveniencia, incluso cuando es reconocido por la ley soviética. La preservación de la reglamentación del matrimonio crea la ilusión de que el colectivo obrero puede aceptar a la "pareja" con sus intereses especiales y exclusivos. Cuanto más fuertes sean los lazos entre los miembros del colectivo, en su conjunto, menor será la necesidad de reforzar las relaciones maritales. En segundo lugar, la moral comunista exige educar a la generación más joven en responsabilidad ante el colectivo y en la conciencia de que el amor no es lo único en la vida (esto es especialmente importante en el caso de las mujeres, porque se les ha enseñado lo contrario durante siglos). El amor es sólo un aspecto de la vida, y no se debe permitir que eclipsen las otras facetas de las relaciones entre lo individual y lo colectivo. El ideal de la burguesía era la pareja casada, cuyos miembros se complementaban tan completamente que no tenían necesidad de contacto con la sociedad. La moral comunista exige, por el contrario, que la generación más joven sea educada de tal manera que la personalidad del individuo se desarrolle al máximo, y el individuo con sus muchos intereses tenga contacto con una gama de personas de ambos sexos. La moral comunista alienta el desarrollo de muchos y variados lazos de amor y amistad entre las personas. El viejo ideal era "todo para el ser querido"; la moral comunista exige todo para el colectivo.

Aunque las relaciones sexuales es visto en el contexto de los intereses de la colectividad, la moralidad comunista exige que las personas sean educadas en la sensibilidad y la comprensión y sean psicológicamente exigentes tanto para con ellos como para con sus parejas. La actitud burguesa hacia las relaciones sexuales como una simple cuestión de sexo debe ser criticada y reemplazada por una comprensión de toda la gama de la experiencia amorosa gozosa que enriquece la vida y da lugar a una mayor felicidad. Cuanto mayor sea

el desarrollo intelectual y emocional del individuo, menos lugar habrá en su relación para el lado fisiológico del amor, y más satisfactoria será la experiencia del amor.

En el período de transición, las relaciones entre hombres y mujeres deben, a fin de satisfacer los intereses del colectivo de trabajadores, basarse en las siguientes consideraciones:

(1) Todas las relaciones sexuales deben basarse en la inclinación mutua, el amor, enamoramiento o pasión, y en ningún caso en motivaciones financieras o materiales. Todos los cálculos en las relaciones deben estar sujetos a condena sin piedad.

(2) La forma y duración de las relaciones no están reguladas, pero la higiene de la raza y la moral comunista exigen que las relaciones no se basen solamente en el acto sexual y que no vayan acompañadas de excesos que amenacen la salud.

(3) Aquellos con enfermedades, etc., que podrían ser heredadas, no deben tener hijos.

(4) Una actitud celosa y propietaria hacia la persona amada debe ser reemplazada por una comprensión camaraderil y una aceptación de su libertad; los celos son una fuerza destructiva que la moral comunista no puede aprobar.

(5) Los lazos entre los miembros del colectivo deben fortalecerse. El estímulo de los intereses intelectuales y políticos de la generación más joven ayuda al desarrollo de emociones sanas y satisfactorias en el amor.

Cuanto más fuerte es el colectivo, más firmemente se establece el modo de vida comunista. Cuanto más estrechos sean los lazos afectivos entre los miembros de la comunidad, menor será la necesidad de buscar un refugio de la soledad en el matrimonio. Bajo el comunismo, la fuerza ciega de la materia es subyugada a la voluntad del colectivo de trabajadores, fuertemente unido, y por incomparablemente poderoso. El individuo tiene la oportunidad de desarrollarse intelectual y emocionalmente como nunca antes; en este colectivo, nuevas formas de relaciones están madurando y el concepto de amor se extiende y se amplía.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1921/002.htm>

Alexandra Kollontai

**¡Abran paso al Eros alado!
(Una carta a la juventud obrera)**

Redactado: En, o poco antes de, mayo 1923.

Primera publicación: A. Kollontai, «Дорогу крылатому Эросу! (Письмо к трудящейся молодежи)» en Молодая гвардия [Molodaia Gvardiia], 1923, No 3. C. 111—124.

Fuente de la presente versión: Traducción proporcionada por Daniel Gaido.

Esta edición: Marxists Internet Archive, agosto 2017.

I

EL AMOR COMO FACTOR SOCIAL Y PSÍQUICO

Joven camarada: me preguntas qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te admira el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora «se preocupe mucho más del amor y de todas las cuestiones relacionadas con él» que de los grandes asuntos que tiene que resolver la República de los obreros. Si esto es así —difícilmente puedo apreciarlo desde lejos—, busquemos juntos la explicación de este hecho y hallemos la respuesta a este primer problema: ¿Qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?

Es un hecho cierto que la Rusia soviética ha entrado en una nueva etapa de guerra civil. El frente revolucionario ha sufrido un desplazamiento. En la actualidad, la lucha debe librarse entre dos ideologías, entre dos civilizaciones: la ideología burguesa y la proletaria. Su incompatibilidad se pone de manifiesto cada vez con mayor claridad. Las contradicciones entre estas dos civilizaciones diferentes se agudizan de día en día.

El triunfo de los principios e ideales comunistas en el campo de la política y la economía tenía ineludiblemente que ser la causa de una revolución en las ideas sobre la concepción del mundo, en los sentimientos, en toda creación espiritual de la humanidad

productora. Ya hoy se puede apreciar una transformación de estas concepciones de la vida y de la sociedad, del trabajo, del arte y de las «normas de nuestra conducta», es decir, de la moral. Las relaciones sexuales constituyen una parte importante de esas normas de conducta. La revolución en el frente ideológico pondrá punto final a la transformación realizada en el pensamiento humano durante los cinco años de vida de la República de trabajadores.

No obstante, a medida que se agudiza la lucha entre las dos ideologías: la burguesa y la proletaria; a medida que esta lucha se expansiona y abarca nuevos dominios, se presentan ante la Humanidad nuevos «problemas de la vida», que únicamente podrá resolver de una forma cumplida la clase obrera. Se encuentra entre estos múltiples problemas, joven camarada, el que tú señalas: «el problema del amor», que en las diversas facetas de su desenvolvimiento histórico, la Humanidad ha pretendido resolver por procedimientos diversos. Sin embargo, «el problema» subsistía: variaban, única y exclusivamente, sus intentos de solución, que diferían, claro está, según el período, la clase y lo que constituía el «espíritu de la época», o dicho de otra forma, la cultura.

En Rusia, durante los años de intensa guerra civil y de la lucha contra la desorganización económica, y hasta hace poco, sólo a unos cuantos interesaba este problema. Eran otros sentimientos, otras pasiones más reales las que preocupaban a la humanidad trabajadora. ¿Quién hubiera sido capaz de preocuparse seriamente de las penas y sufrimientos del amor a través de aquellos años en que el fantasma descarnado de la muerte acechaba a todos? Durante aquellos años, el problema vital se resumía en saber: ¿quién vencerá? ¿La revolución (el progreso) o la contrarrevolución (la reacción)?

Ante el aspecto sombrío de la enorme contienda, de la revolución, el delicado Eros, tenía forzosamente que desaparecer de una forma apresurada. No había oportunidad ni energías psíquicas para abandonarse a las «alegrías» y las «torturas» del amor. La Humanidad responde siempre a una ley de conservación de la energía social y psíquica. Y esta energía se aplica siempre al fin fundamental e inmediato del momento histórico. Por tanto, durante

estos años se adueñó de la situación la voz, simple y natural, de la Naturaleza, el instinto biológico de la reproducción, la atracción entre dos seres de sexo contrario. El hombre y la mujer se unían y separaban fácilmente, mucho más fácilmente que en el pasado. El hombre y la mujer se entregaban mutuamente, sin estremecimiento en sus almas, y se separaban sin lágrimas ni dolor.

Es cierto que desaparecía la prostitución; mas, en cambio, aumentaban las uniones libres entre los sexos, uniones sin compromisos mutuos, y en las cuales el factor principal era el instinto de reproducción, desprovisto de la belleza de los sentimientos de amor. Muchos fueron los que ante este hecho sintieron espanto; pero es evidente que durante aquellos años las relaciones entre los sexos no podían ser de otro modo. No podían darse más que dos formas de unión sexual: o bien el matrimonio consolidado durante varios años por un sentimiento de camaradería, de amistad conservada a través de los años, y que, precisamente, por la seriedad del momento, se convertía en un vínculo de unión más firme, o, por el contrario, las relaciones matrimoniales que surgían para satisfacer una necesidad puramente biológica y constituían simplemente un capricho pasajero, del que ambas partes se saciaban pronto, y que se apresuraban a liquidar rápidamente, a fin de que no obstaculizase el fin esencial de la vida: la lucha por el triunfo de la revolución.

El brutal instinto de reproducción, la simple atracción de los sexos, que nace y desaparece con la misma rapidez, sin crear lazos sentimentales ni espirituales, es ese Eros «sin alas», que no absorbe las fuerzas psíquicas que el exigente Eros «alado» consume, amor tejido con emociones diversas que han sido forjadas en el corazón y en el espíritu. El Eros «sin alas» no engendra noches de insomnio, no hace vacilar la voluntad ni llena de confusión el frío trabajo del cerebro. La clase formada por los luchadores no podía dejarse llevar por el Eros de alas desplegadas en aquellos momentos de trastornos de la revolución que llamaban sin cesar al combate a la humanidad trabajadora; durante aquellas jornadas era inoportuno desperdiciar las fuerzas psíquicas de los miembros de la colectividad que luchaba, en sentimientos de orden secundario, que no contribuían de una manera directa al triunfo de la revolución. El amor individual, que

constituye la base del matrimonio, que se concentra en un hombre o en una mujer, exige una pérdida enorme de energía psíquica. Durante aquellos años de lucha, la clase obrera, artífice de la nueva vida, no estaba interesada solamente en la mayor economía posible de sus riquezas materiales, sino que intentaba ahorrar también la energía psíquica de cada uno de sus miembros para aplicarla a las tareas generales de la colectividad. No es otra la causa de que durante el período agudo de la lucha revolucionaria el «alado Eros», que todo lo consume a su paso, fuera reemplazado por el instinto poco exigente de la reproducción, por el Eros desprovisto de alas.

Ahora el cuadro es completamente distinto. La URSS, y con ella toda la humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma. Comienza ahora una labor sumamente compleja, puesto que se trata de fijar y comprender de una manera definitiva todo lo creado, todo lo adquirido, todo lo conquistado. El proletariado, arquitecto de las nuevas formas de vida, se ve obligado a sacar una enseñanza de todo fenómeno social y psíquico. Debe, por tanto, comprender también este fenómeno; tiene que asimilarlo, apropiárselo y transformarlo en un arma más para la defensa de su clase. Sólo después de haberse asimilado las leyes que presiden la creación de las riquezas materiales y las que dirigen los sentimientos del alma podrá el proletariado entrar en liza armado hasta los dientes contra el viejo régimen burgués. Entonces, únicamente, podrá la humanidad asalariada vencer en el frente ideológico como ha triunfado en el militar y en el del trabajo.

Una vez consolidado el triunfo de la revolución rusa, empieza a aclararse la atmósfera del combate revolucionario, y el hombre ya no se entrega por entero a la lucha, el tierno Eros de «alas desplegadas», despreciado durante los años de agitación, reaparece de nuevo y reclama sus derechos. Se atreve a salir de nuevo a la sombra del insolente Eros «sin alas», del instinto de reproducción, que desconoce los encantos del amor, porque éste ha dejado ya de satisfacer las necesidades de los hombres. En este período de relativa calma se ha acumulado un excedente de energía, que los hombres del presente, aun los representantes de la clase trabajadora, no saben todavía aplicar a la vida intelectual de la colectividad. Este excedente de energía psíquica busca su salida en

los sentimientos amorosos. Y sucede que la lira de múltiples cuerdas del dios alado del Amor apaga de nuevo el sonido de la monótona voz del Eros «sin alas». El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienzan de nuevo a vivir «novelas de amor», con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que van aparejados al alado Eros.

En la República Soviética presenciamos un patente crecimiento de las necesidades intelectuales; cada día se siente más avidez de saber; las cuestiones científicas, el estudio del arte, el teatro, despiertan todo nuestro interés. Esta ansia investigadora que se siente en la República Soviética por hallar formas nuevas en que encerrar las riquezas intelectuales de la Humanidad, comprende también, como es lógico, la esfera de los sentimientos amorosos. Se observa, pues, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, al «problema del amor». Es ésta una fase de la vida de la que participan con mayor o menor intensidad todos los individuos. Se observa con asombro cómo militantes que hace algún tiempo no leían más que los artículos editoriales del diario Pravda, leen ahora con fruición libros donde se canta al «dios Eros, el de las alas desplegadas».

¿Podremos interpretar esto como un síntoma de reacción? ¿Acaso como señal de decadencia en la acción revolucionaria? De ningún modo. Ya es tiempo de que rechacemos de una vez y para siempre toda la hipocresía del pensamiento burgués. Hemos llegado al momento de reconocer ampliamente que el amor no es sólo un poderoso factor de la Naturaleza, que no es sólo una fuerza biológica, sino también un factor social. En su propia esencia el amor es un sentimiento de carácter profundamente social. Lo cierto es que el amor, en sus diferentes formas y aspectos ha constituido en todos los grados del desenvolvimiento humano una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época. Hasta la burguesía, que reconoce algunas veces que el amor es «un asunto de orden privado», sabe en realidad cómo encadenar el amor a sus normas morales para que sirva al logro y afirmación de sus intereses de clase.

Mas todavía hay otro aspecto de los sentimientos amorosos al que la ideología de la clase obrera debe conceder mayor importancia. Nos referimos al amor considerado como un factor del que se pueden obtener beneficios a favor de la colectividad, lo mismo que de cualquier otro fenómeno de carácter social y psíquico. Que el amor no es en modo alguno un «asunto privado» que interese solamente a dos corazones aislados, sino, por el contrario, que el amor supone un principio de unión de un valor inapreciable para la colectividad, se evidencia con el hecho de que en todos los grados de su desarrollo histórico, la Humanidad ha marcado pautas que precisan cuándo y en qué condiciones el amor era considerado «legítimo» (es decir, cuando correspondía en los intereses de la colectividad), y cuándo tenía que ser condenado como «culpable» (es decir, cuando el amor pugnaba con los principios de la sociedad).

II

UN POCO DE HISTORIA

La Humanidad comenzó, casi desde tiempos inmemoriales, a establecer reglas que regulasen no solamente las relaciones sexuales, sino también los sentimientos amorosos.

En la etapa del patriarcado, la virtud, moral suprema de los hombres, era el amor determinado por los vínculos de la sangre. En aquellos tiempos, una mujer que se sacrificase por el marido o amado hubiera merecido la reprobación y el desprecio de la familia o la tribu a que perteneciese. En cambio, se concedía una gran importancia a los sentimientos amorosos con respecto al hermano o la hermana. La Antígona de los griegos enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos con riesgo de su propia vida. Este hecho sólo hace de la figura de Antígona una heroína a los ojos de sus contemporáneos. La sociedad burguesa de nuestros tiempos calificaría esta acción llevada a cabo por la hermana y no por la mujer, como algo extraordinario y un tanto impropio. Durante los años de dominio de la sociedad patriarcal y de formación de las formas del Estado, el sentimiento de amor fue, sin duda de ningún género, la amistad entre dos individuos de una misma tribu. Era de una importancia trascendental para la colectividad, que había sobrepasado apenas la fase de la organización puramente familiar, y que, por lo tanto, todavía se

sentía débil desde el punto de vista social, el que todos sus miembros estuvieran unidos por sentimientos de amor y vínculos espirituales.

Las emociones del espíritu que respondían mejor a esta finalidad eran las determinantes del amor-amistad y no de los sentimientos amorosos de las relaciones sexuales. Durante este período, los intereses de la colectividad exigían a la Humanidad el crecimiento y acumulación de lazos espirituales, no entre las parejas unidas en matrimonio, sino entre los organismos de una misma tribu, entre los organizadores y defensores de la tribu y el Estado. (Para nada se hacía aquí mención de la amistad entre las mujeres, puesto que la mujer, en aquellos tiempos, no podía ser considerada como factor social.)

En el patriarcado se admiraban las virtudes del amor-amistad, que era considerado como un sentimiento muy superior al amor entre esposos. Castor y Pólux no pasaron a la posteridad por sus hazañas y los servicios prestados a la patria. Fueron los sentimientos de mutua fidelidad, su amistad inseparable e indestructible los que hicieron que sus nombres llegaran a nosotros. La «amistad» (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo, sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de «amistad», el que suplía al marido al lado de la mujer.

La amistad, sentimiento que suponía «la fidelidad al amigo hasta la muerte», fue considerada en el mundo antiguo como una virtud cívica. Todo lo contrario sucedía en el amor en el sentido contemporáneo de esta palabra, que no tenía ningún papel en la sociedad y ni siquiera captaba la atención de los poetas o de los dramaturgos de la época. La ideología de aquellos tiempos consideraba al amor incluido en los cuadros de los sentimientos exclusivamente personales, de los cuales la sociedad no tenía por qué ocuparse. El amor ocupaba el lugar de otra distracción cualquiera: era un lujo que podía permitirse un ciudadano después de haber cumplido con sus obligaciones con el Estado.

La cualidad de «saber amar», tan valorada por la ideología burguesa cuando el amor no va más allá de los límites impuestos por la moral de su clase, carecía de sentido en el mundo antiguo cuando se trataba de precisar las «virtudes» y cualidades características del hombre. En la antigüedad, el único sentimiento de amor que tenía valor era la amistad. El hombre que realizaba hazañas y exponía su vida por el amigo alcanzaba fama, como los héroes legendarios; su acción se consideraba como la expresión de la «virtud moral». En cambio, el hombre que exponía su vida por la mujer amada incurría en la reprobación de todos, reprobación que podía llegar incluso hasta el desprecio. Todos los escritos de la antigüedad condenan los amores de Paris y la hermosa Helena, que fueron el origen de la guerra de Troya, guerra que sólo «desgracia» podía acarrear a los hombres.

El mundo antiguo justipreciaba la amistad como sentimiento capaz de consolidar entre los individuos de una tribu los lazos espirituales necesarios para el mantenimiento del organismo social, ineludiblemente débil en aquellos tiempos. Por eso, posteriormente, la amistad dejó de ser considerada como una virtud moral.

En la sociedad burguesa, construida sobre la base del individualismo, concurrencia desenfrenada y emulación, ya no hay sitio para la amistad, considerada como factor social. La sociedad capitalista consideraba la amistad como manifestación de «sentimentalismo»; por lo tanto, como una debilidad del espíritu completamente inútil y hasta nociva para la realización de las tareas burguesas de clase. La amistad en la sociedad burguesa queda con vertida en un motivo de burlas. Si Castor y Pólux hubieran vivido en nuestros tiempos, su amistad sin límites hubiera provocado la sonrisa indulgente de la sociedad burguesa de Nueva York o Londres. La sociedad feudal tampoco admitió el sentimiento de amistad como una cualidad digna de loa que fuera necesario cultivar entre los hombres.

El fundamento de la sociedad feudal consistía en el estricto cumplimiento de los intereses de las familias nobles. La virtud no estaba determinada por las relaciones mutuas de los miembros de la sociedad, sino por el cumplimiento de los deberes de un miembro de una familia con respecto a ella y a sus tradiciones. Dominaban en el

matrimonio los intereses familiares y, por tanto, el hombre joven (la muchacha no tenía facultad de elección) que prefería una mujer en contra de los intereses familiares, sabía que tenía que hacer frente a censuras y reproches severísimos. Durante la edad feudal no era conveniente para el hombre anteponer sus sentimientos personales a los intereses de su familia; al que pretendía romper las normas establecidas se le consideraba como un «paria» por la sociedad de su tiempo. En la ideología de la época feudal el amor y el matrimonio no podían marchar juntos.

No obstante, durante los siglos del feudalismo el sentimiento de amor entre dos seres de sexo contrario adquirió cierto derecho por primera vez en la Historia de la Humanidad. Parece extraño a primera vista el hecho de que el amor fuera reconocido como tal en aquellos tiempos de ascetismo, de costumbres brutales, en aquella época de violencias y del reinado del derecho de usurpación. Pero si analizamos detenidamente las causas que han obligado al reconocimiento del amor como un factor social, no sólo legítimo, sino hasta deseable, veremos perfectamente claros los motivos que determinaron el reconocimiento del amor.

El hombre enamorado puede ser impulsado por el sentimiento del amor (en determinados casos y con la ayuda de determinadas circunstancias) a realizar hechos que no podría ejecutar en otra disposición de espíritu.

La caballería andante exigía a todos sus miembros, en el dominio militar, la práctica de elevadas virtudes, pero de carácter exclusivamente personal. Estas virtudes eran la intrepidez, la bravura, la resistencia, etc. En aquellos tiempos no era la organización del ejército la que determinaba la victoria en el campo de batalla, sino las cualidades individuales de los combatientes. El caballero enamorado de su inconquistable dama, «la elegida de su corazón», podía ser el héroe de verdaderos «milagros de bravura», podía triunfar más fácilmente en los torneos y sabía sacrificar sin temores su vida en nombre de su amada. El caballero enamorado obraba impulsado por el deseo de «distinguirse», para conquistar de este modo los favores de la elegida de su corazón.

Este hecho, por consiguiente, fue tenido en cuenta por la ideología caballeresca. Como reconocía en el amor el poder capaz de provocar en el hombre un estado psicológico útil para las finalidades de la clase feudal, procuró, naturalmente, dar un lugar preferente al amor en los sentimientos determinantes de su ideología. En aquella época el amor entre los esposos no puede inspirar el canto de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El amor como factor social sólo era valorado cuando se trataba de los sentimientos amorosos del caballero hacia la mujer de otro, sentimientos que le impulsaban a realizar valientes hazañas. Cuanto más inaccesible se hallaba la mujer elegida, mayor era el esfuerzo realizado por su caballero para conquistar sus favores con las virtudes y cualidades apreciadas en su mundo (intrepidez, resistencia, tenacidad y bravura).

Lo natural era que la dama elegida por un caballero ocupase una posición lo más inaccesible posible. La dama de sus pensamientos, escogida por el caballero, era corrientemente la mujer del señor feudal. En ocasiones, el caballero llegaba en su osadía hasta posar sus ojos sobre la reina. Este ideal inaccesible se basaba en la concepción de que únicamente el «amor espiritual», el amor sin satisfacciones carnales, que impulsaba al hombre a tomar parte en hazañas heroicas y le obligaba a la realización de «milagros de bravura», era digno de ser citado como modelo y de merecer la calificación de «virtud».

Las muchachas solteras no eran nunca objeto de la adoración de los valientes caballeros. Por muy elevada que fuese la posición, la adoración del caballero podía terminar en matrimonio. En ese caso desaparecía inevitablemente el factor psicológico que impulsaba al hombre a la realización de hazañas heroicas. Ante este peligro, la moral feudal no podía admitir el amor del caballero por la muchacha soltera. El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral.

El anhelo de purificar el amor de todo lo que fuese carnal, «culpable»; la aspiración a convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en

monstruosas aberraciones: elegían como «dama de sus pensamientos» a mujeres que nunca habían visto, llegando incluso a enamorarse de «la Virgen María». No creo que sea posible desviar más un sentimiento. La ideología feudal consideraba ante todo el amor como un estimulante para fortalecer las cualidades necesarias a todo caballero; el «amor espiritual», la adoración del caballero por la dama de sus pensamientos, servían directamente a los intereses de la casta feudal. Esta apreciación fue la que fijó, desde los comienzos de la época feudal, el concepto del amor. Ante la traición carnal de la mujer, ante «el adulterio» de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar, la enclaustraba o la mataba. Y, por el contrario, se sentía halagado si otro caballero elegía a su mujer por dama de sus pensamientos, y llegaba incluso a permitirle una corte de amor formada por «amigos espirituales».

Por el contrario, la moral feudal caballeresca, que cantaba y ensalzaba el amor espiritual, no exigía que las relaciones matrimoniales u otras formas de unión sexual tuviesen por base el amor. El amor era una cosa y el matrimonio otra. La ideología feudal establecía entre estas dos nociones una clara diferenciación.

Las nociones de amor y matrimonio no se unificaron hasta los siglos XIV y XV, en los cuales comenzó a iniciarse la moral burguesa. Esto explica que, a través de la Edad Media, los sentimientos amorosos elevados y delicados chocasen con la gran brutalidad de costumbres en el dominio de las relaciones sexuales. Como las relaciones sexuales, tanto en el matrimonio más legítimo como fuera de él, estaban privadas del sentimiento de amor capaz de transfigurarlas, quedaban reducidas al simple acto fisiológico.

La Iglesia parecía anatemizar el libertinaje; pero como fomentaba de palabra el «amor espiritual», no hacía, en realidad, más que patrocinar las relaciones brutales entre los sexos. El caballero que llevaba siempre en su corazón el emblema de la dama de sus pensamientos, que componía en su honor versos llenos de delicadeza, que exponía su vida por merecer una sonrisa de sus labios, violaba tranquilamente a una joven de la aldea o mandaba a su escudero que le llevase al castillo, para distraerle, a las campesinas más bellas de los alrededores.

Las mujeres de los caballeros no dejaban tampoco, imitando a sus maridos, de gozar de los placeres carnales con trovadores y pajes. En algunas ocasiones estas mujeres llegaban incluso a admitir las caricias de los criados, a pesar del desprecio que sentían por la servidumbre.

Al perder su fuerza la sociedad feudal, cuando surgieron las nuevas condiciones de vida que imponían los intereses de la clase burguesa en formación, se creó paulatinamente un nuevo ideal moral en las relaciones sexuales. La incipiente burguesía rechazó el ideal de «amor espiritual» y tomó bajo su defensa los derechos del amor carnal, tan menospreciado durante el feudalismo. La burguesía trae de nuevo al amor la fusión de lo físico con lo espiritual.

Entre el amor y el matrimonio no podía establecer ninguna diferencia la moral burguesa. Todo lo contrario, el matrimonio tenía que estar determinado por la inclinación mutua entre los esposos. Aunque la burguesía violaba con gran frecuencia este principio moral, en la práctica, por razones de conveniencia, es evidente que reconocía el amor como fundamento del matrimonio. La burguesía tenía para ello sólidas razones de clase.

La familia estaba, en el régimen feudal, cimentada por tradiciones de nobleza. El matrimonio era de hecho indisoluble; sobre la pareja unida en matrimonio pesaban los mandamientos de la Iglesia, la autoridad ilimitada de los jefes de familia, el ascendiente de las tradiciones y la voluntad del señor feudal.

En otras condiciones se formaba la familia burguesa: no se basaba en la posesión de riquezas patrimoniales, sino en la acumulación del capital. La familia se convertía en la guardadora de las riquezas acumuladas. Pero para que esta acumulación se realizase lo más rápidamente posible, era muy importante para la clase burguesa que los bienes adquiridos por el marido o el padre fueran gastados con «economía», de un modo inteligente, para no desperdiciarlos. Era, pues, necesario que la mujer fuera una amiga y auxiliar del marido, además de «una buena ama de casa».

Cuando se establecieron las relaciones capitalistas, sólo la familia, en la que existía una estrecha colaboración entre todos sus miembros

interesados en la acumulación de riquezas, quedaba fundamentada sobre firmes bases. Esta colaboración era mucho más perfecta y daba mejores resultados si los esposos y los hijos estaban, con respecto a sus padres, unidos por verdaderos lazos espirituales y de cariño.

La nueva estructura económica de esta época contribuyó, a partir de fines del siglo XIV y principios del XV, al nacimiento de la nueva ideología. Paulatinamente cambiaron de aspecto las nociones de amor y matrimonio. Lutero, el reformador religioso, y con él todos los pensadores y hombres de acción del Renacimiento y la Reforma (siglo XV y XVI), comprendieron claramente la fuerza social que entrañaba el sentimiento de amor. Los ideólogos revolucionarios de la burguesía naciente se dieron cuenta de que para que la familia quedase sólidamente cimentada (unidad económica en la base del régimen burgués); era ineludible una íntima unión entre todos sus miembros y proclamaron la fusión del amor carnal y el amor psíquico, como un nuevo ideal moral de amor.

Estos reformadores se burlaban sin piedad del «amor espiritual» de los caballeros enamorados, obligados a consumirse en sus ansias amorosas sin esperanzas de satisfacerlas. Los ideólogos burgueses, los hombres de la Reforma, reconocieron la legitimidad de las sanas exigencias de la carne. El mundo feudal dividía el amor y le obligaba a tomar dos formas completamente independientes una de otra: el simple acto sexual de un lado (relaciones sexuales del matrimonio o del concubinato) y un sentimiento de «elevado» amor platónico por otro ser (el amor que sentía el caballero por la dama de sus pensamientos).

El ideal moral de la clase burguesa comprendía, en la noción del amor, la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica. El ideal feudal establecía una diferenciación clara entre el amor y el matrimonio. La burguesía fusionaba estos dos conceptos. Para la burguesía el concepto del amor era equivalente al de matrimonio.

Naturalmente en la práctica la burguesía violaba su propio ideal. Mientras en la época feudal no se sublevó ante la cuestión de la inclinación mutua, la moral burguesa exigía, aun en el caso de que el matrimonio se hubiese hecho por cuestiones de conveniencia, que

los esposos aparentasen que se amaban, aunque sólo fuera exteriormente.

Los prejuicios del amor y del matrimonio de la época feudal, eran tan fuertes que se han conservado hasta nuestros días por su adaptación al medio ambiente durante los siglos de moralidad burguesa. En nuestros tiempos, los miembros de las familias coronadas y de la alta aristocracia que la rodean, todavía obedecen a aquellas tradiciones. En estos medios de la sociedad, el matrimonio de inclinación se califica de «ridículo» y siempre produce escándalo. Los jóvenes príncipes y princesas tienen que someterse a la tiranía de las tradiciones de raza y a las conveniencias políticas de su país y unir su vida a una persona que no conocen ni aman.

La historia conserva gran número de dramas como el del desgraciado hijo de Luis XV, que fue empujado a realizar un matrimonio secreto a pesar de la profunda pena que experimentaba por el recuerdo de la muerte de su mujer, a la que había amado apasionadamente.

Existe igualmente entre los campesinos la subordinación del matrimonio a consideraciones de interés. La familia campesina se distingue precisamente en esto de la familia burguesa de la ciudad. La familia campesina es ante todo una unidad económica de trabajo. Los intereses económicos dominan de tal modo a la familia campesina, que todos los demás lazos de orden psíquico juegan siempre un lugar secundario.

Tampoco se tomaba nunca en consideración el amor en la familia de la Edad Media cuando se concertaba el matrimonio. En la época de las corporaciones de artesanos, la familia era también una unidad de producción que descansaba sobre el principio económico del trabajo. El ideal del amor en el matrimonio no comienza a aparecer hasta que la familia deja de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo y en guardiana del capital acumulado.

Pero a pesar de que la moral de la burguesía proclamaba el derecho de «dos corazones amantes» a unirse aun en contra de las tradiciones familiares, a pesar de que se burlaba del «amor platónico» y del ascetismo y de que afirmaba que el amor era la base

del matrimonio, tenía buen cuidado de poner estrechas limitaciones a todas sus concesiones. El amor no podía ser considerado como un sentimiento legítimo más que en el matrimonio: fuera del matrimonio, el amor era considerado inmoral. Este ideal respondía a consideración es de orden económico: impedir que el capital acumulado se dispersase con los hijos nacidos de una unión matrimonial. Toda la moral de la burguesía tenía por función contribuir a la acumulación del capital. El ideal del amor quedaba, por tanto, constituido en la pareja unida en matrimonio, cuyo fin era el aumentar su bienestar material y las riquezas en el núcleo familiar aislado totalmente del resto de la sociedad. Cuando los intereses de la familia y de la sociedad tenían que ponerse frente a frente, la moral burguesa se inclinaba siempre a favor de los intereses familiares. (Por ejemplo, la condescendencia, no admitida por el derecho, pero que la moral burguesa concedía a los desertores; la justificación moral de un administrador de los intereses de varios accionistas que le habían confiado sus fondos, a los que arruinaba para aumentar los bienes de su familia, etc.).

La burguesía, con el espíritu utilitario que la caracterizaba, pretendía sacar provecho del amor y convertir, por tanto, este sentimiento en un medio de consolidar los lazos de la familia.

Pero el amor estaba aprisionado con fuertes cadenas por los límites que le imponía la ideología burguesa. Así nacieron y se multiplicaron los «conflictos amorosos». La novela, nuevo género literario que creó la clase burguesa, sirvió para expresar los conflictos amorosos originados por el encadenamiento del amor. El amor se salía constantemente de los límites matrimoniales que le habían sido impuestos y tomaba la forma de unión libre o adulterio, que la moral de la burguesía condenaba, pero que en realidad no hacía más que cultivar.

A las necesidades de la capa social más numerosa no corresponde este ideal burgués del amor, que no satisface los anhelos de la clase obrera. Tampoco llena las aspiraciones de la vida de los trabajadores intelectuales. A esto se debe precisamente el enorme interés que despiertan en los países de capitalismo desarrollado todos los problemas del sexo y del amor. De aquí se originan las

investigaciones apasionadas para encontrar una solución a este problema angustioso que agobia a la Humanidad desde hace varios siglos. ¿Cómo será posible establecer relaciones entre los sexos que contribuyan a hacer a los hombres más felices, pero que al mismo tiempo no destruyan los intereses de la colectividad?

A la juventud trabajadora de Rusia se le plantea actualmente este mismo problema. Un ligero análisis de la evolución de las relaciones matrimoniales y de los sentimientos de amor nos ayudará, joven camarada, a comprender una verdad indiscutible: que el amor no es una cuestión privada, como parece entenderse a primera vista. El amor es un precioso factor social y psíquico que la Humanidad maneja instintivamente según los intereses de la colectividad. La Humanidad trabajadora, armada con el método científico del marxismo y con la experiencia del pasado, tiene que comprender el lugar que la nueva Humanidad tiene que reservar al amor en las relaciones sociales. ¿Cuál es, pues, el ideal de amor que corresponde a los intereses de la clase que lucha para extender su dominio por todo el mundo?

No debemos confundir esta dualidad con las relaciones sexuales de un hombre con varias mujeres, o de una mujer con varios hombres, cuando hablamos de la dualidad del sentimiento de amor, de las complejidades del «Eros de alas desplegadas». La poligamia, en la que no se da el sentimiento de amor, puede ser causa de consecuencias nefastas (agotamiento precoz del organismo, mayor facilidad para contraer enfermedades venéreas, etc.); pero estas uniones no crean «dramas morales». Los conflictos, los «dramas» surgen cuando nos encontramos en presencia del amor con todas sus manifestaciones y matices diversos.

Puede una mujer amar a un hombre «por su espíritu» solamente si sus pensamientos, sus deseos y sus aspiraciones armonizan con los suyos, y al mismo tiempo puede sentirse arrastrada por la poderosa atracción física a otro hombre. Lo mismo que la mujer puede el hombre experimentar un sentimiento de ternura lleno de consideraciones, de compasión llena de solicitud por una mujer, mientras en otra encuentra su apoyo y la comprensión de las más altas y mejores aspiraciones de su «yo». ¿A cuál de estas dos

mujeres deberá entregar la plenitud de «Eros»? ¿Tendrá necesariamente que mutilar su alma y arrancarse uno de estos sentimientos cuando sólo puede adquirir la plenitud de su ser con el mantenimiento de estos dos lazos de amor?

El desdoblamiento del alma y del sentimiento lleva consigo inevitables sufrimientos bajo el régimen burgués. La ideología basada en el instinto de propiedad ha inculcado al hombre durante siglos y siglos que todo sentimiento de amor debe estar fundamentado en un principio de propiedad. Ha grabado la ideología burguesa en la cabeza de los hombres la idea de que el amor da derecho a poseer enteramente, y sin compartirlo con nadie, el corazón del ser amado. Este ideal, esta exclusividad en el sentimiento de amor era la consecuencia natural de la fórmula establecida del matrimonio indisoluble del ideal burgués de «amor absorbente» entre los esposos. Pero ¿puede un ideal de esta clase responder a los intereses de la clase obrera? Desde el punto de vista de la ideología proletaria es mucho más importante y deseable que las sensaciones de los hombres se enriquezcan cada vez con mayor contenido y sean más diversas. La multiplicidad del alma constituye un hecho precisamente que facilita la educación y el desarrollo de los lazos del espíritu y del corazón, mediante los cuales se consolidará la colectividad trabajadora. Cuanto más numerosos son los hilos tendidos entre las almas, entre las inteligencias y los corazones, más solidez adquiere el espíritu de solidaridad y con más facilidad puede realizarse el ideal de la clase obrera: camaradería y unión.

No pueden constituir «la absorción» y el exclusivismo en el sentimiento de amor el ideal del amor determinante de las relaciones entre los sexos, desde el punto de vista de la ideología proletaria. Todo lo contrario. Al darse cuenta de la multiplicidad del «Eros de las alas desplegadas», el proletariado no se asusta en absoluto de este descubrimiento ni experimenta tampoco indignación moral como lo aparenta la hipocresía burguesa. En cambio, el proletariado trata de dar a este fenómeno (que es el resultado de complicadas causas sociales) una dirección que sirva a sus fines de clase en el momento de la lucha y de la edificación de la sociedad comunista. ¿La multiplicidad del amor en sí misma estará

acaso en contradicción con los intereses del proletariado? Todo lo contrario: esta multiplicidad del sentimiento de amor en las relaciones entre los sexos facilita el triunfo del ideal de amor que se forma y cristaliza ya en el seno mismo de la clase obrera: el amor-camaradería.

La Humanidad del patriarcado se presentó el amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanos y hermanas, entre los hijos y los padres). El mundo antiguo anteponía el amor-amistad a todo otro sentimiento. El mundo feudal hacía su ideal de amor al amor «espiritual» del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida con un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, en la colaboración en el trabajo, y por lo tanto, se distingue de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. ¿Qué es, pues, el «amor-camaradería»? ¿Querrá decir todo esto que la ideología severa de la clase obrera, forjada en una atmósfera de lucha para el triunfo de la dictadura del proletariado, se dispone a arrojar al delicado Eros alado de un modo despiadado? De ningún modo. La ideología de la clase obrera no puede desplazar al «Eros de las alas desplegadas». Más bien todo lo contrario; es decir, como fuerza social y psíquica, prepara el reconocimiento del sentimiento de amor.

La hipócrita moral de la cultura burguesa, que obligaba al dios Eros a no visitar más que a la «pareja unida legalmente», le arrancaba sin piedad las plumas más bellas de sus alas de brillantes colores. Para la ideología burguesa, fuera del matrimonio no podía existir más que el Eros sin alas, el Eros despojado de sus plumas de vivos colores; la atracción pasajera entre los sexos bajo la forma de caricias robadas (adulterio) o de caricias compradas (prostitución).

Por el contrario, la moral de la clase obrera rechaza francamente la forma exterior que establece las relaciones de amor entre los sexos.

Es completamente igual para el logro de las tareas del proletariado que el amor tome la forma de una unión estable o que no tenga más importancia que la de una unión pasajera. La ideología de la clase obrera no puede fijar límites formales al amor. Esta ideología, por el contrario, empieza a sentir inquietud por el contenido del amor, por los lazos de emociones y sentimientos que unen a los dos sexos. Por eso en este sentido tiene la ideología proletaria que perseguir al «Eros sin alas» (lujuria, satisfacción única de los deseos carnales por sí mismo, lo que hace de él un «placer sexual» con un fin en sí mismo, lo que hace de él un «placer fácil», etc.) más implacablemente que lo hacía la moral burguesa. El «Eros sin alas» se contradice con los intereses de la clase obrera. Este amor supone, en primer lugar, inevitablemente los excesos y el agotamiento físico, lo que contribuye a que disminuya la reserva de energía de la Humanidad. En segundo término, el «Eros sin alas» empobrece el alma, porque impide el desenvolvimiento de sensaciones de simpatía y de lazos psíquicos entre los seres humanos. En tercer lugar, tiene por base este amor la desigualdad de derechos entre los sexos en las relaciones sexuales; esto es, está fundado en la dependencia de la mujer con relación al hombre, en la insensibilidad o fatuidad del hombre; todo lo cual necesariamente ahoga toda posibilidad de experimentar un sentimiento de camaradería. Es completamente distinta, en cambio, la acción ejercida sobre los seres humanos por el «Eros de alas desplegadas».

Lo mismo que en el «Eros sin alas», es indudable que no se manifiestan sólo en las relaciones con el objeto de amor físico entre los sexos. La diferencia consiste precisamente en que en el ser movido por sentimientos de amor que le empujan hacia otro ser se manifiestan y despiertan justamente aquellas cualidades del alma necesarias a los constructores de la nueva cultura: delicadeza, sensibilidad y deseo de ser útil a otro. En cambio, la ideología burguesa exige que el hombre o la mujer no hagan gala de estas cualidades más que en presencia del elegido o elegida; esto es, en sus relaciones con un solo hombre o con una sola mujer. Para la ideología proletaria, lo más importante es que estas cualidades se despierten, se eduquen y se desarrollen en todos los hombres, y, por tanto, que no se manifiesten sólo en las relaciones con el objeto

amado, sino en las relaciones con todos los demás miembros de la colectividad.

No tienen importancia, en realidad, para el proletariado los matices y sentimientos predominantes en el «Eros de alas desplegadas»; se siente indiferente el proletariado ante los tonos delicados del complejo amoroso, ante los colores encendidos de la pasión o ante la armonía del espíritu. Lo que únicamente le interesa es que en todos los sentimientos y manifestaciones de amor existan los elementos psíquicos que desarrollen el sentimiento de camaradería.

El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para substituir al «exclusivo» y «absorbente» amor conyugal de la moral burguesa está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones.

El amor-camaradería es el ideal necesario al proletariado en los períodos difíciles de grandes responsabilidades, en los que lucha para el establecimiento de su dictadura o para fortalecer su mantenimiento. No obstante, cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor, el «Eros de alas desplegadas» revestirá un aspecto diferente por completo del que tiene actualmente, se presentará en una forma totalmente distinta, adquirirá un aspecto completamente desconocido hasta ahora por los hombres. Entre los miembros de la nueva sociedad se habrán desarrollado y fortalecido los «lazos de simpatía», «la capacidad para amar» será mucho mayor y se convertirá en «animador» el amor-camaradería, papel que en la sociedad burguesa estaba reservado al principio de concurrencia y al egoísmo. El colectivismo del espíritu y de la voluntad triunfará sobre el individualismo que se bastaba a sí mismo. Desaparecerá el «frío de la soledad moral», de la que en el régimen burgués intentaban escapar los hombres refugiándose en el amor o en el matrimonio; los hombres quedarán unidos entre sí por innumerables lazos psíquicos y sentimentales. Se modificarán los sentimientos de los hombres en el sentido de los intereses cada vez más grandes hacia la cosa pública. La desigualdad entre los sexos y todas las formas de

dependencia de la mujer con relación al hombre desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro.

Eros, el dios del amor, ocupará un puesto de honor como sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana en esta nueva sociedad, colectivista por su espíritu y sus emociones, caracterizada por la unión feliz y las relaciones fraternales entre los miembros de la colectividad trabajadora y creadora. ¿Cómo se transfigurará este Eros? Ni la más creadora fantasía puede imaginárselo. Lo únicamente indiscutible es que cuanto más unida esté la Humanidad por los lazos duraderos de la solidaridad, más unida íntimamente estará en todos los aspectos de la vida, de las relaciones mutuas o de la creación. Por consiguiente, tanto menos lugar quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra.

El amor peca siempre, en nuestros tiempos, por un exceso de absorción de todos los sentimientos, de todos los pensamientos entre dos «corazones que se aman», y que, por lo mismo, aíslan y separan a la pareja amante del resto de la colectividad. Este aislamiento moral, este apartamiento de la «pareja amorosa» no sólo será completamente inútil, sino que psicológicamente será imposible en una sociedad en que estén íntimamente unidos los intereses, las aspiraciones y las tareas de todos los miembros de la colectividad. En ese mundo nuevo la forma normal, reconocida y deseable de las relaciones entre los sexos estará basada puramente en la atracción sana, libre y natural «sin perversiones ni excesos» de los sexos; las relaciones sexuales de los hombres en la nueva sociedad estarán determinadas por el «Eros transfigurado».

Pero actualmente nos encontramos en el recodo donde se cruzan dos civilizaciones: la civilización proletaria y la civilización burguesa. En este período de transición, en el que estos dos mundos luchan encarnizadamente en todos los frentes, incluso en el frente ideológico, el proletario está muy interesado en lograr por todos los medios a su alcance la más rápida acumulación posible de «sensaciones o sentimientos de simpatía». En este período de transición la idea moral que determina las relaciones entre los sexos no puede ser el brutal instinto sexual, sino las múltiples sensaciones del amor-camaradería experimentadas por hombres y mujeres. Es

necesario, para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, que estén basadas en los tres postulados siguientes:

1° Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la sumisión servil de la individualidad de la mujer al amor).

2° Mutuo y recíproco reconocimiento de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa.)

3° Sensibilidad fraternal: el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que en el alma del ser amado se efectúa. (La civilización burguesa sólo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad.)

Pero aunque la ideología de la clase obrera proclame los derechos del «Eros de alas desplegadas» (del amor), subordina al mismo tiempo el amor que los miembros de* la colectividad trabajadora sienten entre sí a otro sentimiento mucho más poderoso, un sentimiento de deber con la colectividad. Por muy grande que sea el amor que una a dos individuos de sexos diferentes, por muchos que sean los vínculos que unan sus corazones y sus almas, tienen que ser mucho más fuertes, más orgánicos y numerosos los lazos que los unan a la colectividad. «Todo para el hombre amado», proclama la moral burguesa. «Todo para la colectividad», determina la moral proletaria.

Ahora te oigo argumentar, mi joven camarada: Concedido, como afirmas, que las relaciones de amor basadas en el espíritu de fraternidad se conviertan en el ideal de la clase obrera. Mas ¿no pesará demasiado este ideal, esta «medida moral» del amor sobre los sentimientos amorosos? ¿No pudiera ocurrir que este ideal destroce y mutile las delicadas alas del «suspica-Eros»? Hemos liberado al amor de las cadenas de la moral burguesa; pero, ¿no le crearemos tal vez otras?

Mi joven camarada, tienes razón. Al rechazar la «moral» burguesa en el dominio de las relaciones matrimoniales, la ideología proletaria se

forja inevitablemente su propia moral de clase, sus nuevas y reglamentadoras normas de las relaciones entre los sexos, que corresponden mejor a las tareas de la clase obrera, que sirven para educar los sentimientos de sus miembros y que, por lo tanto, constituyen hasta cierto punto cadenas que aprisionan el sentimiento de amor. Es indudable que el proletariado arrancará irremisiblemente muchas plumas de las alas del delicado Eros, si hablamos del amor patrocinado por la ideología burguesa, tal y como se lo representa aquella ideología. Pero lo que no se puede hacer, porque significa no darse cuenta del porvenir, es lamentarse de que la clase obrera imprima su sello en las relaciones sexuales con el fin de lograr que el sentimiento de amor corresponda con sus tareas de clase. Es evidente que en vez de las viejas plumas arrancadas a las alas de Eros, la clase ascendente de la Humanidad hará que le crezcan otras de una belleza, brillo y fuerza desconocidos hasta ahora. No olvides, joven camarada, que el amor cambia de aspecto y se transforma de una manera inevitable a la vez que cambian las bases culturales y económicas de la sociedad.

Si conseguimos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el absorbente y exigente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad, lo mismo que el deseo egoísta de «unirse para siempre al ser amado»; si logramos que desaparezca la fatalidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su «yo», no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros preciosos elementos para el amor. Así se desarrollará y aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad recíproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

No es, pues, la tarea de la ideología proletaria separar al «Eros alado» de sus relaciones sociales. Consiste simplemente en llenar su carcaj con nuevas flechas; en hacer que se desarrolle el sentimiento de amor entre los sexos basado en la más poderosa fuerza psíquica nueva: la solidaridad fraternal.

Joven camarada, espero que ahora verás claramente que el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es síntoma de «decadencia» en modo alguno. Creo que ahora podrás encontrar por ti mismo el lugar que debe corresponder al amor, tanto en la ideología del proletariado como en la vida diaria de la juventud trabajadora.

III

EL AMOR-CAMARADERÍA

La nueva sociedad comunista está edificada sobre un principio de camaradería y solidaridad. Pero ¿qué es la solidaridad? No solamente debemos entender por solidaridad la conciencia de la comunidad de intereses; la solidaridad la constituyen también los lazos sentimentales y espirituales establecidos entre los miembros de una misma colectividad trabajadora. El régimen social edificado sobre principios de solidaridad y colaboración exige, sin embargo, que la sociedad en cuestión posea, desarrollada en alto grado, «la capacidad de potencial de amor», es decir, la capacidad para sensaciones de simpatía.

Si faltan estas sensaciones, el sentimiento de camaradería no puede consolidarse. Por esto intenta la ideología proletaria educar y reforzar en cada uno de los miembros de la clase obrera sentimientos de simpatía ante los sufrimientos y las necesidades de sus camaradas de clase. También tiende la ideología proletaria a comprender las aspiraciones de los demás y a desarrollar la conciencia de su unión con los otros miembros de la colectividad. Pero todas estas «sensaciones de simpatía», delicadeza, sensibilidad y simpatía se derivan de una fuente común: de la capacidad para amar, no de amar en un sentido puramente sexual, sino con un amor en el sentido más amplio de esta palabra.

El amor es un sentimiento que une a los individuos; podemos incluso decir que es un sentimiento de orden orgánico. La burguesía ha comprendido también toda la fuerza de unión entre los hombres que puede tener el amor, y, por lo tanto, procuraba sujetarlo bien a sus intereses. Por eso la ideología burguesa, al intentar consolidar la familia, recurre a la virtud moral del «amor entre esposos»; ser «un

padre de familia» era a los ojos de la burguesía una de las más grandes y preciadas cualidades del hombre.

Por su parte, el proletariado debe considerar el papel social y psicológico del sentimiento de amor, tanto en el amplio sentido de la palabra como en lo referente a las relaciones entre los sexos, que puede y debe jugar para reforzar los lazos, no en el dominio de las relaciones matrimoniales y de la familia, sino los que contribuyen al desenvolvimiento de la solidaridad colectiva.

¿Cuál, pues, será el ideal de amor de la clase obrera? ¿En qué sentimientos tienen que basarse las relaciones sexuales en la ideología proletaria?

Hemos visto ya, mi joven camarada, cómo cada época de la historia posee su ideal de amor peculiar; hemos analizado cómo cada clase, en su propio interés, da a la noción moral del amor un determinado contenido. Cada grado de civilización trae a la Humanidad sensaciones intelectuales y morales más ricas en matices, que recubren de un color determinado las delicadas alas de Eros. La evolución en el desenvolvimiento de la economía y las costumbres sociales ha ido acompañada de modificaciones nuevas en el concepto del amor. Algunos matices de este sentimiento se reforzaban mientras otros disminuían o desaparecían totalmente.

El amor, en el transcurso de los siglos de existencia de la sociedad humana, evolucionaba desde ser un simple instinto biológico (el instinto de reproducción, común a todos los seres vivientes superiores o inferiores, divididos en dos sexos) y se enriquecía sin cesar con nuevas sensaciones psíquicas hasta convertirse en un sentimiento muy complicado.

De ser un fenómeno biológico pasó el amor a convertirse en un factor social y psicológico.

El instinto biológico de reproducción, que en los primeros grados del desenvolvimiento de la humanidad determinó las relaciones entre los sexos, tomó bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales dos sentidos diametralmente opuestos: de un lado, bajo la presión de relaciones económicas y sociales monstruosas, sobre todo bajo el yugo capitalista, el sano instinto sexual (la atracción de dos seres de

sexo distinto basada en el instinto de reproducción) degeneró y se convirtió en malsana lujuria. El acto sexual se transformó en un fin en sí mismo, en un medio para lograr «mayor voluptuosidad», en una depravación exacerbada por los excesos, las perversiones y los malsanos agujonazos de la carne. Buscaba el hombre a la mujer, no impulsado por una sana corriente sexual que le empujase con todo su ímpetu hacia una mujer; el hombre «buscaba» a la mujer sin experimentar ninguna necesidad sexual, y la buscaba con el único fin de provocar esta necesidad mediante la intimidad del contacto con la mujer. De este modo el hombre se procura una voluptuosidad con el hecho mismo del acto sexual. Si la intimidad del trato con la mujer no provoca en el hombre la excitación esperada, los hombres estragados por los excesos sexuales recurren a toda clase de aberraciones.

Es ésta una desviación del instinto biológico en una lujuria malsana que hace que se aleje de su fuente primitiva.

La atracción física entre los sexos se complica, por otro lado, en el transcurso de los siglos de vida social de la Humanidad y de las diversas civilizaciones, y adquiere toda una gama de diversos matices y sentimientos. El amor es un estado psicológico muy complejo, en su forma actual, que desde hace mucho tiempo se desprendió por completo de su fuente originaria, el instinto biológico de reproducción, y que en muchos casos llega a contradecirse con él. Es el amor un conglomerado de sentimientos diversos: ternura espiritual, pasión, inclinación, lástima, costumbres, etc. Es difícil, pues, ante tan gran complejidad, establecer un lazo de unión directo entre el «Eros sin alas» (atracción física entre los sexos) y el «Eros de alas desplegadas» (atracción psíquica).

El amor-amistad, en el que no es posible encontrar ni un átomo de atracción física; el amor espiritual, sentido por la causa, por la idea; el impersonal hacia una colectividad, son sentimientos que demuestran claramente hasta qué punto se ha idealizado y se ha alejado de su base biológica el sentido de amor. Pero aún el problema se complica mucho más. Surge con gran frecuencia una flagrante contradicción entre las diversas manifestaciones del amor, y comienza la lucha. El amor sentido por la «causa amada» (no el

amor sentido simplemente por la causa, sino por la causa amada) no concuerda con el amor sentido por el elegido o elegida del corazón, amor por la mujer, el marido o los hijos. El amor-amistad se encuentra en contradicción con el amor-pasión. En un caso el amor está dominado por la armonía psíquica; en el otro, tiene por base «la armonía del cuerpo».

Se ha revestido el amor de múltiples aspectos. Desde el punto de vista de las emociones de amor, el hombre de nuestra época, en el cual han hecho los siglos de evolución cultural que se eduquen y desarrollen los diferentes matices de este sentimiento, se siente como a disgusto en el significado demasiado vago y general del sentido de la palabra amor.

La multiplicidad del sentimiento de amor, bajo el yugo de la ideología y costumbre capitalista, crea una serie de dolorosos e insolubles dramas morales. Desde fines del siglo XIX los psicólogos y escritores empezaron a tratar como tema favorito la multiplicidad del sentimiento de amor. Los representantes reflexivos de la cultura burguesa empezaron a sentir desconcierto e inquietud ante aquel «enigma» del «amor por dos y hasta por tres seres». H. A. Herzen, nuestro gran pensador y publicista del pasado siglo, intentó encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, a este desdoblamiento de sentimientos, en su novela titulada ¿De quién es la culpa? También Chernichevski intentó encontrar la solución a este problema en la novela social ¿Qué hacer? El desdoblamiento del sentimiento de amor, su multiplicidad, ha preocupado a los más grandes escritores de Escandinavia, tales como Hansen, Ibsen, Bernsen y Heiderstam.

También se han ocupado de este tema los literatos franceses del pasado siglo. Romain Rolland, escritor que simpatiza con el comunismo, y Maeterlinck, que no puede encontrarse más alejado de nuestros ideales, han tratado igualmente de encontrar la solución a éste problema. Los genios poéticos como Goethe, Byron y George Sand, este último uno de los pioneros más ardientes del dominio de las relaciones entre los sexos, han intentado resolver este problema complicado en la práctica, este «enigma del amor». Herzen, el autor del libro antes citado, lo mismo que otros pensadores, poetas y

hombres de Estado, se han dado cuenta a la luz de su propia experiencia del terrible problema. Pero bajo el peso del «enigma de la dualidad de sentimientos de amor» también se doblegan los hombres que no son «grandes» en modo alguno, pero que en vano buscan la clave de la solución del problema dentro de los límites impuestos por el pensamiento burgués. La solución del problema está en manos del proletariado precisamente. Pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la Humanidad trabajadora la solución de este problema.

Recortado de: <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1923/0001.htm>

